
TUMBA DE
HORMIGÓN
Hellen Cross

# TUMBA DE HORMIGÓN

Hellen Cross

Copyright © 2024 Hellen Cross

Título original:
Tumba de hormigón

1.ª Edición: abril 2024

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

©Diseño portada y maquetación:
Virginia Salazar @vi.the.designer

©Corrección:
Bell GG correcciones

*Dedico este libro a mi familia y en especial a mi pequeño, que siempre va en mi corazón.*



# CAPÍTULO 1

*Túneles de Hamás en Gaza, 3 de noviembre de 2023*

Saleh caminaba despacio, atento a todos los ruidos que el eco de los túneles le devolvía amplificados. Era la segunda vez que entraba en esta parte del subterráneo y sentía miedo, tenían prohibido vagar en ese lugar. Aun así, decidió investigar de nuevo esas galerías.

El olor a tierra y humedad saturaba sus fosas nasales, apenas podía percibir otra cosa. Pensó que al menos, se había adaptado su visión a la escasa luz que se desprendía de las pequeñas bombillas situadas cada varios metros. Dobló con cuidado el recodo a la derecha, atento por si andaba alguien más por ahí. La gravilla suelta del suelo producía un sonido apagado con cada paso que daba, y maldijo entre dientes por no conseguir el silencio total.

Un golpe le hizo detenerse de inmediato y pegarse al muro en busca de refugio. No tenía excusa que explicara su presencia en esa parte de los túneles, y lo sabía. Que le cogieran ahora, era con toda certeza una condena a muerte. Los líderes no se la jugaban con la seguridad, no después de los ataques de Israel que tanto daño habían hecho a la cúpula de la organización. Que murieran dos valiosos miembros del buró político el 10 de octubre, fue un golpe duro para Hamás, pero perder al responsable de los ataques del 7 de octubre, y al comandante de la unidad Nukhba en los bombardeos aéreos del 14 de octubre, fue devastador para Hamás. Murieron en los túneles cuando intentaban llegar a una zona segura y la organización todavía no había encontrado un sustituto válido. Las luchas entre los cabecillas, por hacerse con el poder del brazo armado de la organización, han ralentizado la ofensiva contra los ataques de Israel.

Saleh contuvo el aliento al escuchar los pasos que se acercaban a su posición, miró desesperado un hueco donde ocultarse y al descubrir una roca saliendo del muro no se lo pensó, trepó hasta encaramarse en la parte superior y esconderse en las sombras que dominaban esa altura. Agazapado desde su posición, se tapó la boca al descubrir quién pasaba bajo sus ojos. Era el mismísimo demonio, Jamal Al–Khatib; el hombre que acosaba a Sara sin piedad y que tanto

daño había hecho a la familia de las niñas. No conocía al miliciano que le acompañaba, y no era raro. Después de todo, solo era un recadero para la organización, alguien prescindible y sin recursos.

Escuchó la puerta abrirse al fondo del corredor y decidió acercarse a oír la conversación de los hombres. Bajó con cuidado y contuvo el aliento al sentir la piedra rasgar su mano en el descenso. No se detuvo a considerar el daño, ahora solo pensaba en escuchar por si le daban alguna pista sobre su amigo Pablo. Con sigilo se aproximó a la puerta de la habitación y la luz de la misma le deslumbró. Se echó al suelo y reptó pegado a la pared, para así acercarse lo más posible a la entrada y oír con mayor claridad a los dos hombres. Mientras llegaba y el sonido de sus voces se hacía cada vez más audible, tocó un hueco en la base de la pared. Rodó sobre sí mismo hasta perderse en la oscuridad del vano sin apartar la visión de la luz de la habitación. Las palabras de los dos hombres le llegaban con claridad y sonrió al darse cuenta de que, por una vez, podría llevarle la delantera a Jamal.

—Esta vez no tendrán más opción que darme el puesto a mí, le demostraré al subcomandante en jefe que soy de gran valía para la causa.

—No creo que sea así. Cuando llevaste a tus sobrinos a iniciar la nueva operación contra Israel, no quedaron muy convencidos de tu estrategia. Solo la aceptaron porque no les costaba nada y los niños son huérfanos.

—Pronto demostraré la genialidad de mi idea, y cuando le sumemos a las hermanas, serán imbatibles.

—¿En serio? Vale que la mayor tiene años para entretener a los comandos, pero las pequeñas son muy jóvenes.

—No, están en la edad ideal. Son niñas y aparentan inocencia, podrán circular por los túneles recién abiertos con el cinturón de explosivos, y cuando salgan a la superficie, se lo pasarán a los hermanos que están preparados para hacer volar media ciudad.

—Creo que eres demasiado optimista —Akran negó con la cabeza mientras se volvía a rebuscar entre las cajas almacenadas—. Son niños, y como tales, son imprevisibles. Todo el plan se caerá igual que un castillo de naipes.

—Confía en mí. Mis sobrinas pasarán por los túneles sin problema, y los hermanos harán lo que tienen que hacer para salvar, no solo a las pequeñas, sino también a la mayor. —Soltó una carcajada que rebotó entre las paredes de la estancia creando un sonido macabro.

Saleh se horrorizó ante lo que escuchaba, le daban ganas de salir y arrancar sus miserables vidas, de sus cuerpos, pero también era realista. Con su pequeña estatura y poca formación, no podía enfrentarse a semejantes energúmenos. Continuó oculto en el hueco del suelo para averiguar todo lo que pudiera del plan, y alertar a la hermana de su amigo Pablo, el periodista.

Sus ojos se volvieron acuosos al recordar a la joven maestra que se estaba jugando la vida por esas niñas, la fiereza con que defendió a los dos pequeños de ocho y seis años cuando su tío, Jamal, entró a la tienda de refugiados donde estaban y se los llevó. No dio explicaciones, tan solo los cogió y amenazó con su AK- 47 a la joven. Le apuntó directo a la cabeza y sonrió con maldad. La intervención de las mujeres que había en la tienda evitó que disparase, y, aun así, la joven no dejó de mirarlo con frialdad y odio. Se llevó a los niños, Tarek e Ihsan, arrastrándolos y golpeándolos, mientras el resto de las personas congregadas, al escuchar el tumulto, le gritaban e insultaban. De eso, hacía ya doce días. No esperó ni a enterrar a la madre de los niños, muerta en el ataque aéreo de Israel a la iglesia de San Porfirio.

Mai, la madre de los pequeños, esperó a tener a Sara a su lado para entregarle la carta con su última petición. Sin ninguna duda conocía a su cuñado Jamal, por eso le dio la custodia de sus

hijos a la maestra en presencia de vecinos y colaboradores de la UMWRA. Esto no fue suficiente para evitar que Jamal se llevase a los dos hijos varones, bajo el pretexto de ponerlos a ayudar dentro de la milicia.

Saleh dejó de perderse en tan nefastos recuerdos. Cuando escuchó el grito de Akran, se pegó todo lo que pudo al hueco y rezó para no ser descubierto.

—¡Este es! Observa qué hermosura. Ya te dije que lo había visto entre los repuestos.

—¿Estás seguro de que puedes cogerlo? —Miró con aprensión el lanzallamas—, tal vez lo tienen escondido aquí por algo.

—Vamos, no me vengas con esas ahora. ¿Dónde está el hombre que no respeta a su familia? El que entrega a sus sobrinos a una muerte segura solo por envidia.

—No es por eso. Es por justicia. Mi hermano Yassin deshonró a la dinastía al casarse con una copta, su sangre impura no puede perpetuar nuestro linaje, antes deben ganarse el respeto en la batalla.

—Tengo entendido que ella se convirtió —Akran se dio la vuelta mientras sonreía por sacar de sus casillas a Jamal.

—Mentira, no abandonó sus creencias y se las enseñó a sus hijos, lo sé.

—Allá tú. La suerte es que tu madre no está viva para condenarte.

—¿Qué sabrás tú?

Jamal cogió varias piezas de repuesto de un coche, las estudió y luego las metió en la bolsa, después miró al hombre que se decía su amigo y que, sin embargo, siempre le humillaba en cuanto podía. Cuando se deshiciera de los mocosos pensaría en cómo vengarse.

Akran llevaba con él desde que entró en «los Hermanos Musulmanes». Se hicieron amigos de inmediato, y notó en la mirada de su compañero algo extraño. Su intuición le decía que ocultaba algo, pero como nunca se había sincerado, no podía preguntar sin más. Pensó de nuevo en la idea que se le ocurrió cuando se enteró de la muerte de su cuñada. Estaba seguro de que con su plan conseguiría hacer mucho daño a Israel y demostraría su valía para obtener un puesto de mando en Al–Qasam. Después, solo tenía que golpear con más fuerza a los israelíes, y la gloria caería sobre él.

Los hombres salieron cargados de la habitación y dejaron la puerta cerrada con llave. Su murmullo se perdía en la oscuridad de los túneles mientras Saleh aguardaba en la seguridad que le proporcionaba la distancia.

# CAPÍTULO 2

Escondido en el hueco, dudaba entre seguir investigando en los túneles para encontrar el paradero de Pablo, o salir en busca de Sara, y así ponerla al corriente de lo que había averiguado. Al final ganó la empatía que sentía por la europea y las niñas a su cargo. Ya tendría tiempo de volver para buscar al periodista hermano de la joven.

Bajo el manto de la oscuridad, su figura se deslizó del escondite donde se ocultaba y corrió por los túneles sin olvidarse de mimetizarse con ellos. Ahora más que nunca debía alertar a la hermana de su amigo, estaba seguro de que lo comprendería, y Alá, guiaría su camino.

La puerta de acceso al túnel había quedado entre los escombros de un ataque con misiles hacía una semana, y todos pensaron que estaba obstruida. Tuvo suerte al descubrir el hueco por donde colarse al interior. Gracias a su pequeño tamaño pudo entrar en las galerías sin dar explicaciones a los guardianes y salió al exterior, todavía oscuro, sin olvidarse de cubrir el acceso. No quería perder esa ventaja, así que la siguiente noche volvería para continuar buscando a su amigo.

Bajó con cuidado entre los restos de hormigón, hierro y desechos mientras pedía perdón a Alá por pisar la tumba de los palestinos muertos en ese ataque. Saleh corrió con desesperación entre las ruinas, saltando obstáculos y escondiéndose en las sombras cuando podía. No quería llamar la atención de las milicias que patrullaban en busca de infiltrados israelíes.

Ver las tiendas iluminadas con debilidad por los fuegos externos le hizo detener su carrera, respiró hondo para recuperar el aliento y caminó despacio como si estuviera dando un paseo. Escuchó a los perros ladrar y aceleró los pasos para dejar atrás el entramado de lonas con sus ropas tendidas al exterior. El llanto de un niño rompió el silencio de la noche, y rezó mientras continuaba su marcha. Aún le quedaban cuatro kilómetros para llegar al campamento de Jabalia, que estaba al norte de Gaza. Miró el reloj y comprobó que faltaban dos horas para la salida del sol, tiempo suficiente de alertar a Sara y ponerla a salvo junto con las niñas.

Saleh dio gracias al profeta y a Alá, cuando vio el estandarte con las siglas UNRWA. Se acercó con cuidado de no hacer ruido a la puerta de la escuela de la Agencia de Naciones Unidas para los refugiados de Palestina en Oriente Próximo. Ella estaba acostada muy cerca, pudo ver su pelo ondulado y oscuro reposando entre las mantas. Las niñas pequeñas quedaban en medio de la hermana mayor y Sara, una imagen preciosa que quería guardar en su memoria, pues sabía que en cuanto le dijese lo que había escuchado, ella saldría de allí. No tenía otra opción.

Sara abrió los ojos con la sensación de que la estaban observando. Cuando se adaptó a la oscuridad lo vio en el vano de la puerta. Su corazón comenzó a acelerarse, si Saleh se encontraba allí antes del amanecer, solo podía significar que había hallado a Pablo.

Se movió con cuidado de no despertar a las pequeñas y salió de entre las mantas cubriendo sus cuerpos para que no tuvieran frío. Mariam abrió los ojos y quiso preguntarle, pero Sara se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio. La niña se tranquilizó al ver que le sonreía y volvió a cerrar los ojos para seguir durmiendo.

—¿Lo has encontrado? —susurró Sara acercándose a Saleh.

—Tenemos que hablar. —Escuchó a varios niños protestar al fondo de la habitación y salió al frío exterior para que nadie los oyera mientras la muchacha le seguía—. Jamal viene a por las

niñas.

—No puede, ya le expliqué con claridad que su madre las dejó a mi cargo —dijo indignada mientras se tapaba la boca por haber levantado la voz.

—Vendrá armado y se las llevará por la fuerza. Lo he escuchado, tiene un plan y sus sobrinas son parte de él —dijo bajando aún más la voz.

—No lo permitiré. —Sara comenzó a pensar la forma de oponerse al tío de las niñas, que la hostigaba a pesar de tener ella su custodia.

—No puedes hacer nada. Esta vez vendrá con más hombres. —Miró con resignación a la muchacha y le explicó lo que había escuchado en los túneles—. Debes marcharte ya al paso de Ráfah, puesto que no tienes forma de oponerte a él. Esta vez se llevará a las niñas.

—No puedo irme sin Tarek e Ihsan. Le prometí a Mai que cuidaría de sus hijos. Además, tampoco dejaré aquí a mi hermano Pablo. —Miró al hombre con calma, pensando en cómo alguien tan bajito y delgado podía a la vez ser tan enorme. Al menos ella lo sentía así—. ¿No has sabido nada de él?

—No. Cuando escuché a Jamal, solo pensé en descubrir sus planes y avisarte. Esta noche volveré a los túneles para buscar pistas sobre su paradero, pero tú tienes que marcharte.

—¿Y los niños? No puedo abandonarlos —dijo resignada sabiendo que él tenía razón.

—Seguiré buscándolos y pediré ayuda para liberar a los pequeños. Puede que incluso tu hermano esté con ellos. —Sonrió a la muchacha dejando ver sus dientes separados—. Estaremos en contacto, pero ahora debes marcharte si quieres salvar a las niñas.

—No nos dejarán escapar con tanta facilidad. Jamal nos buscará por la carretera de Saladino, que es nuestra única salida, y seremos un blanco muy fácil —pensó Sara mientras elucubraba otras soluciones.

—Únete a alguna familia. Con la cantidad de gente que busca refugio al sur de la Franja pasaréis desapercibidas.

—Necesito dos túnicas de matrona —dijo pensando en cómo camuflarse—. Mariam y yo nos vestiremos con ellas. Ella cargará a Zahra y yo a Laila, después nos confundiremos entre los exiliados.

—Buena idea. Entra con las niñas y ve despertándolas. Debéis iros con los primeros viajeros antes de que se den cuenta de vuestro disfraz.

Sara entró en la escuela donde se refugiaban y se acercó con cuidado a Mariam. Tenía diez años, pero era alta para su edad, por lo que pasaría por una matrona joven si no levantaba la cabeza.

La sacudió despacio y la despertó con cuidado. Se acercó a su oído con la intención de explicarle la situación mientras le tapaba la boca para impedir que dijera algo. La niña abrió los ojos con miedo y asintió, cuando Sara le pidió ayuda para escapar con las pequeñas y desbaratar el plan de su tío.

Mientras tanto, Saleh recogió dos túnicas oscuras y el pañuelo de entre las tiendas. No sabía si le quedarían bien a Sara y Mariam, eso lo resolverían más adelante. Con las prendas hechas una bola entró de nuevo en la escuela y le dio un toque a la europea que estaba inclinada sobre la niña mayor. La joven se volvió asustada, pero se tranquilizó al ver a su amigo. Tomó el hato de ropa y las sacudió, eran muy grandes y olían a polvo. Y a algo más que no quiso identificar.

Se puso una, y al ver que le arrastraba, se hizo un nudo con lo que le sobraba en cada cadera, luego se colocó el pañuelo y con él tapó el apaño que había hecho a la ropa. Mariam imitó a Sara y se puso la túnica sobre su atuendo, no le quedaba tan larga, solo debía tener cuidado de no pisar la tela al andar. La joven miró a la niña y le sonrió, después despertó con cariño a las dos

pequeñas que descansaban entre las mantas. Con el dedo les pidió silencio y recogió un cobertor, lo hizo un rulo y se lo ató a la cintura con una cuerda bajo las ropas. Tras ello guardó de la misma forma la otra manta y se la enrolló a Mariam, asegurándola con una cuerda.

Satisfecha, comenzó a reír en silencio al comprobar su aspecto y el de la niña. Ahora parecían dos matronas. Cogió dos botellas de agua y la pequeña garrafa que tenían para beber, y las metió en la bandeja de abajo del cochecito de Zahra. Logró introducir en la bolsa lo poco que poseían de comida y la enganchó al carro.

Complacida, cogió a la pequeña aún dormida y la metió en el coche para que continuara durmiendo. Al salir de la escuela volvió la mirada con ansiedad al que, durante esta última semana, había sido su refugio, sabiendo que no encontraría muchos lugares a cubierto en la travesía, pero decidida a poner a las niñas a salvo. Mariam empujaba el cochecito del bebé mientras Sara cargaba a Laila a sus espaldas. Se despidieron de Saleh, que les prometió buscarlas cuando supiera algo de los niños y Pablo.

Con esa pequeña esperanza emprendieron la marcha por la carretera de Saladino, la principal vía de la Franja de Gaza, que se extiende a lo largo de 45 kilómetros abarcando toda la longitud de Palestina, desde el Paso de Ráfah al sur, hasta el de Erez al norte.

# CAPÍTULO 3

*3 de noviembre de 2023 campamento de Jabalia, cuatro kilómetros al norte de Gaza. Escuela de la Agencia de Naciones Unidas para los refugiados de Palestina en Oriente Próximo.*

Jamal miraba incrédulo el espacio vacío, todavía quedaban algunas cosas que la mujer había dejado atrás. Una manta raída, un juguete roto y dos cojines que, con toda seguridad, utilizaron de almohada. Observó a los grupos de familias que se movían por el interior de la escuela y maldijo en voz baja cuando descubrió al hombre que estaba al fondo. Era su más inmediato competidor para quedarse con la vacante en la unidad Nukhba. Se dio la vuelta intentando evitar que lo descubriera y repasó la zona donde la europea dormía con las niñas. El teléfono en el bolsillo le pesaba y quemaba. Lo había recogido hacía unas horas y pensaba utilizarlo para deshacerse de la mujer y llevarse a las hijas de su hermano. Ahora sería inútil, habían huido y no le satisfacía tanto dejar el aparato con el localizador activado, y el GPS dando la ubicación exacta.

Al girarse se topó con los ojos oscuros de su adversario. Jamal se estiró en toda su estatura y levantó el mentón con orgullo. El odio que sentía contra su competidor ganó la partida. Dio una patada a las pertenencias abandonadas y descubrió un hueco lo bastante grande donde esconder el teléfono. Lo cubrió y siguió revolviendo los restos para no llamar la atención.

Akran se acercó a su compañero y le informó que no había visto nada. Le intrigó la forma brusca en que Jamal movía los objetos abandonados. Se fijó en que el hombre se resistía a dejar ese espacio y decidió darle otras opciones.

—Seguro que no han ido muy lejos. Una mujer sola con tres niñas irá despacio, podemos alcanzarlas en la carretera de Saladino. Con toda seguridad habrán tomado ese camino.

—Sí, no estarán muy lejos. Avisa al comandante que se nos ha complicado la búsqueda para que podamos ir a recuperarlas.

—No creo que haga falta. —Akran señaló al hombre alto y musculoso, que se acercaba con el ceño fruncido a su posición.

—¿Qué hacéis aquí? —La seriedad del miliciano iba secundada por su expresión.

—He venido a buscar a mis sobrinas, pero parece que la europea se las ha llevado —contestó Jamal de mal humor por tener que rendirle cuentas.

—No las hemos visto al levantarnos. Puede que hayan ido en busca de comida. Ayer dijeron que habían llegado camiones de ayuda humanitaria al campamento de Shati. Tal vez se hayan desplazado hasta allí.

—Lo comprobaré. —Jamal se dio la vuelta y dio las gracias por la información en voz baja. Si había algo que odiaba era agradecer a nadie por nada, y más todavía a este hombre.

—Gracias, hermano. —Akran sonrió, al que con toda seguridad sería su próximo comandante en la unidad de Nukhba. Le hizo un saludo y siguió a su compañero.

Jamal recuperó el buen humor al darse cuenta de que, si el ataque se producía pronto, su adversario en la lucha por el puesto sería historia. Había escuchado cómo consolaba a la mujer y le prometía quedarse con ella hasta el regreso de su hija. Por una vez, pensó que todo lo que hacía le llevaba al camino de la gloria merecida. Solo quedaba, que el teléfono israelí, activado y

escondido en el agujero de la escuela, diera la posición a sus comandos y terminaran así con su competidor.

Satisfecho, sonrió mientras caminaba con rapidez por la carretera de Saladino, ahora tenía que buscar a la mujer europea y a las niñas. No les era fácil transitar en dirección al campamento de Shati, miles de personas se desplazaban por la mal llamada autopista hacia Ráfah. Era una de las carreteras más antiguas del mundo. Muchos ejércitos recorrieron esta vía en sus intentos de conquistar la costa del mediterráneo, vértebra de la zona de la Franja de Gaza. Se extendía desde la península del Sinaí hasta Turquía. También la conocían como «el camino de los filisteos». Cuando en 2005 ganó las elecciones Hamás, la organización mejoró y ensanchó la carretera. El comercio a través de los túneles con la frontera egipcia había sufragado esta construcción y la expansión de la ideología del grupo.

Jamal se abstraía de lo que le rodeaba, los recuerdos de su trabajo bajo los túneles hasta el estallido del conflicto, lo hicieron sonreír. Cargar los fardos de comida por esos caminos oscuros, no siempre fue tedioso y pesado. En su interior conoció a Marwan Issa, subcomandante en jefe de las brigadas Al-Qasam, y gracias a ello se unió a «los Hermanos musulmanes».

Su hermano Yassin, le advirtió que no se mezclara con ellos, que nada bueno sacaría de esa asociación. Por supuesto, no le hizo caso. Siempre pensó que solo pretendía apartarle del camino que le encumbraría a la fama y al poder. Con toda seguridad, su hermano sentía envidia por su arrojo y decisión. Al contrario que Yassin, siempre había buscado la gloria para demostrar su valía ante la familia. Quedarse a la sombra de su inteligente hermano le había convertido en un hombre agriado y tosco.

Este era su momento y nada lo detendría para alcanzar la gloria que se merecía. El golpe lo sacó de sus pensamientos y se volvió irritable. El hombre cargado con un gran bulto a su espalda se disculpó temeroso, y se apartó a un lado de la carretera donde soltó lo que portaba. Jamal se quedó observando al individuo con rabia mal contenida, las ganas de golpearlo le hacían apretar los puños. Se acercó con el fusil colgado y el ceño fruncido. El migrante se arrodilló en el suelo y se inclinó suplicando perdón, aunque el miliciano no quería escucharlo. Tomó la culata de su arma y apuntó al desgraciado. El llanto detrás del hombre le hizo asomarse y vio que el fardo que había soltado en realidad era una mujer con un niño en brazos. Akran se acercó a su amigo y lo agarró para apartarlo. Presenció el choque accidental, y conociendo a Jamal, previó que buscaría desfogarse con el incauto, así que con la cabeza le hizo un gesto al hombre para que se marchara mientras arrastraba a su irascible compañero.

—Vamos, Jamal, no te distraigas de tu objetivo.

—Ese idiota casi me tira al suelo —se quejó e intentó volver junto al desgraciado.

—Es solo un campesino basto que no sabe lo que hace. Llevaba demasiado peso para su enjuto cuerpo —señaló a la mujer que volvía a estar colgada de la espalda del infeliz.

—Entonces lo libraré de su carga para que pueda servir a la causa —contestó decidido.

—Vamos, no podemos entretenernos si queremos encontrarlas. —Akran veía tal decisión en la mirada de su amigo, que sintió miedo por su reacción.

El hombre temblaba, mientras caminaba todo lo deprisa que podía cargado con su esposa y el bebé de ambos. Había dado a luz la noche anterior y apenas tenía fuerzas para caminar. El hombre pensó que podría cargarla hasta llegar a un lugar seguro, fuera del alcance de los misiles israelíes. La realidad era muy distinta, el peso se fue comiendo sus fuerzas y el camino mermaba sus posibilidades de llegar a un refugio.

El llanto de la mujer atrajo las miradas de quienes iban cerca de ellos. Jamal observó con odio el bulto en la espalda del hombre y acarició el gatillo a la vista del resto de desplazados.

Akran vio la decisión tomada y le cogió el arma a su amigo.

—No cometas una locura —lo miró a los ojos—, no puedes echar a perder tus sueños por una tontería.

—Míralo. —Señaló con el dedo al hombre, que intentaba alejarse a pesar de la inestabilidad de sus pasos—. No llegará muy lejos con ella a cuestas, y el niño no creo que sobreviva. En realidad, le estoy haciendo un favor liberándolo de su carga.

—No puedes Jamal. —Akran sujetó con fuerza el fusil de su amigo—. Tenemos otra prioridad.

El miliciano vio que el hombre se mezclaba con varias familias y maldijo entre dientes. Se colgó el arma a la espalda y sonrió a su compañero. Con excesiva alegría palmeó a Akran y señaló al camino.

El enfado y la rabia se fueron diluyendo mientras dejaba paso a una emoción más intensa. Se vengaría de quien durante toda su vida lo eclipsó e impidió que sus padres vieran el verdadero valor que tenía. Con soberbia desmedida, ignoró las miradas de desaprobación que le dedicaban los que pasaban a su lado para continuar su camino sin problemas.

# CAPÍTULO 4

*Túneles de Gaza, 3 de noviembre de 2023*

Pablo miraba con inquina a sus carceleros desde que le trajeron a esa inmunda casa, según ellos, con el objetivo de que se ganara la confianza de los altos mandos, antes de otorgarle una entrevista para su periódico. No había hecho otra cosa que tomar declaraciones de soldados y personas afectadas por los incesantes traslados de la población. La tan ansiada reunión con Marwan Issa, subcomandante en jefe de las brigadas Al-Qasam, no llegaba nunca.

Para colmo, le obligaban a llevar siempre consigo el teléfono que ellos le dieron. Había intentado dejarlo oculto y moverse con libertad aprovechando un descuido de sus vigilantes milicianos, cuando lo descubrieron en dirección a la escuela donde estaba su hermana.

Las consecuencias fueron terribles. Le golpearon con saña, y después de la advertencia de que no le perdonarían otra escapada, lo dejaron solo para que se curase las heridas como pudiera. No sin antes lanzarle al regazo el dichoso teléfono.

De esta forma, descubrió que no solo era un medio para vigilar sus movimientos, también era el chivato que les tenía al tanto de conversaciones y entrevistas.

El control era total. No podía ir a ningún lugar sin alertarlos. Tampoco le dejaban hablar con quien quisiera.

Hacía demasiado tiempo que no sabía nada de su hermana Sara, y, aunque Saleh, el hombre que le adjudicó el periódico para ayudarlo le aseguró, que se encargaría de protegerla, no sabía si había conseguido salir de la Franja. Agotadas todas las vías de comunicación normales, decidió usar el código de emergencia del periódico, a pesar de que no tenía garantías de que le permitieran enviar la crónica donde enmascaró la petición de ayuda. Era la primera vez que lo usaba y esperaba que funcionase, tal y como le habían dicho. De lo contrario, estaba a merced de sus captores sin expectativas de salida.

Igual que hacía siempre, entregó la crónica que había escrito al soldado encargado de vigilarlo y esperó a que le condujeran ante el capitán. Recorrieron los oscuros túneles hasta llegar a la ya conocida puerta. Cinco veces lo habían traído ese lugar, y todas ellas, sentía el corazón detenerse en el tiempo y el espacio pensando que sería la última vez que respiraría.

Le dieron paso y observó al capitán tomar el teléfono y leer lo que había escrito. Todo su cuerpo estaba en tensión a la espera de la aprobación.

—Esta vez no has puesto nombres —dijo el militar mirándole a los ojos—. Mejor así. Aunque deberías de dar mayor dramatismo a la miseria que está padeciendo el pueblo palestino bajo los bombardeos israelíes.

—Este es solo el primero de los artículos que quiero enviar al periódico. Pretendo dar una connotación más social a mis crónicas para atraer la atención internacional ante la gravedad de los ataques a la población civil.

—Me gusta tu enfoque. —Sonrió satisfecho—. Sigue así y pronto tendrás el premio gordo.

El capitán Al-Assin le dio el teléfono a su sargento y le ordenó acompañar al periodista al exterior para enviar el mensaje.

Pablo dejó salir el aire de sus pulmones con lentitud mientras recuperaba el móvil. Siguió a

su guardia durante más de media hora por la oscuridad de los túneles, hasta que vieron la tenue luz del día.

Cuando despachó el correo electrónico a su redacción, esperó unos minutos y comprobó el éxito del envío, ya que no le dejaron respirar el aire de libertad de estar fuera de los claustrofóbicos laberintos interiores. Por lo menos tenía la esperanza de que al día siguiente podría regresar para recibir la señal, que permitiera entrar la contestación. Volver al interior cuando sabes que todo está por terminar, se hace mucho más liviano. De ahí que su caminar fuera ligero, y su ánimo le diera paz. Al menos hasta conseguir la ayuda que había pedido.

Dos días tuvo que subir al exterior para actualizar el correo. En ese tiempo, sintió que moría un poco por la falta de respuesta. Cuando leyó la contestación casi gritó de alegría, pudo contenerse a duras penas. Le enseñó el correo electrónico al soldado, que de inmediato lo fotografió y lo reenvió a su capitán.

Al regresar al interior y quedarse solo, volvió a recuperar el mensaje y apuntó las palabras en el orden que se había aprendido antes de aceptar este trabajo en la Franja. Escribió la primera del primer renglón, después la última del segundo, la tercera del primero… Fue anotando cada una en su libreta, y al terminar, leyó el mensaje con incredulidad:

«Hospital Al-Shifa, 5 de noviembre a las 13 h».

Comprobó que no se había equivocado al transcribir las palabras y protestó para sí mismo. Su jefe del periódico debía estar loco al pedirle que fuera allí. Justo un rato antes escuchó a dos soldados hablando de la masacre del día 3 en el hospital de Al-Shifa.

Con resignación, arrancó el trozo de papel, lo hizo añicos y se lo comió con desagrado. Cuando terminó, cogió su libreta de nuevo y comenzó a escribir preguntas y situaciones que debería investigar para la entrevista que iba a solicitar. No tenía claro que aceptarían esta nueva línea de artículos, pero debía intentarlo. Era la única forma de saber algo de Sara.

Llamó a su guardia y con rapidez, le explicó la nueva idea de trabajo para la petición de su periódico. Le entregó la libreta y el miliciano se la cogió sin mucha ceremonia. Después cerró la puerta con fuerza y fue en busca del mensajero. Su capitán había pedido que le informaran de todo lo que el periodista hiciera o solicitara.

# CAPÍTULO 5

*Damasco 4 de noviembre de 2023*

Jaled Meshal leía con desconcertante tranquilidad el periódico. Repasaba la información que los medios tenían de la guerra en Palestina. Mientras descifraba algunas actuaciones de Hamás, sonreía al leer sobre el despliegue de las fuerzas israelíes en Cisjordania y la Franja. Todo sucedía tal y como había previsto, las tropas invasoras cercaban a la población civil. El bloqueo de la ayuda humanitaria por parte de Israel volvió en contra de los judíos a muchas potencias extranjeras y nadie era indiferente ante la guerra que se había iniciado en Oriente Medio.

Sabía que EE. UU se pondría junto a Netanyahu, y las ansias de poder del israelí le harían olvidar todas las reglas internacionales. Esperaba que pronto se concretara la denuncia ante la ONU por el trato dado a la población civil. Esta situación hacía fuertes a los ideales de Hamás, que en los últimos tiempos lo habían catalogado como un grupo terrorista sin capacidad de actuación. Ahora todo occidente sabía que eran fuertes y más que nunca decidió echar a los invasores de su tierra. Querían recuperar el control de la región histórica de Palestina, que se remontaba a principios del siglo XX. Cuando el crecimiento del antisemitismo, que se vivía en Europa a finales del XIX, dio paso al movimiento sionista. Este defendía la creación de una patria para el pueblo judío en Palestina donde estaba la tierra prometida a los judíos, y que estaba controlada en ese tiempo por el Imperio otomano. Muchos judíos emigraron allí desde ese momento. Al principio, en pequeñas oleadas, y después de forma masiva al término de la Segunda Guerra Mundial, a causa del Holocausto nazi.

Debido al incremento de la población judía en Palestina aparecieron brotes de violencia cada vez más intensos entre sionistas y árabes. Como intento de solución, las Naciones Unidas aprobaron la partición de lo que había sido el mandato británico de Palestina en dos Estados: uno judío y otro árabe. El judío abarcaría un 55% del territorio, incluido el desierto del Néguev. Estos solo poseerían el 7% de las tierras de Palestina; el Estado árabe, por el contrario, únicamente, tendría el 44% de las tierras del mandato.

Los judíos aceptaron el plan de partición, mientras que los árabes lo rechazaron.

Estalló entonces una guerra civil en el mandato entre ambos, que desencadenó la expulsión o huida de dos tercios de la población árabe. El 14 de mayo de 1948, coincidiendo con la declaración de independencia de Israel, los Estados árabes vecinos declararon la guerra al recién creado Estado de Israel, aunque al final les derrotaron los israelíes.

Al finalizar la guerra, Israel se negó a aceptar el retorno de los exiliados palestinos, que han vivido desde entonces en campamentos de refugiados y ciudades del Líbano, Siria, Jordania, la Franja de Gaza y Cisjordania, entre otros lugares.

Cuando Hamás ganó las elecciones parlamentarias de 2006 y tomó el poder en la Franja de Gaza en junio de 2007, el control real de Palestina se dividió en dos: Por una parte, Fatah «componente principal de la OLP y de la Autoridad Nacional Palestina», que predomina en Cisjordania. Por otra parte, Hamás controla la Franja de Gaza.

Esta división provocó el colapso del gobierno palestino, ya que desde entonces no se han convocado nuevas elecciones. Otra consecuencia fue que la Franja de Gaza está sometida, tras

esa decisión, a un bloqueo económico y comercial por parte del estado de Israel y Egipto, provocando una crisis humanitaria en la zona.

Desde 2011, el Estado de Palestina ha obtenido cierto reconocimiento internacional, al ser aceptado en 2011 en la Unesco, y en 2012, como Estado observador en la ONU.

En 2014 obtuvo el apoyo de la Unión Europea para ser aceptado como Estado, y el mismo año, Palestina reconoció a la Corte Penal Internacional.

Después de leer lo que ya sabía, cerró el periódico y cogió el móvil de prepago sin identificación que tenía escondido. En su agenda solo había un número y no necesitaba más. Debía contactar con el proveedor para recrudecer el hostigamiento a los israelíes.

Dejó sonar el pitido de llamada del teléfono sin que al otro lado contestaran. Cuando Jaled estaba a punto de repetir la marcación se escuchó el sonido inconfundible del receptor.

—¿Qué pasa ahora? —El hombre malhumorado que contestó no se parecía en nada al que le propuso el trato hacía unos meses.

—Espero no molestar, pero tenemos una guerra entre manos y pensé que estarías interesado en que mi grupo la ganase —contestó igual de enfadado Jaled.

—¿Sabes qué hora es aquí? Son las dos de la madrugada, me has despertado y tenía un sueño tan bueno, que no sé ni cómo no he estrellado el teléfono contra la pared.

—No voy a decir que lo siento, hace años que no duermo bien. Desde el atentado que sufrí en el 97, no puedo permitírmelo.

—Eres un cabrón. —El hombre se sentó en la cama y se mesó el cabello exasperado.

—Ya, eso lo dicen todos en la distancia, pero no a la cara. —Jaled se divertía con esa conversación tonta, sabiendo que al otro lado, el hombre se volvía cada vez más irascible.

—Dime ya lo que quieres o te cuelgo. Me dan igual las órdenes que recibí, no gano lo suficiente para aguantar tonterías a estas horas.

—Necesito que mandes un cargamento de munición y más misiles.

—¿Ya habéis liquidado el último envío?

—Estamos en ello, pero hay un nuevo plan y queremos ponerlo en práctica. Para eso necesitamos más apoyo logístico, y ese será tu cometido. ¿No es así? —Apretó los puños esperando la respuesta.

—Es difícil meter las armas con el bloqueo de las fronteras, y ahora que están destruyendo los túneles será peor. Déjame pensar otra vía segura y te enviaré el doble que la última vez. —El hombre esperó, tenso, la respuesta de aquel.

—Eso es lo que quería escuchar —dijo satisfecho Jaled—. Voy a hacer una llamada al pueblo musulmán, y necesito tener preparadas las armas para la contraofensiva.

—Te aviso cuando esté todo listo.

Jaled colgó el teléfono satisfecho. La guerra que comenzó el 7 de octubre no terminaría tan rápido. Eso al menos habían pensado los observadores internacionales.

Ni siquiera Netanyahu sabía dónde se había metido cuando permitió que el plan de Hamás se llevara a cabo. Le hicieron creer que preparaban un atentado más contra la seguridad israelí y el Mossad no estaba al corriente de los silos de armas que tenían guardados. El plan inicial de un ataque rápido a varios puntos estratégicos para sembrar el caos tenía dos fases, y la segunda la llevaban tan en secreto, que solo unos pocos estaban al corriente.

Volvió a coger el teléfono para llamar a Ismail, su sucesor en el Politburó desde 2017, solo ellos dos controlaban la totalidad del asedio a los israelíes.

—Dime. —El líder supremo de la organización de Hamás contestó con tanta rapidez, que sorprendió a Jaled.

—Traerán un nuevo cargamento —escuchó la respiración entrecortada al otro lado, y se detuvo un segundo antes de continuar—. Hay que avisar para que no saquen más armas de las necesarias. No podemos permitirnos filtraciones, y si en la Franja saben que tenemos acceso ilimitado a municiones y misiles, puede haber chivatazos.

—Lo sé, todavía no han encontrado al topo y no confío en que lo hagan con rapidez. De momento solo piensan en esconderse de las incursiones de los judíos.

—Pues deberías poner precio a la cabeza del traidor. De esta forma, cualquiera de la población de la Franja querrá pescarlo.

—Ya lo he hecho, aunque de manera discreta. No quiero que se asuste y se esconda. —Ismail Haniye se quedó pensativo, mirando desde su balcón en Doha, el famoso paseo de la Corniche. Era un día caluroso, aunque para él hacía una temperatura ideal: treinta y tres grados. Le recordaba a los veranos, en la costa de Gaza con su familia—. No te preocupes. Lo cogeremos antes de comenzar la segunda parte de la operación inundación de Al-Aqsa.

—Eso deseo, porque no me fío de nuestro patrocinador. Tal vez se canse si esta guerra se prolonga durante mucho tiempo.

—Eso era de esperar. Ni él mismo pensó que sería fácil, pero la explotación de los depósitos de gas en la Franja es un premio más que deseado, y harán lo que sea para conseguirlo. Sobre todo, con el frente de Ucrania y Rusia todavía activo.

—Espero que sea así, no me gustaría quedarme sin soporte logístico cuando comience la verdadera batalla.

—Eso no ocurrirá.

Ismail colgó el teléfono, se había excedido en unos segundos en la conversación, así que sacó la tarjeta de prepago y la destruyó antes de que lo localizaran. Dirigir la organización desde Doha, a veces era caótico. No podía conservar nada, ni siquiera las mujeres.

Jaled se dirigió a su despacho con paso más ligero. Todo estaba saliendo como había previsto y, sin embargo, algo le faltaba por controlar. Sabía que se le escapaba una información importante.

Cerró con llave tras de sí y abrió el cajón de su escritorio, accionó la puerta secreta y se desplegó el tablero superior de la mesa, dejando a la vista las carpetas que tenía que revisar. Sacó la primera y buscó los datos de contacto. Repitió la operación con las otras dos y después volvió a guardar los documentos.

Encendió el ordenador y se metió en la Deep web. Nunca se adentraba mucho en esa zona él solo, pero no podía pedir ayuda a nadie para dar el siguiente paso. Copió las direcciones en el buscador y cuando se abrió el cuadro de diálogo escribió su mensaje. Solo el verdadero destinatario comprendería el significado, y con esta información podían comenzar la segunda fase de la operación.

# CAPÍTULO 6

*Carretera de Saladino, 4 de noviembre de 2023*

Sara no hablaba. Era Mariam quien, haciendo gala de una madurez impresionante, conversaba con las mujeres del grupo al que se habían unido en su huida. Alguna la miraba con recelo. Decirles que tenía un problema en la voz y que no podía charlar, fue un truco para esconderse. Lo cierto es que no se enteraba de mucho de lo que hablaban las mujeres, solo captaba palabras sueltas, pero cuando miraba a la niña, esta le hacía movimientos casi imperceptibles con la cabeza para que asintiera o negara.

Por suerte, las pequeñas no desmintieron la mascarada y podían mezclarse en el gran grupo familiar que recorría la carretera de Saladino. Compartieron lo poco que tenían para comer sentadas mientras descansaban de la larga caminata. Apenas quedaban unas horas de luz y necesitaban llegar a un refugio para pasar la noche. No podían ir con la familia, pues ya les había dicho Mariam a un lado de la autopista que la parentela de su madre las estaba esperando. De ahí que no insistieran.

El ruido de los misiles cayendo a lo lejos asustó al grupo, que se puso en pie con rapidez y comenzaron a correr. Sara retuvo a las niñas junto a ella mientras miraba a lo lejos intentando descubrir dónde era el ataque. El desánimo la inundó al comprender que los misiles se dirigían en dirección al campamento de Jabalia.

Recordó a todas las personas que compartieron con ella no solo espacio, sino la comida y el agua. También las protegieron cuando Jamal se llevó a los niños, e impidieron que siguiera golpeándola.

No era muy religiosa. Comprendió que las víctimas serían de religión musulmana, pero igualmente rezó con rapidez una oración. Después de todo, Dios era misericordioso, amaba tanto a las criaturas del cielo como de la tierra. No pensaba que dejaría de lado a esas personas, por el hecho de ser de otra religión.

Cogió en brazos a la pequeña Zahra y se la puso a la espalda mientras Mariam sentaba en el cochecito a Laila. Corrieron todo lo que pudieron, necesitaban alejarse del humo y las detonaciones que todavía se producían en la distancia. La masa de refugiados que precedían su carrera les indicaba un lugar seguro dónde cobijarse, y los siguieron mezcladas entre ellos.

Sara sentía los pulmones a punto de estallar y las piernas le temblaban, había tenido que reducir el ritmo. Mariam hizo lo mismo. A un kilómetro se veían los restos de una población bombardeada y vieron que la mayoría de los migrantes se dirigían hacia allí, por lo que se dejaron llevar.

Las calles apenas eran reconocibles bajo la multitud de restos que las llenaban. Edificios a medio derruir por los que un niño trepaba sobre el amasijo de escombros, que se amontonaban ante él como si de una colina se tratara. Había alguna que otra construcción en pie, pero no ofrecía mucha seguridad. En sus paredes quedaban patentes todavía las secuelas de anteriores bombardeos y disparos.

Con lentitud, la masa de gente que les precedía se fue haciendo más ligera. Cada grupo familiar se había desviado, quedando en las calles solo aquellos que no tenían parientes que les

recibieran. Sara miró atrás y vio a los milicianos que paraban a las mujeres volteándolas hacia ellos. Al principio, no le dio importancia, pero luego se percató de que solo lo hacían con personas del sexo femenino. Claro indicio de que preguntaban por una, y se alarmó. Se dio cuenta de que las pesquisas eran por ellas.

Le dio un tirón de la manga a Mariam y giró a la izquierda en la siguiente calle, miró los edificios que en esa zona se veían más afectados por los bombardeos y obligó a la niña a correr con ella. Uno de los montículos a la entrada de un edificio parecía dar acceso a un hueco, por lo que decidió buscar refugio allí.

—Coge a Laila en brazos, yo subiré el carrito. —Señaló la montaña de escombros que se alzaba amenazante ante el edificio medio derruido—. Tenemos que ocultarnos, creo que nos están buscando.

—¿Podrás con todo? —preguntó la niña en su inglés infantil. —Sí. Coge a tu hermana y entra por el hueco.

Sara aseguró a la pequeña y le pidió que se agarrase con fuerza a su cuello, pero sin ahogarla. Cogió el cochecito con ambas manos por el lateral y comenzó a trepar la montaña de escombros. Las piedras se escurrían a su paso y debía pisar con fuerza para hundir los pies un poco, y así evitar resbalar. Miró hacia arriba y se tranquilizó al ver que las niñas estaban llegando a la cima. Apuntalaba las ruedas delanteras del cochecito, de esta forma, conseguía algo de apoyo mientras subía la pendiente a toda la velocidad que podía. Casi perdió el equilibrio cuando una mano la sujetó. Al mirar hacia arriba descubrió a Mariam que le sonreía mientras cogía el coche para ayudarla. Los últimos metros consiguió salvarlos con bastante rapidez.

La oscuridad del interior apenas le permitía ver nada, parpadeó varias veces para adaptarse a la escasez de luz y se sorprendió al ver, que había un hueco abierto al otro lado del edificio que conducía a otra calle. Sonrió agradecida por su buena suerte, pues eso le daba una vía de escape.

A la derecha de la entrada había un agujero lo bastante grande para que pudiera entrar. Dejó a la pequeña en el suelo y se coló en el interior, con la idea de comprobar si serviría de refugio. Dentro, la oscuridad era casi total, apenas llegaban reflejos del sol que se estaba poniendo. Se quedó quieta un momento hasta que su vista se adaptó al interior y, entre penumbras, consiguió distinguir un espacio bastante grande para dar cobijo a todas.

Olfateó el ambiente por si hubiera algún cadáver. No sería extraño, teniendo en cuenta que era un edificio bombardeado. Si no rescataron a sus antiguos inquilinos, estos podían estar todavía en su tumba de hormigón.  Le prometió a su madre que las cuidaría y eso haría.

Salió y sonrió a las niñas, que se sentaron acurrucadas a un lado. Mariam abrazaba a sus hermanas y les susurraba palabras de consuelo. Las pequeñas tenían los ojos muy abiertos, aterradas, miraban con miedo el hueco por donde salió Sara.

—No os preocupéis, es un sitio seguro. No es muy grande, pero podremos tumbarnos sin miedo a que nos sorprendan. —Cogió las mantas, las botellas guardadas y las metió en el hueco. Después regresó a por el coche, lo plegó para hacerlo pasar por el vano y volvió a salir en busca de ellas—. Vamos Laila, yo estaré detrás de ti. Tenemos que gatear hacia el interior.

La pequeña entró despacio sin dejar de mirar atrás, Sara la cogió en brazos en cuanto estuvo junto a ella y esperó a las hermanas. Cuando las cuatro se encontraron dentro, encendió su móvil, y después de un minuto, pudo poner la linterna para explorar el interior. Era más grande de lo que vio en penumbras, pero le preocupaba el hueco de la entrada. Si las estaban buscando y las habían visto, no dejarían algo así sin registrar.

Se percató de la existencia de un trozo de madera en una esquina y lo arrastró hasta la abertura. Después, buscó algunos restos más grandes, y con esfuerzo, obstruyó el hueco de

entrada. Si seguían rastreándolas, al menos esa pared de escombros podía esconder su refugio.

Las pequeñas estaban cansadas y decidió darles un poco de comer para que se durmieran, por lo que sacó los sobres de leche en polvo y los mezcló en una de las botellas de agua medio vacía. Tras agitarla un poco se la dio a la más pequeña primero.

Sonrió a las hermanas que miraban con ansias la bebida que quedaba mientras la niña tragaba con rapidez. Se la quitó con dulzura y se la pasó a Laila, que después de saciarse, dejó solo dos dedos del líquido blanco y se lo dio a Mariam.

—Bébelo todo.

—¿Tú no quieres?

—No. Estoy todavía llena con el pan que nos dieron en el camino —mintió sonriendo a la niña.

Acomodó la manta que llevaba atada a su cintura en el suelo y tendió a la pequeña Zahra dormida. Laila se puso a su lado y cayó en brazos de Morfeo enseguida. Mariam se quitó la manta de su cuerpo y tapó a las pequeñas, pero no se acostó con ellas. Se sentó junto a la europea y le cogió la mano.

—Gracias, Sara. Sé que esto es difícil y que lo haces por tu propia voluntad. Nunca lo olvidaré.

—No te preocupes, pequeña. Lo hago porque quiero. A mí nadie puede obligarme a nada. —Sonrió a la niña y apagó el móvil para conservar la batería.

La oscuridad y el silencio las envolvía con un macabro crujido que las asustaba. La parte del edificio que continuaba en pie se quejaba, mientras en sus entrañas se cobijaban Sara y las niñas, atemorizadas, cansadas y sin saber qué hacer. Salvo aceptar un nuevo día con la esperanza de llegar vivas a su destino.

—Te digo que vi a una mujer subir hasta aquí —la voz del hombre se escuchó entre ecos. Mariam se puso la mano en la boca.

—Pues en este sitio no hay nadie —contestó otro, mientras con una linterna hacía un barrido por el interior—. Mira, tiene una salida a la otra calle. Sin duda, quien haya entrado ha sido para acortar por aquí.

Los dos milicianos salieron por el otro hueco, dejando el ruido de sus fuertes pisadas haciendo eco entre los escombros. Sara había escuchado las voces, aunque no entendió lo que decían. Se acercó a Mariam y le preguntó al oído murmurando. La niña respondió con el mismo susurro, y le contó lo poco que llegó hasta ella de la conversación. De esta forma, Sara confirmó que las estaban rastreando, aunque tranquilizó a Mariam diciendo que buscarían a su familia.

Ambas se acomodaron envolviendo a las pequeñas para dormir, ya pensaría algo que les permitiera continuar. Estaban muy cansadas, desde que salieron del campamento de Jabalia al despuntar el día, solo pararon a comer. Caminar cargando a las niñas pequeñas era un trabajo extra.

En sueños recordó su vida fácil en Inverness y se sintió bien por primera vez en mucho tiempo. Estaba haciendo algo útil. Tal vez esas niñas no fueran nadie importante para los gobiernos, pero se habían convertido en su razón de vivir. Se convenció a sí misma de que las sacaría de esa zona en guerra y las pondría a salvo, tal y como le prometió a su madre. Solo por eso continuaba con esta marcha incongruente que la apartaba de su hermano. Con este último pensamiento se quedó dormida.

# CAPÍTULO 7

*Wessex, Inglaterra, 5 de noviembre 2023*

Abdullah leía con atención el periódico. Hacía un rato que dejó los informes económicos a un lado, ver los enunciados de la primera página lo puso nervioso. Su teléfono sonó sacándole de la concentración y saludó al que era su cliente desde hacía unos meses.

—Buenos días, Kendrick. Estoy con tu informe todavía, ya te expliqué que necesito más tiempo para estudiar el mercado —dijo con una sonrisa tensa mientras se levantaba a mirar a través de la ventana.

—No te llamo por eso. —Ken dejó salir el aire con lentitud intentando organizar las frases en su cabeza—. Necesito tu ayuda, y antes de que lo niegues, tengo que advertirte de que sé lo tuyo con Sara. No me voy a meter en vuestra historia, es mayor de edad y sabe lo que se hace.

—Tienes razón, tuve algo con Sara. Pero para tu información, llevo meses sin noticias de ella. Nuestro último encuentro fue algo duro. Es muy cabezota y… —dejó de hablar para calmarse, pues ese tema aún le escocía en el alma—. Me apartó de su lado, y no acabamos como amigos, ni nada de eso. —El árabe apretó el puño al recordar la escena.

—Espero que no le hicieras daño y por eso tomara la decisión de irse —Ken intentaba contenerse por teléfono.

—Al contrario, solo quise protegerla, Sin embargo, fue su cabezonería lo que nos separó —Abdullah hablaba con brusquedad mientras miraba a su madre acariciar el caballo que acababa de montar.

—Debiste decírnoslo. Tal vez así no habría cometido la locura de irse.

—¿A dónde se ha ido? —Contuvo el aliento mientras esperaba la respuesta que le confirmaría sus peores temores.

—Se marchó a Gaza. Lleva allí desde el 13 de septiembre.

—Mierda, ¡esa mujer es una inconsciente! Le advertí de que no debía ir. De hecho, por eso discutimos. Ella se obcecó, y por más que intenté hacerle cambiar de opinión, no hubo forma —las palabras salían atropelladas de su boca, no tenían filtro ninguno.

—Bueno, esa charla tendremos que dejarla para otro momento, ahora lo que necesito es que me ayudes a localizarla.

—¿Sigue allí? ¿Incluso después de los ataques de Hamás?

Abdullah dejó el teléfono en la mesa y golpeó con furia el cristal de la ventana. Miles de esquirlas volaron tras el golpe. Algunas se le clavaron en la mano, y otras le rozaron el rostro. Impasible, apartó el reguero de sangre que bajaba desde su ceja izquierda y le obstruía la visión. Los nudillos también los tenía heridos. Aun así, lo que más le escocía no era la mano ni los cortes en la cara. Su corazón comenzó a doler desde el momento en que se enteró de que Sara había viajado a Gaza.

—Deja que cure las heridas antes de que te desangres. —Álex se quitó la camiseta y comenzó a limpiar los cortes con ella—. Sujeta con fuerza, voy a buscar un botiquín —dijo con calma.

—En el tercer cajón hay uno. —Abdullah se sentó en el sillón sin apartar la mirada del

muñón de tela en que se había convertido su mano. Recordó el teléfono abandonado y lo cogió dejando suelta la camiseta.

—¿Qué ha pasado? —Kendrick había escuchado el ruido de los cristales rotos y ya lo suponía, pero quería que el árabe reconociera sus actos de frustración. De esta forma, se garantizaba su colaboración.

—Nada, una ventana que se ha interpuesto en mi camino. —Abdullah hizo una mueca, dejando que el hombre del otro lado imaginara lo que quisiera.

—Déjame ver los destrozos —dijo Álex sin prestar atención a la conversación telefónica.

El hombre apartó la camiseta y limpió con cuidado los nudillos. Comprobó que no quedasen restos de cristales y después lavó las heridas de la cara. Los cortes eran pequeños y apenas sangraban ya, pero el de la ceja era más profundo. De hecho, todavía tenía la esquirla de cristal incrustada. La sacó con rapidez y apretó una gasa contra el corte.

—¡Ay! Ten cuidado, que no quiero quedarme ciego —se quejó el árabe mientras ponía el manos libres—. ¿Qué puedo hacer yo, Kendrick?

—Tienes contactos en la zona. Si preguntas por ella, tal vez te enteres de algo. Lo último que supimos, es que estaba en el edificio de la escuela de la Agencia de Naciones Unidas para los refugiados de Palestina en Oriente Próximo. —Se detuvo un momento—. Ayer atacaron el campamento de Jabalia, y según las noticias, el centro es uno de los destruidos. Mi esposa Lola, está muy preocupada. Hemos llamado a Sara, pero no tiene el móvil operativo. Teme por la vida de su prima.

—No me digas eso —susurró Abdullah abatido.

—Eso no quiere decir nada, llevan tiempo sin electricidad ni Internet, por eso Sara nos avisó de que apagaría el móvil para ahorrar batería —Kendrick lo dijo esperanzado en que ese fuera el motivo por el que no contestaba la muchacha.

—¿Por qué no se fue en cuanto empezaron a evacuar? Maldita sea, ni para eso tiene cabeza esta mujer —gruñó en voz baja Abdullah.

—Hay muchas opciones antes de darla por muerta —dijo Álex terminando de curar las heridas del árabe—. Perdonad que me entrometa.

—¿Quién eres? ¿Alexander? —Kendrick conocía al exmilitar amigo de Sam, que se había casado con la madre de Bel y Abdullah.

—El mismo. Estoy curando el destrozo que se ha hecho el joven. —Rio entre dientes mientras el árabe le miraba con mala cara —. Según lo poco que has dicho, la muchacha pudo partir antes del ataque para salir de la Franja. También puede haber caído —dijo en voz baja a sí mismo—, pero si no contesta, con toda seguridad, tiene el móvil apagado para ahorrar batería.

—No creo que haya salido. —Kendrick exhaló un suspiro—. Su hermano Pablo es periodista. Desapareció mientras intentaba conseguir una entrevista con un alto cargo de Hamás.

Además, hace unas semanas comenzó a cuidar a unos niños huérfanos. Al parecer la madre le pidió que los atendiera hasta que llegara su hermana para llevárselos.

—No sigas. —Abdullah sentía correr la furia por sus venas, con toda seguridad esa inconsciente había tomado bajo su protección a los mocosos, y se olvidaría de ponerse a salvo ella misma.

—Abdullah, necesito que uses tus contactos en tu tierra para localizarla y, si es posible, traerla de vuelta a casa. Lola está muy preocupada después del ataque al campamento, y ya sabes que son casi como hermanas.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerte nada. —Se apartó de Álex y miró hacia el paisaje exterior mientras pensaba en la forma de llegar hasta Sara. No podía decir lo que iba a hacer,

dejó a Kendrick que creyera que haría unas llamadas, pero su intención era otra.

—Si queréis, yo también puedo buscar ayuda en viejos colegas —Álex miraba la espalda de su hijastro sin apartar la vista de la pelirroja que se acercaba a la ventana.

—Te lo agradecería de veras. —Kendrick suspiró aliviado. Con esa llamada había conseguido más de lo que esperaba—. También he hablado con Sam, tu cuñado, y me ha prometido ayuda con tecnología.

—Eso es un gran avance. —Sonrió Álex—, ¿verdad, hijo?

—Te he dicho muchas veces que no me llames así —murmuró entre dientes el árabe mientras sonreía a su madre, que se acercaba a pasos rápidos a la ventana—. Hola, mamá. Deberías cambiarte esa ropa sudada antes de que te enfríes —dijo en voz alta consiguiendo llamar la atención del esposo de su madre, que se puso a su lado en dos pasos.

—Hola, princesa. Iré subiendo a la habitación para prepararte un baño. —Le lanzó un beso a la pelirroja y se despidió en voz alta de Kendrick.

—Gracias, Álex. Subo enseguida. —Miró a su hijo y levantó una ceja intrigada. Como no dijo nada se decidió a hablar—. ¿Qué te ha pasado?

—Un pequeño accidente. No tienes que preocuparte, Álex ya se ha ocupado de los cortes. —Se volvió y cogió el teléfono—. Te aviso con lo que averigüe, pero no te impacientes, esto puede llevar tiempo.

—Gracias, amigo. Cualquier cosa me avisas, tengo a Lola que se sube por las paredes.

—Pues distráela, supongo que no debo decirte cómo. —Se carcajeó el árabe—. Hasta pronto.

Abdullah colgó el teléfono y se acercó a su mesa mientras meditaba los pasos a seguir. En su mente miles de posibilidades se mezclaban, y en todas ellas veía el cuerpo sin vida de Sara oculto entre escombros.

No permitiría que la mujer que trastocó su existencia, la que le había robado el corazón, acabase en una tumba de hormigón.

# CAPÍTULO 8

Abdullah miró el reloj e hizo los cálculos para saber la hora en Catar, antes de pedir ayuda a su hermano Salim, prefería endeudarse con el diablo. Es lo que haría.

El teléfono sonó dos veces más antes de que lo descolgasen al otro lado.

—Dime, Abdullah. —Ismail Haniye se sorprendió de que el hijo pequeño de su amigo Ahmed lo llamara, hacía tiempo que no coincidían.

—Necesito entrar en la Franja —dijo con rudeza.

—¿Has leído en los últimos días los periódicos? —contestó con burla el jefe del Politburó de Hamás.

—No me jodas, sé todo lo que tengo que saber y más, pero no es de eso de lo que quiero tratar. Hay una persona atrapada allí, y debo ir a por ella —respondió malhumorado.

—¿Quién es? —Ismail se frotó las manos pensando en que tal vez podría arreglar él mismo esa salida, y que el hijo de Ahmed le debiera un gran favor. Tener de su lado a uno de los hombres más ricos de Arabia Saudí, además de heredero de una de las familias más poderosas de Oriente, era un premio que no esperaba ganar.

—No tiene importancia, es un favor que le debo a uno de mis clientes y me he ofrecido a ayudarlo. —Abdullah sabía que no podía confiar en Ismail, su fanatismo le hacía muy inestable y lo que menos necesitaba ahora era poner a las milicias de Hamás a buscar a Sara. No cometería semejante error. Entraría él mismo a la Franja y la sacaría, aunque fuera a la fuerza.

Después ya vería cómo pagarle la ayuda a Haniye.

—¿Vas a entrar tú solo para devolver un favor? —se mofó—. Permíteme dudar de tus buenas intenciones, pero como sabrás la zona está en conflicto armado. La comunidad internacional mira con lupa todo lo que ocurre allí, y no es momento para devolver favores de esa índole.

—Me lo debes —alzó la voz, enfadado—. Mi padre te ayudó sin pedir nada a cambio, y en su testamento me dejó bien claro que debía ayudarte. Pero si no hay confianza entre nosotros, tendré que retirar mi apoyo.

—No puedes fallarle a Ahmed —contestó con rapidez Haniye.

—No lo haré. Solo hago lo que debo —respiró en profundidad —. Ismail, esto va así. Yo confío y te ayudo. Tú confías y me ayudas. Si falla la confianza de algún lado, la torre se cae. Y ten por seguro de que a mí no me caerá encima —contuvo la respiración mientras al otro lado, al final de la línea telefónica, se escuchaban maldiciones en voz baja.

—De acuerdo, veré qué puedo hacer. —Se atusó la barba antes de continuar—. Esta me la debes, y no creas que lo que te pida a cambio será tan fácil como entregar un cheque.

—Ya lo había pensado —dijo con rigidez—. Espero tu llamada pronto.

Abdullah colgó el teléfono y marcó la agenda del móvil, cogió las páginas de las próximas tres semanas y se las envió a su secretario con la orden de cancelar todos los eventos y reuniones. Al levantar la vista se encontró con Álex en la puerta, no se había dado cuenta de que estaba ahí. Nervioso, comenzó a recoger la mesa sin hacerle caso al hombre que lo miraba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ni por un momento pienses que te voy a dejar ir solo.

—¿Cuánto has escuchado?

—Lo suficiente para saber, que vas a cometer una locura y a endeudarte con el demonio.

—Eso es cosa mía, tengo edad para tomar decisiones y obrar en consecuencia. —Se levantó y salió del despacho, pero Álex le cogió por el brazo.

—Lo sé, además no soy nadie para poder impedirte nada, pero te acompañaré. Quieras o no. —Le guiñó un ojo—. O de lo contrario, tu madre me tendrá durmiendo en el sofá hasta que no me queden pelos en la cabeza.

—Ni se te ocurra decirle nada —dijo con voz amenazante volviéndose al hombre que le sujetaba el brazo.

—No lo haré. A cambio solo tienes que dejarme ir a tu lado. Además, necesitarás alguien que cubra tus espaldas. El sitio a dónde vas, por si se te ha olvidado, es un lugar en guerra.

—Sé cuidarme. No sé si te has dado cuenta, pero llamarías mucho la atención. Un occidental en una zona donde no se permite entrar a nadie que no sea del ejército israelí…—Negó con la cabeza—. Si te pasa algo y mi madre se entera, tendré que buscar refugio junto a mi hermano Salim, y eso es lo último que quiero.

—Veo que no soy el único a quien tiene controlado la pelirroja. —Se rio el exmilitar mientras abrazaba a su hijastro y salía con él al pasillo del palacio.

—No es para tanto, es que no quiero enfrentarme a ella. Creo que mi madre ya sufrió suficiente por culpa de los hombres, no seré yo quien vuelva a afligirla. —Abdullah recordó la devastadora historia que contó su madre cuando fue rescatada del harén de Salim, su hijastro.

Elisabeth fue secuestrada y vendida a Ahmed, quien se enamoró de la mujer y la convirtió en su esposa. Al morir su padre, su medio hermano abusó de ella, y si no llega a ser porque Samuel Callaghan, su cuñado, descubrió dónde estaba y la rescató, ahora no estaría con ellos. Álex fue uno de los hombres que lo ayudaron a recuperarla, y cuando volvieron a Londres, se casaron.

—Eres un buen muchacho, listo y trabajador, pero en esto, escúchame. Deja que te acompañe o tendré que seguirte.

—Está bien. Me pondré en contacto con Sam, por si tiene algún juguetito que nos ayude a buscar a esa loca.

—Espero que no le hables así a tu mujer, de lo contrario jamás nos darás nietos. —Se carcajeó el hombre mientras le daba palmadas en el hombro.

Abdullah negó con la cabeza y subió a su cuarto a preparar una mochila de viaje. Tenía que estar listo para partir en cuanto Ismail le diera vía libre. Cada minuto que pasaba, la presión en su estómago se hacía más fuerte. Sabía que estaba en peligro y no estaría tranquilo hasta no tenerla fuera de aquel avispero. Conocía mejor que nadie lo que allí se estaba fraguando, aunque la relación con su hermano Salim era tensa, en los negocios habían vuelto a colaborar. Por eso sabía con seguridad lo que estaba por venir.

# CAPÍTULO 9

*Campamento de Shati, al sur de Gaza, 5 de noviembre de 2023*

Mariam miró hacia el que había sido su escondite los últimos dos días. Sentía alivio al poder salir, aunque solo fuera un rato, de aquel lugar oscuro y tenebroso donde se habían refugiado. En la bolsa, las tres botellas de agua vacías, apenas le pesaban y su ligereza le hacía andar con más rapidez. Seguía al grupo de personas, que, con toda seguridad, se dirigían al campamento de Shati. Allí encontraría agua y algo de alimento, tal y como le había dicho Sara. Si se topaba con alguien que le infundiera confianza y que llevara el chaleco azul, lo observaría y se quedaría con el nombre por si más adelante podían recurrir a esa persona en busca de ayuda.

La túnica negra y el pañuelo volando tras sus pasos le daban seguridad. Ocultaba su cara bajando la cabeza cada vez que se cruzaba con algún miliciano con el arma al hombro. Debía ser precavida como le advirtió Sara, y eso haría.

El ritmo frenético de sus compatriotas la empujaba hacia la gran área central, donde varios cooperantes con el chaleco azul repartían comida caliente. A la izquierda vio que se estaba formando una cola con personas que llevaban botellas vacías. No sabía a dónde dirigirse. Necesitaban alimento, pero el agua era fundamental, apenas les quedaba media botella. Con decisión, se acercó a la cola donde repartían el líquido, que todavía no era muy grande, y rezó para que no se acabara la comida que se estaba preparando en los enormes calderos.

Vio pasar a una cooperante con mucha rapidez y se dio cuenta de que la mujer ordenaba a varios de los que guardaban cola, que la siguieran. Con curiosidad continuó observando y se percató de que les había puesto a trabajar al fondo de la plaza.

Estaban limpiando la zona. La mujer sonreía satisfecha mientras cogía grandes bolsas de basura y las distribuía entre la cuadrilla de trabajo que había organizado.

—¿Quién es esa? —Mariam preguntó a una mujer mayor que estaba detrás de ella en la fila.

—Es una de las coordinadoras del campo. Aquí nadie se atreve a desobedecerla, y no por miedo, sino porque siempre ayuda a quien lo necesita, aunque a veces nos ponga a trabajar —ironizó la mujer.

—Al menos aportan algo al campamento y no se limitan a recoger la ayuda —respondió Mariam. No era la primera vez que escuchaba a alguien quejarse por hacer trabajos comunales.

—Que no te oigan los milicianos —susurró la mujer en su oreja —. No aceptan faenar, ni siquiera por una ayuda.

—Pues deberían haberlo pensado antes de meternos en esta guerra.

—Calla, niña. No hables así o te llevarán a los túneles. —La mujer apartó la mirada de la muchacha e intentó alejarse de ella lo máximo posible, no fuera que las hubieran escuchado.

Mariam comprendió que era el miedo lo que mantenía sujeta la lengua de los desplazados, pero lo peor no era eso. Lo malo era que tenían pavor a las milicias de Hamás.

Ella también, sin embargo, hasta ahora no se había dado cuenta de que eran muchos quienes opinaban igual que sus padres. Era lo único que le quedaba de ellos.

«La lucha de los ideales no se puede conseguir sobre el dolor ajeno», pensó con nostalgia. Cada día le recordaban que unirse a tal o cual bando no era por afinidad de ideas ni

supervivencia. Era cuestión de honestidad y responsabilidad.

Cuando consiguió llenar sus tres botellas de agua se puso en la fila de la comida. Varios cooperantes ayudaban a repartir. Unos daban pan y paquetes de harina y legumbres, mientras en los calderos comenzaban a preparar raciones calientes. Mariam sintió que se le hacía la boca agua, pues le gustaría llevarse un poco del guiso, pero no tenía nada donde guardarla. No habían preparado un recipiente adecuado para eso.

—¿Quieres llevarte un poco de guiso?

La niña se giró hacia esa voz que proponía un imposible y asintió deseosa. Cuando comprendió que no podía, bajó la mirada apenada.

—No tengo ningún recipiente para llevarla —contestó mientras salivaba con deseo por el rico olor de la comida.

—No te preocupes, yo te busco uno.

Mariam se quedó mirando la espalda vestida con el chaleco azul, que desaparecía en el interior de una de las tiendas principales. Sintió que sus esperanzas renacían. No tuvo que pedir nada, solo con ver la necesidad y el ansia en su mirada, le habían ofrecido lo que tanto anhelaba. La mujer se acercó de nuevo cargada con un recipiente de plástico y se lo dio. La niña se dio cuenta de que era la misma cooperante que esa mañana había estado organizando el grupo de trabajo, y sonrió. Ya sabía a quién podía pedir ayuda en caso de necesidad.

Tal y como le había dicho Sara, siguió a la mujer con la mirada y cuando tuvo su recipiente lleno de guiso y varios paquetes de comida para volver a su refugio, preguntó por el nombre de la cooperante. Luego siguió sus pasos hasta que la vio entrar en una tienda y comprobó que era donde dormía.

Satisfecha con sus averiguaciones, cogió el camino a su refugio con una sonrisa en la cara, y la esperanza en el corazón.

# CAPÍTULO 10

*Campamento de Shati, 5 noviembre de 2023*

Jamal vio al muchacho correr hacia ellos, eso no era una buena noticia. Estaba seguro de que les traía nuevas órdenes, y él todavía no había encontrado a las niñas ni contactado con su enlace. Necesitaba más tiempo, pero no podía dejar de acatar el mandato de los superiores. Su mente pensaba con rapidez, incluso antes de que llegara el muchacho, debía tener todo preparado para ganar tiempo.

—Jamal, Akran, acabo de recibir un mensaje. Debemos volver al centro de inmediato. —El muchacho se detuvo ante ellos y apoyó las manos en los muslos flexionados para encontrar el aire que necesitaba después de la carrera.

—¿Quién ha dado la orden? —Jamal no podía contener su enfado por este pequeño tropiezo.

—Marwan Issa en persona llamó a la unidad y dijo que todos los efectivos debían volver al centro.

—¿Has traído transporte? —Akran preguntó esperanzado, aunque ya adivinaba que los coches se guardaban para favorecer el traslado de los jefes, y ellos no eran nada.

—Me trajo un familiar que se dirige a Ráfah, tendremos que volver andando —se resignó el muchacho—. Menos mal que no es mucha distancia.

—Aun así, serán varias horas, podemos dar una última redada por si las encontramos —le susurró Jamal a Akran.

—No debemos entretenernos. —Su amigo negó con la cabeza.

—Si querían que fuésemos más rápido, tendrían que habernos mandado transporte —se quejó Jamal—. Nos dividiremos. Vosotros buscad cerca del campamento de refugiados, yo revisaré los alrededores, por si acaso.

—Pero las órdenes —el soldado comenzó a hablar, aunque Akran tiró de él en dirección a las tiendas del campamento de Shati.

Jamal sonrió agradecido a su amigo, tomó el camino de entrada a la ciudad, y volvió a observar los edificios que todavía se mantenían en pie. La gente andaba entre ellos con caras sucias y la desesperanza marcada en la mirada. Pero a él no le interesaba el dolor de esas personas que no conocía. Solo tenía un objetivo en la vida; triunfar. Si para ello pisoteaba a las hijas de su hermano, lo haría.

La culpa fue de Yassin. No debió casarse con una mujer educada en la religión copta, su sangre corrupta no se limpiaba solo con la conversión, y sus hijos no merecían vivir. Él se encargaría de que sirvieran para una causa mayor, y de esta manera, lograr el perdón de Alá y el profeta.

Vio el cartel que buscaba y entró en el edificio medio destruido, no sin antes cerciorarse de que nadie le seguía. Lo que estaba haciendo suponía la pena de muerte. Lo sabía, aun así, aceptó colaborar con el hombre. Solo de este modo, conseguiría su objetivo.

Le daba igual eliminar a sus competidores, lo importante era la grandeza que obtendría como comandante de la unidad Nukhba.

Estaba tan absorto con sus pensamientos y aspiraciones que no vio la sombra que se lanzó

sobre él.

—Estás distraído, hermano —dijo el hombre mientras el brillo de plata del cuchillo pasaba ante los ojos de Jamal.

—Te vi, solo que no quería provocar una pelea. —Sonrió malicioso el palestino—. Sabes que soy más fuerte que tú.

—Eso está por verse. —Se apartó del hombre, maldiciendo por dentro su cuerpo pequeño—. Toma, como siempre mira bien lo que debes hacer —le dio un teléfono móvil y se ocultó entre las sombras.

—Me piden que intentemos liberar a algunos rehenes —dijo mientras se escondía.

—No sé si podré, pero si lo consigo, ¿qué ganaré a cambio? —habló a la oscuridad sabiendo que el hombre se ocultaba allí.

—Más billetes en tus bolsillos llenos.

—No te prometo nada. Lo intentaré, aunque no sé cuánto tiempo tardaré. —Miró la oscuridad que envolvía al hombre antes de salir.

Jamal encendió el teléfono y buscó la fotografía. Conocía el lugar, estaba cerca de allí. Era una casa a las afueras frecuentada por jóvenes que querían emociones sin responsabilidades. Él mismo, hizo uso de esas instalaciones.

Eso fue antes de unirse a los Hermanos Musulmanes.

Apagó el móvil y lo escondió en la delantera del pantalón, ignorando el sonido que el pequeño hombre hizo al verlo.

No se despidieron, no hacía falta, sabían que sus encuentros no eran por amistad, afinidad ni nada parecido. La necesidad los había llevado a ese punto y esta guerra los unió. Su asociación con el judío era un mal menor que debía soportar. Además, mientras le daba lo que creía que eran escondites de dirigentes, él sacaba beneficios económicos que le vendrían muy bien cuando consiguiera su objetivo.

Salió al exterior pensando en qué posición dar y, sobre todo, la forma de liberar algunos rehenes para atender la última petición. Estaban muy controlados y solo los equipos de vigilancia tenían permitido estar con ellos. Ni siquiera sabía la ubicación de los prisioneros.

Levantó la mirada al cielo con el implacable sol castigando la tierra. Un día más que debía caminar bajo su despiadado calor. Se prometió que pronto obtendría el reconocimiento que tanto ansiaba, aunque para ello tendría que quedarse solo. Ya había perdido a sus padres, tíos y primos más cercanos. Su hermano también murió, por suerte. Porque cada vez se le hacía más duro estar a su lado escuchando sus reproches.

Tiempo atrás decidió alejarse de él, y cuando le dijeron que desapareció después de la explosión en la carretera de Saladino, durante la evacuación del norte de la Franja de Gaza hacia el sur, ese día fue uno de los mejores de su vida. Por fin había desaparecido su mayor detractor.

Mariam iba camino de su refugio donde la esperaba Sara cuando vio salir a su tío Jamal del edificio frente a ella. Se escondió con rapidez entre los escombros y observó por un hueco al hombre que tanto temía. Jamal giró la cabeza hacia el edificio medio derruido antes de bajar entre los cascotes. Se guardó un teléfono en el bolsillo del pantalón e hizo un barrido con la mirada como si presintiera su presencia. La niña se ocultó aún más y cerró los ojos rezando. Pensó que, si no lo observaba, él tampoco la vería.

Se hizo un ovillo entre los escombros y rogó para que no la descubriera.

Dejó en el suelo las dos bolsas que había conseguido en el campamento de refugiados y las cubrió con su túnica. Miró al cielo un momento para comprobar la hora, el sol estaba ya en su zenit. Se había retrasado mucho en las colas hasta conseguir los víveres. Pensó en Sara y sus

hermanas, que seguían ocultas en el edificio medio derruido. Deberían esperar un poco más para comer, pues no estaba dispuesta a arriesgarse a que la descubriera su tío. Comenzó a rezar en silencio y pidió clemencia a Alá para aguantar en esa posición hasta que se marchara el hombre que tanto daño hizo a su familia.

# CAPÍTULO 11

Hamza se quedó mirando la espalda del palestino mientras las sombras del edificio medio derruido absorbían su presencia y lo ocultaban. Un sonido raspado llegó hasta sus oídos y se volvió de inmediato para localizar a quien lo había producido. Sus pequeños ojos, acostumbrados a la oscuridad, escudriñaron el espacio con minuciosidad. Entonces la vio, era una mujer. Vestía una túnica negra y el pañuelo sobre la cabeza del mismo color la ocultó, evitando que la descubrieran los hombres.

La mujer tembló de miedo. Entró al local con la esperanza de encontrar algo de comer para su familia cuando escuchó las pisadas del primer hombre, y decidió ocultarse. No estaba en un lugar seguro, por lo que prefería la prudencia antes de exponerse. Escuchó con claridad el diálogo de ambos, y supo que no traían nada bueno. Aunque lo que más la alarmó fue la petición del hombre más pequeño: liberar a rehenes judíos solo lo podía pedir un israelita. Así supo que estaba ante un espía, pero lo peor fue, que contactaba con un traidor de Hamás.

Se quedó acurrucada en la oscuridad hasta que pensó que se habían marchado. Fue un error suponer que saldrían juntos de allí, ya que al moverse lo vio, y no pudo evitar rozar la gravilla y desplazarla con un rasgueo delator.

—No te haré daño. Sal de ahí. —Hamza sonrió intentando tranquilizar a la mujer.

—Lo siento, no quería interrumpirlos, solo estaba buscando algo de comer en las estanterías —se disculpó con rapidez la mujer—. Tendré que volver a la tienda con las manos vacías —se resignó y bajó la cabeza en señal de sumisión.

—Yo puedo darte algo de mis raciones. —Se acercó despacio a la mujer y sacó varios sobres de su pantalón militar—. Mira, a mí con uno me basta hasta que me den la próxima ración.

—Gracias —dijo con timidez la mujer acercándose cautelosa al hombre—, tengo dos hijos pequeños, y mi marido no consigue más que un poco de agua y una ración al día.

—Faltan los alimentos básicos y la ayuda internacional entra con cuentagotas. Es normal —contestó con simpatía cada vez más cerca de la mujer.

—Lo sé, pero los niños no entienden esas cosas. Su estómago ruge de hambre y lloran porque no tienen nada que calme el dolor de su tripa. —La mujer llegó frente al hombre y aferró los sobres que mantenía en la mano extendida.

Todo ocurrió muy rápido, ella estaba cogiendo las raciones que le ofrecía, y un segundo después, la aprisionó entre sus brazos. El hombre presionaba su cuello y casi no podía respirar. Por más que intentaba apartarlo, la constricción era brutal. Sintió que los ojos se le salían de las órbitas, los pulmones le ardían por la falta de oxígeno y la lengua se le hinchaba dentro de la boca, impidiendo que entrase aire también por ahí. Todo se volvió oscuro a su alrededor y supo que era el último aliento que exhalaba.

Hamza sintió la humedad en sus botas, al mismo tiempo que el cuerpo de la mujer se volvía laxo entre sus brazos. La dejó caer al suelo sin remordimiento y se agachó para comprobar su respiración. Sus dedos en el cuello no captaron ningún latido. Destapó el torso y puso la mano sobre el pecho. Al sentir esa carne suave adaptarse a la palma, la excitación se apoderó de él. Dentro del pantalón su miembro luchaba por salir en busca de alivio, así que se bajó la cremallera y solo se tuvo que acariciar unas pocas veces, antes de dejar caer su semen sobre el

cuerpo inerte de la mujer.

Al volver a la realidad miró la cara de la joven y sintió pena por ella. Era hermosa, no una belleza, pero ya no tendría más hijos a los que abandonar. Se encogió de hombros y terminó de vestirse, recogió los sobres de raciones y volvió a guardarlos en el bolsillo lateral del pantalón. Salió del edificio satisfecho sin mirar atrás, pensando que, gracias a la imprudencia de la mujer, había podido aliviar dos de sus necesidades.

Mariam no supo bien cuánto tiempo estuvo en su escondite, pero se armó de valor y asomó la cabeza solo para comprobar que se había ido. Se dijo que tenía que moverse antes de que oscureciera. Al incorporarse un poco, vio al hombre salir del mismo edificio que había abandonado su tío. Se escondió de nuevo e hizo igual, cerró los ojos para ocultarse. El sonido de su voz le llegó y se sorprendió al reconocer el idioma israelí. No comprendía qué hacía uno de ellos entre los desechos de sus bombardeos. Se arriesgó a mirar y vio que el hombre se callaba y guardaba el teléfono en sus pantalones. Después, se giró hacia el hueco por donde había salido y sonrió. La niña sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Si la maldad se hacía humana, sin duda lo haría en ese hombre.

Hamza sintió un cosquilleo en la nuca, sabía que alguien le estaba acechando, pero sus ojos no localizaban al espía. Con tranquilidad bajó la pendiente de escombros y se marchó sin dejar de observar por si había movimiento a su alrededor. Al girar en la esquina se escondió y se puso al acecho para comprobar si su intuición era certera.

Mariam seguía oculta en su escondite sin atreverse a salir. Lo vio marcharse y, aun así, algo le decía que se mantuviera escondida. Así pasó tanto tiempo que el cielo comenzó a oscurecerse.

Hamza era paciente y estuvo esperando a su espía. Cansado, al no ver movimiento alguno en los alrededores, se marchó con la intriga de saber por qué su cuerpo se alteró. Nunca le había ocurrido algo así y lo achacó al nerviosismo, a la excitación que le produjo el encuentro con aquella mujer.

Su formación en el Mossad le había preparado para afrontar cualquier situación de crisis. Ya apenas recordaba los días de hambre y ansiedad que vivió en el desierto. Solo consiguió sobrevivir por su ansia de venganza. Esa herramienta que tan bien le habían enseñado a controlar antes de dejarle entrar en la Franja.

Todos estos años proporcionando información le habían servido para crear una tapadera entre los palestinos. Lástima que no había encontrado todavía el motivo de su trabajo allí, pues la mujer que le dio la vida se perdió después de abandonarlo. Pero él no se daba por vencido. Seguía buscándola, y en el camino, otras pagaban con su vida para mantener a su bestia interior bajo control.

# CAPÍTULO 12

Sara caminaba nerviosa entre los escombros de la entrada a su escondite. La preocupación podía con ella, Mariam se había marchado por la mañana y aún no había vuelto. Seguro que su retraso era porque le había sucedido algo.

Tenía ganas de llorar por la impotencia. No se atrevía a salir con las dos pequeñas, y preguntar en inglés por la niña, llamaría demasiado la atención, y eso era lo último que quería hacer. Zahra comenzó a llorar y se acercó a ella para consolarla. La niña no hablaba, se comunicaba solo con gestos. Laila la confortaba, pero no sabía cómo callar a la pequeña.

—Ya está bonita, no ha sido nada. —Sopló en la rodilla donde se había raspado y le dio un beso en la frente.

—¿Qué le ha pasado? —Mariam dejó la bolsa con las botellas y corrió a coger a su hermana —. No llores, peque, solo fue un raspón.

Sara miró a las niñas abrazadas mientras consolaban a la pequeña, luego sonrió. Estaban muy unidas y el amor que se profesaban le daba algo de envidia. Siempre quiso tener una hermana. La encontró cuando fue mayor; en su prima Lola, y viajó con ella a otro país y se marchó con su prima Lola para ayudarle con su hijo.

Desde entonces, en su corazón, eran como hermanas. Sonrió al recordar escenas vividas juntas y, sin querer, se le escaparon unas lágrimas.

—¿Qué te pasa a ti? —Mariam se había incorporado con la pequeña Zahra en sus brazos y Laila cogida de su túnica.

—Nada, solo me he emocionado al veros tan unidas. Da gusto ver lo bien que os lleváis. Por cierto, ¿por qué has tardado tanto?

La niña miró a Sara y le hizo un gesto con los ojos para que fueran al escondite. Cogieron la bolsa con las botellas y entraron por el hueco. Después de tapar la entrada, como las otras veces, Sara sacó la pequeña linterna que consiguió el día anterior e iluminó el espacio que las rodeaba.

Mientras preparaba un poco de pan con un guiso que trajo Mariam, escuchaba a la niña contarle todo lo que le ocurrió cuando estuvo fuera. Hablaban despacio, entretanto las pequeñas jugaban en un rincón con unos trapos que Sara había transformado, y que parecían muñecas.

—¿Estás segura de que el hombre no te vio salir? —preguntó un poco asustada.

—No creo. Estuve tanto tiempo escondida, que se cansó de esperar. —La niña le dio el pan relleno del guiso a Laila que lo comenzó a devorar con ansias, mientras Sara alimentaba a Zahra dándole una botella con leche y cereales—. Lo que más me sorprendió fue que hablara en hebreo.

—Sí, es raro. Pero no pienses más en ello, no queremos saber nada de tu tío ni de lo que esté haciendo por ahí —contestó para que olvidara lo que había visto.

—Pero Sara, si mi tío está en contacto con israelíes, entonces no es de los de Hamás.

—No sabemos lo que estaban haciendo y es mejor que no lo averigüemos. No quiero que nos pille en medio de alguno de sus chanchullos.

—Está bien, pero tal vez deberíamos…

—Déjalo ya, Mariam. Es mejor así —dijo con rotundidad Sara mientras en su cabeza se abrían todo tipo de posibilidades.

Las niñas se quedaron dormidas con el estómago lleno. No era mucho, pero al menos habían podido hacer una comida con proteínas. Sara miró a Mariam, y en un susurro, le dijo que salía fuera para vigilar en el silencio de la noche. La pequeña asintió en la oscuridad y cogió su mano antes de que se marchara.

—Ten cuidado, todavía está por aquí —susurró nerviosa.

—Lo haré, tú descansa.

Sara salió del escondite y dejó la abertura suficiente para colarse en caso de necesitarlo. Se asomó al exterior, primero pegada al muro que aún se mantenía en pie. Tras unos segundos, escrutó la noche. El silencio era roto de vez en cuando por el aullar lastimoso de algún perro.

Bajó con cuidado entre los cascotes de los escombros y se ocultó en las sombras a escuchar por si se acercaba alguien. Cuando comprobó que estaba sola, tomó la dirección que le había dado Mariam y caminó con rapidez intentando no hacer ruido. De vez en cuando se detenía a escuchar por si alguien la seguía, después continuaba más tranquila.

Llegó al edificio que le describió la niña, antes de entrar se ocultó y observó los alrededores.

No se escuchaba nada y tampoco se veían luces salir de la entrada medio destruida del comercio. Con pasos decididos se acercó y subió con cuidado de no desprender restos que alertaran a quienes hubiera en el interior. Antes de meterse en esa oscuridad, encendió el móvil y enfocó con la linterna a las entrañas, que aún se mantenían en pie, del edificio. Tranquila por no haber visto a nadie ni nada moverse, se adentró resuelta, a averiguar lo que podían hacer allí un palestino y un israelí.

Había dado solo unos pasos cuando el olor a orín, excrementos y algo más la hizo detenerse. Con la nariz tapada realizó un barrido con la linterna del móvil, y lo descubrió. A unos metros de ella había un cuerpo tirado en el suelo. Se acercó con cautela sin dejar de apuntar con el haz de luz de la linterna.

Se llevó la mano a la boca para contener el grito que pugnaba por salir. Horrorizada, miró a la mujer que yacía muerta a sus pies. Tenía la ropa abierta dejando ver sus pechos, y los restos a su alrededor delataban lo que había ocurrido. Su cuello estaba negro, tenía los ojos abiertos con horror y la mirada vacía.

No quiso seguir allí por más tiempo, se precipitó a la salida y apagó el móvil. Esta vez no tuvo cuidado alguno, corría entre los escombros solo con la débil luz de la luna alumbrando sus pasos. Estaba a punto de entrar en su refugio cuando vio el cielo iluminado por los restos de los cohetes que surcaban la noche con un silbido macabro. Entró por el hueco y comenzó a recoger las pocas cosas que poseían, después despertó con cuidado a las niñas mientras las explosiones lejanas se escuchaban cada vez más cercanas. Tenían que salir de allí antes de que el edificio colapsara y las enterrara vivas.

Hamza seguía nervioso, su instinto nunca le había fallado y algo le decía que debía estar alerta. Sin poder dormir decidió regresar al edificio donde sintió la alarma e investigar. Algo se le escapaba, y no quería que por un cabo suelto su misión terminara antes de tiempo.

No le importaba morir. Desde el momento en que le enviaron a espiar, y conseguir aliados entre los palestinos, supo que su vida no valía nada. Ni el Mossad que le había enviado a esa misión, ni el gobierno israelí que ni siquiera sabía que existía.

Entró al edificio y contempló su obra. No era la mejor, pero la prisa le había instado a obrar así. Apartó la linterna y se fue al fondo del local para escrutar entre las sombras. Se quedó echado en un hueco y casi se durmió cuando vio el haz de luz. Fue un barrido muy rápido, aun así, consiguió mantenerse en la zona oscura. Escuchó la exclamación y sonrió para sí mismo; era una mujer.

La observó desde su posición privilegiada y comprobó que debía ser joven. No pudo ver su cara con claridad, pero la visión de esa piel nívea no era la de una mujer mayor. Casi no se dio cuenta cuando la joven salió corriendo del lugar al contemplar su obra. Sonrió para sí mismo. Decidió seguirla y averiguar si daba la voz de alarma.

No tuvo que buscar mucho, ya que su carrera acelerada provocaba sonidos que estallaban en el silencio de la noche, marcando así el camino de su presa. La vio subir por la entrada medio derruida al edificio. Se disponía a seguirla cuando vio el cielo iluminado por los misiles israelíes.

Maldijo en voz baja y no supo si subir a por la muchacha para eliminar testigos de su obra o ponerse a salvo. Al final ganó su instinto de supervivencia, y buscó refugio antes de ser víctima de su propio gobierno.

# CAPÍTULO 13

*Campamento de Shati, 5 de noviembre 2023*

Sara empujaba el carrito con Zahra dormida a pesar del movimiento. Laila y Mariam cogidas de la mano corrían a su lado mientras el cielo se iluminaba con un brillo incandescente de muerte. A sus espaldas escuchaban los gritos y llantos, pero nada de eso las detenía, sus pasos las guiaban fuera de la ruta macabra que trazaban los misiles israelíes.

A pesar de la oscuridad, se distinguía a la perfección el camino, no solo porque transitaban más almas en busca de refugio, sino que también era el más llano a su alrededor. Mariam cogió el brazo de Sara y le señaló la tienda con el logotipo de UNICEF. No tuvo que pensárselo mucho. Empujó el carrito y antes de que nadie se lo impidiera entró en la tienda.

El interior estaba oscuro, pero se filtraba la suficiente luz del exterior para comprobar que se encontraban solas. Sara se quitó la manta que llevaba liada en la cintura y la extendió con cuidado en una esquina. Les señaló a las niñas el espacio para que se tumbaran a descansar y ella se sentó a su lado, mientras observaba a la pequeña dormida en el carrito.

Los ruidos del exterior se fueron calmando para dejar solo el llanto y los lamentos como una banda sonora incapaz de apagarse en la noche. Se quedaron dormidas y Sara agradeció el cansancio de las niñas, porque les impediría escuchar el sonido de la muerte.

Hamza caminaba entre la destrucción, ajeno a lo que le rodeaba. Prestaba especial atención a las mujeres con las que se cruzaba, y no por sentirse atraído por ellas. Todo lo contrario, le producían tal repugnancia que solo el entrenamiento en los campos del Mossad, le permitían mantenerse impasible ante ellas y hacer lo que en realidad quería. No la había visto con claridad, pues la oscuridad escondió parte de sus facciones, pero la palidez de su piel, y esos ojos colmados de un profundo temor, todavía paseaban por su memoria como si de un recuerdo valioso se tratase.

Vio a dos mujeres cargadas con niños meterse en la tienda de los cooperantes, y se paró en seco. Su mente trabajaba con rapidez y agilidad, recogiendo las posibilidades que se le ofrecían.

«Piensa, Hamza, si fueras un ser débil que huye por lo que has visto y el cielo se ilumina con los cañones de la muerte, ¿dónde irías?», habló para sí mismo en susurros.

Miró la tienda y sonrió con malicia, era el lugar ideal donde ocultarse si no había un hombre en la familia que les procurase protección. Se apartó del camino y se quedó agazapado sin perder de vista la tienda. Solo tendría que vigilar quién entraba y salía para comprobar si la mujer se encontraba entre ellas.

El campamento de Shati vio amanecer un día más y, sin embargo, quienes allí se resguardaban no agradecían por ello. En sus miradas se podía ver con claridad el desconcierto, el dolor de la pérdida, el hambre y la sed. Sus cuerpos continuaban caminando entre los escombros, aun sabiendo que solo era un día más. Habían sobrevivido para encarar la muerte en otra ocasión, y nada de lo que sucedía a su alrededor les daba esperanza. Ni siquiera la llamada del almuecín, les sacaba de ese estado lamentable en el que se encontraban.

La muerte les rondaba y lo sabían, más no podían hacer nada. Solo respirar un día más y que el aliento que espiraban no les congelase en el terror de la muerte.

Hamza vio a la mujer con el chaleco introducirse en la tienda y se puso en pie, había llegado el momento de entrar en acción. Sonrió para sí sabiendo que su presa no escaparía.

Se acercó con pasos decididos. Se disponía a abrir la tela que cubría la entrada, cuando una fuerte mano se lo impidió.

—¿Qué quieres? —Nael, uno de los vigilantes de seguridad del campo, vio al hombre acechar la tienda y no le gustó, solo por eso se puso delante e impidió que entrase con libertad.

—Vengo buscando a la cooperante —dijo con rapidez Hamza maldiciendo por no haber visto al guardia que lo detenía.

—No puedes pasar, esta tienda es de mujeres. —Frunció el ceño al darse cuenta del brillo malicioso en la mirada del hombre—. Mejor ve a la principal y espera allí la ayuda que necesites.

—Lo siento, no lo sabía —dijo con fingida humildad mientras bajaba la cabeza en señal de sumisión—. Haré como me dices. *Salan malekun.*

Hamza se dio la vuelta sin dejar de sentir la mirada penetrante del hombre en su espalda, giró a la derecha y se perdió entre la masa humana que se dirigía al centro del campamento en busca de ayuda. A su paso escuchaba los llantos y lamentos de quienes se detenían a un lado, vencidos por las heridas y la desesperanza. Cuando se sintió a salvo de la mirada indiscreta, saltó a un costado del camino y se escondió entre los escombros que rodeaban el campamento. Necesitaba ordenar sus ideas antes de volver a intervenir. No podía dejarse pillar de nuevo.

# CAPÍTULO 14

*Campamento de Shati, 5 de noviembre de 2023*

Sara se puso en pie en cuanto entró la mujer a la tienda. Apartó el velo que la cubría, dejando ver sus facciones europeas mientras hablaba con rapidez para impedir que la cooperante pidiese auxilio.

—Me llamo Sara y soy de la UNRWA —dijo con voz acelerada—. Necesito tu ayuda, pero nadie se puede enterar.

Salma miró desconcertada a la mujer europea que le hablaba en inglés, sabía que debía pedir auxilio. Aun así, la desesperación en el rostro de la muchacha, le dijo que algo terrible ocurría para que no se pusiera en contacto con las autoridades del campo.

—Está bien. No te delataré, de momento, pero tienes que decirme por qué no pides ayuda a la dirección del refugio —dijo la mujer mientras se arreglaba el chaleco azul sobre su túnica.

—Venimos del campamento de Jabalia, y no, no fue por el bombardeo por lo que huimos. —Sara tragó saliva—. Los padres de estas niñas murieron y me dieron el encargo de ponerlas a salvo tras la frontera.

La tela de la tienda se apartó dejando paso a Nael que miró frunciendo el ceño a la muchacha sin velo. Hasta que se dio cuenta de que sus rasgos eran europeos. Observó a las niñas acurrucadas en el rincón de la entrada a la tienda y las señaló.

—¿Qué hacen aquí?

—Ella es Sara de la UNRWA. Antes de que digas nada, deja que se explique. —Salma puso su mano sobre el hombro de Nael y le pidió tranquilidad—. Continúa, Sara, no te delataremos.

La española comenzó de nuevo su relato de cómo ayudó a Mai, la madre de las niñas, tras la muerte de su esposo Yassin Al-Khatib. La mala suerte se había cebado con esta familia y el 20 de octubre, Mai falleció en el bombardeo de la iglesia de San Porfirio en Gaza. La mujer tuvo tiempo de escribir un pequeño testamento donde le encomendaba a Sara el cuidado de sus cinco hijos hasta que su hermana Hanan, que vivía al otro lado de la frontera de Ráfah, se hiciera cargo de ellos. Entre lágrimas les contó la traición de Jamal, el tío de los pequeños, y cómo se llevó a rastras a los dos varones con tan solo seis y ocho años. Se detuvo un momento y señaló a las niñas antes de bajar la voz y hacer que sus interlocutores cerraran el círculo ante ella. Cuando les narró lo que descubrió Saleh, y su huida desesperada, los escuchó contener la respiración.

—Ha estado buscándonos, por eso nos ocultamos en un edificio medio derruido, pero con los bombardeos de anoche, tuve miedo a morir bajo sus escombros y decidí venir a pedir ayuda. Mariam estuvo hablando ayer contigo, ella fue quien nos condujo acá.

—Os han seguido. —Nael vio el horror dibujarse en la cara de la española—. Un hombre quería entrar aquí, aunque lo detuve antes de que pudiera traspasar el umbral. Se marchó como si no pasara nada, pero me dio mala espina.

—Tenemos que escapar de aquí. —Sara se volvió hacia las niñas y le indicó a Mariam que despertase a Laila mientras ella cogía a la pequeña Zahra.

—Espera un momento. Antes de salir huyendo de nuevo, deberías cerciorarte de que fue Jamal quien intentó entrar en la tienda. —Salma se giró hacia Nael—. ¿Cómo era el hombre que

quiso colarse?

—Bajito y muy delgado, aunque se le veía fuerte. Tenía el pelo lacio y sucio, llevaba la perilla mal cuidada, y su nariz era bulbosa y grande.

—No es él. —Sara dejó escapar un suspiro de alivio—. Jamal no es bajito, y tampoco tiene la nariz que describes. No me suena de nada el hombre que dices.

Mariam los escuchaba, pero apenas entendía lo que decían por la rapidez con que hablaban. Miró a la maestra, y si ella se relajaba tranquila, entonces es que no ocurría nada.

—De todas formas, no debemos confiarnos. De momento, te quedarás en la tienda y, por favor, no salgáis. —Cogió de la mano a Sara—. Te traeré comida y ropa para que os cambiéis y continuéis el camino a Ráfah.

—Muchas gracias, nos iremos en cuanto podamos. No quiero que te llamen la atención a ti, por meternos en la tienda.

—No te preocupes, mi compañera está en enfermería y pocas veces viene por aquí. La avisaré para que no se asuste.

—Yo daré una vuelta por los alrededores por si veo al tipo. —Nael salió con prisa de la tienda.

Al quedarse a solas, Salma le indicó que se acostaran a dormir en las literas, y Sara lo agradeció, sobre todo por las niñas que llevaban mucho tiempo durmiendo en el suelo. Una noche en un colchón, sería un lujo que no dejaría pasar.

Las horas que pudieron descansar sentaron muy bien a las niñas, que a la mañana siguiente despertaron con energías renovadas. Salma regresó a la tienda con varias raciones de desayuno que devoraron con ansiedad. El agotamiento era visible en los rostros de las pequeñas y de Sara, razón por la que prefirió dejarlas en su tienda y protegerlas.

Pero sabía que debían marcharse de allí lo antes posible, por eso le prometió que prepararía una bolsa con víveres y agua. La necesitarían para proseguir el camino.

Tenía dudas sobre lo aconsejable de que continuaran el viaje solas, pero no podía hacerla cambiar de opinión. Lo cierto es que la situación era cada vez peor en la Franja y la única salida de Sara era escapar por el paso de Ráfah. El inconveniente eran las niñas, al ser palestinas tenía serias dudas de que consiguiera cruzar. Así se lo hizo saber a la mujer, aparte de consultar con varios compañeros que no solucionaron nada.

Sara pensó que al estar en la frontera se le ocurriría una forma de cruzarla. En todo caso, también esperaba encontrar allí a la hermana de Mai y, entre ambas, conseguir la documentación para que dejaran pasar a las niñas. Una vez sola, ella regresaría a Jabalia a seguir buscando a su hermano, y juntos localizar a los pequeños que se llevó Jamal.

Con la decisión tomada, y un objetivo claro, se quedó dormida abrazando a Zahra. Necesitaba recuperar fuerzas para comenzar la marcha al día siguiente.

# CAPÍTULO 15

Hamza miraba con disimulo la entrada de la tienda cuando vio salir al hombre que antes le impidió entrar. Agachó la cabeza y retrocedió sin dejar de observarlo. Oculto en una esquina se dio cuenta de que buscaba con la mirada entre quienes estaban allí reunidos. El guardia escudriñaba los alrededores y no le pasó por alto, que se detenía a observar sin ningún disimulo a los hombres que se parecían en complexión a la suya. Se escondió como pudo entre un grupo echado y cubierto con mantas. No podía dejar que lo descubriera de nuevo en las inmediaciones de la tienda, para él era de vital importancia pasar desapercibido.

El cuerpo caliente contra el que se pegó se movió de inmediato al sentir el contacto. Hamza no hizo nada alarmante. Se limitó a sujetar con fuerza la cabeza de su coartada, y mientras le impedía respirar, con sus piernas retenía el cuerpo que luchaba por deshacerse de su agarre. El asesino tuvo miedo de que tanta actividad llamara la atención y se incorporó un poco para sujetar con ambas manos la cabeza. Con un movimiento rápido y brusco escuchó el crujir del cuello, luego sintió cómo el cuerpo quedaba inerte en sus brazos.

Todavía respiraba con agitación, pues la excitación de matar había dado paso a otro tipo de lujuria. Tocó el miembro inerte de su víctima y sonrió de satisfacción al saber que había encontrado una vía de escape para su furia. Al menos de momento. Con solo unos movimientos de la mano se descargó sobre el trasero frío, de quien ya no podía negarse a nada. Esta era la parte que más le gustaba de matar. Quedarse para él solo la excitación y el placer del sexo, sin que por ello hubiera consecuencias.

Pensó en la mujer que lo abandonó ante el hombre que se decía su padre y la maldijo de nuevo, para que allá donde estuviera, su vida se hallara llena de dolor sin límites. Poco consuelo tuvo al ser criado por un padre al que no le importaba un niño medio árabe y al que veía como un estorbo en su vida profesional. Solo cuando creció y le inculcó la afición por las armas y la lucha, se dio cuenta de que el chico tenía potencial.

Gracias a su herencia árabe, el Mossad lo reclutó para infiltrarse. Fue entonces cuando ese padre, que nunca le dio lo que necesitaba más allá del alimento, comenzó a apreciarlo. Pero ya era tarde para eso. Aceptó el destino que le ofrecieron, y con la impunidad del anonimato llevaba ya cinco años en Gaza captando informadores. Solo debía pasar a la oficina el testimonio que recibía y a cambio tenía libertad para dejar salir a su verdadero yo.

El ataque de Hamás le complicó el trabajo. Todavía no entendía por qué sus superiores no habían tomado medidas contra la agresión. Esto se habría quedado en otro más de sus intentos por echar a los judíos de los asentamientos. Alguien la había cagado en los despachos y las consecuencias estaban siendo mucho más aterradoras de lo que podían imaginar. Por suerte, también le daban la cobertura para actuar con mayor impunidad, si cabe. Con tantos desplazados, campamentos de refugiados y ataques, tenía vía libre para desatar su verdadera personalidad, y lo mejor de todo, era que nadie le buscaba ni pedía explicaciones.

Hamza se tapó con la manta y se quedó dormido mientras el cuerpo a su lado se volvía cada vez más frío. Le daba igual, lo único que necesitaba era continuar con el anonimato hasta que el guardia de la tienda se marchara o dejara de buscar. Después podría entrar y acabar lo que empezó.

El sueño no se hizo esperar. Esta vez a su mente llegó el recuerdo de una infancia robada, la desesperación de la pérdida y la tristeza de no sentirse querido. Así se lo decía su padre, una y otra vez, hasta que creció lo suficiente para comprender que esas palabras salían de la amargura que sentía. Cuando comprobó su destreza con las armas consiguió un poco de respeto de su progenitor, y fue a partir de ahí, que su vida cambió.

Ingresó en los campos de entrenamiento del Mossad y sobrevivió a fuerza de voluntad. Su pequeña estatura era un hándicap difícil de salvar, aunque su aspecto de piel cetrina le confería la apariencia de muchos palestinos.

Cinco años llevaba abandonado en esta tierra olvidada de Dios, demasiado tiempo para estar solo y, sin embargo, no se arrepentía de nada. Con los dedos comenzó a contar cada una de las personas que se cruzaron con su «yo» escondido. Con el tiempo había conseguido controlarse para dejar que todo pasara desapercibido, pues, aunque era una zona donde la ley a veces era casi inexistente, no quería dar pie a una posible expulsión de Gaza o que le descubrieran.

Estaba en el mejor sitio para saciar todos sus apetitos, empezando por la venganza.

En este tiempo no había sabido nada de su madre ni de su familia palestina. Parecía que se escondían muy bien. No quería pensar que la información que le dio su padre fuera falsa, aunque después de tanto tiempo de buscar y no hallar nada, comenzaba a dudar.

La temperatura se volvía cada vez más fresca, por lo que se arrebujó bajo la manta y absorbió el olor de su acompañante. De inmediato, sintió que su cerebro desconectaba y le proporcionaba la paz por un trabajo bien hecho.

Pensó de nuevo en la mujer que se le había escapado y comenzó a trazar el plan para llegar hasta ella. Sortear al guardián no sería problema. En cambio había visto entrar a otra cooperante que despertó su instinto depredador. Pensó que si ambas quedaban a su merced podría poner en práctica algo diferente. Con una sonrisa de expectación se relajó contra el cuerpo inerte y entró en el mundo de los sueños.

# CAPÍTULO 16

*Carretera de Saladino, 6 de noviembre de 2023*

Jamal miraba con odio el camino que dejaba atrás. Un vehículo con la bandera de la organización pasó por su lado y le dieron ganas de detenerlo para subir y ahorrarse la caminata, pero se dio cuenta de que también llevaba la insignia de Naciones Unidas y se contuvo. Iban contracorriente. La masa humana que huía en dirección a Ráfah le hacían temer por su vida y el instinto de supervivencia le decía que debía regresar por donde había venido.

Eso estaba por completo descartado, pensó con indignación, ya que después de tantos años en «los Hermanos Musulmanes», escalar posiciones dentro de la organización para tener un cargo de importancia, y demostrar a su familia que él sí podía prosperar. Después de tanto tiempo, no echaría por la borda todo por lo que había luchado. Aunque para ello tuviera que poner en riesgo su vida y entregar a los mocosos de su hermano.

Llegaron al centro de la organización en la ciudad de Gaza y se unieron al resto de contingentes que allí esperaban para acceder a las instalaciones subterráneas. Akran se separó de su amigo y se acercó a un grupo de milicianos de su ciudad, Jan Yunis. Después de un buen rato conversando con ellos, volvió junto a Jamal, que estaba fumando cerca de uno de los comandantes. Le hizo señas a su amigo y este se disculpó yendo a su encuentro.

—Nos van a llevar a los túneles para ayudar a trasladar a los rehenes —dijo Akran en voz baja—, solo esperamos a que nos distribuyan por los distintos zulos para llevar a los prisioneros.

—Menuda pérdida de tiempo —se quejó Jamal—. Deberían darles el descanso definitivo y dejarnos libres para intervenir en incursiones contra Israel. —No se podía creer la suerte que tenía, podría cumplir con el judío al mismo tiempo que con sus órdenes.

—No pienso que sea lo que desean los jefes. Un prisionero vivo siempre es mejor para hacer intercambios y conseguir beneficios. —Akran repitió lo que tantas veces había escuchado a su superior.

—Pues nos están distrayendo del verdadero objetivo. Por eso los judíos nos aplastan en nuestra propia casa. —Jamal inició una discusión que sabía que tenía perdida, pero con ello quería apartar de él toda sospecha.

—Shhh, no lo digas en voz alta —se quejó Akran mirando a su alrededor por si lo habían escuchado—, recuerda lo que le ocurrió a Kasim. Se atrevió a cuestionar las órdenes y acabó en primera línea.

—No tengo miedo. Pronto seré uno de los que decidan y la guerra dará un vuelco —susurró a su amigo con prepotencia.

—Antes deberás conseguir a tus sobrinas y poner en marcha la operación para que los jefes te den tu recompensa.

Jamal miró con enojo a su amigo y no dijo nada, sabía que tenía razón. Sin embargo, todo lo basaba en una ilusión que deseaba con fuerza se hiciera realidad. Ya no le hacía sombra su hermano Yassin sobre él y, aun así, sentía que nadie en su familia lo había valorado.

Se escuchó la llamada del almuecín y el grupo de milicianos allí reunidos se movió incómodo. Después, uno de los capitanes que aguardaban la reunión se puso de rodillas mirando

a la Meca y comenzó sus oraciones de El Adhan. El resto de los hombres allí reunidos le imitó, y pronto todos se arrodillaron en la tierra, con las armas a un lado e invocando a Alá en lo que ellos consideraban ya una guerra santa.

Las peticiones de Jamal en sus oraciones eran apenas un murmullo entre el resto de los milicianos. Cuando por fin se levantaron y sacudieron sus rodillas, las órdenes no tardaron en llegar.

Entraron a la casa y desfilaron entre los simpatizantes que guardaban el acceso al túnel. Una vez en el interior, la débil luz de las bombillas guio su camino hasta el ensanche donde el comandante los esperaba.

Se dividieron las secciones de recorrido y cada grupo formado por cinco hombres tomó la dirección asignada. Jamal maldijo porque una vez más lo habían relegado a segundo al mando. Rabioso, contuvo las ganas de protestar, sabiendo que algo así solo perjudicaría sus pretensiones.

Se consoló al pensar que, al menos con esta misión, podría complacer al judío y liberar a algunos rehenes, y con ello, conseguir más dinero.

Pisó con fuerza sintiendo el duro paquete de billetes escondido en su calcetín, y sonrió.

# CAPÍTULO 17

*Campamento de Jabalia 6 de noviembre de 2023*

Abdullah miraba horrorizado los restos de la Escuela de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina. El edificio estaba por completo destruido. Entre sus escombros todavía había voluntarios buscando cuerpos. Álex y él se les unieron y retiraron restos por donde les decía el coordinador de rescate. Giró sobre sí mismo y miró al hombre que les había asignado la organización para trasladarlos al interior de la Franja. Estaba apoyado en el capó del vehículo 4x4, en actitud dejada, mientras fumaba con tranquilidad. No entendía cómo podía seguir impasible ante la desesperación de algunos de los rescatistas. Todo el mundo sabía que el tiempo era fundamental para encontrar supervivientes.

Pasaron la mañana desescombrando y solo consiguieron rescatar a una niña con vida. Por desgracia, no supo nada de Sara. Cansados, ambos hombres se acercaron al grupo de voluntarios, habían decidido detener la búsqueda. Después de más de setenta y dos horas, el edificio se había convertido en otra tumba de hormigón.

Abdullah llamó la atención del coordinador y se lo llevó aparte para preguntar con discreción.

—Estamos buscando a una de las maestras de la UNRWA. Es española, pero daba clases de inglés a los niños de esta escuela.

—La conozco —dijo el hombre sonriendo—. Creo que ella y las hijas de Yassin Al-Khatib se marcharon antes del ataque.

El árabe sintió que le quitaban un gran peso del pecho y respiró por primera vez desde que supo dónde se encontraba Sara.

—¿Por casualidad no sabrás a qué campamento fueron? —preguntó dejando salir el aire con tranquilidad, saber que se fue antes de la catástrofe era una buena noticia. Aunque eso no le calmaba del todo, era un punto desde el cual partir.

—Según dijo una de sus amigas, estaba buscando a su hermano, el periodista. Puede que regresara y se la llevara. Por Alá que este no es sitio para una mujer sola y con niñas —el hombre se aclaró la voz antes de seguir—. Aquí todo se sabe, y fue la noticia del campamento cuando el tío de las pequeñas quiso llevarse a los hijos de su hermano. La chica peleó con uñas y dientes contra esa mala bestia. Si no llega a ser por la ayuda de algunos de los refugiados en la escuela, se habría llevado a todos los pequeños. Solo consiguió arrastrar consigo a los dos niños, pero amenazó que volvería a por ellas.

—Entonces puede que se fuera huyendo de ese tipejo —murmuró Abdullah para que solo le oyera su interlocutor.

—No lo sé, pero había un amigo de su hermano que venía por aquí con mucha frecuencia, la ayudaba a conseguir alimentos. Tal vez él sepa algo más.

—¿Cómo se llama?

—Saleh. No estoy seguro del apellido. Creo que una vez le escuché decir Bashir, y ella comentó que era un amigo de su hermano, que por eso la ayudaba a conseguir víveres.

—Muchas gracias. Lamento todo lo que habéis perdido, y quisiera ayudaros más, pero es de

vital importancia que la encuentre —dijo Abdullah saludando con respeto al rescatista.

—Ya no podemos hacer más. Tu ayuda ha sido valiosa, no menosprecies todo el trabajo que habéis hecho. —Miró por encima del hombro del árabe y no dijo nada del europeo que se encontraba con él.

Abdullah asintió y sacó una tarjeta de su bolsillo, se la entregó al coordinador de los voluntarios y le pidió que, si sabía algo más de Sara, se pusiera en contacto con ese teléfono. Se despidieron del hombre y se acercaron al vehículo que les esperaba en la zona despejada.

—Vamos a la carretera de Saladino —dijo Abdullah cuando llegó junto a Álex.

El conductor los miró con desgana al tiempo que lanzaba al aire la colilla quemada. Estaba harto de hacer de chófer de esta pareja tan dispar, aunque no se atrevía a decir nada. Las órdenes habían llegado desde muy arriba y así se lo dijo el comandante Assin. Le parecía una pérdida de tiempo y recursos. Pero él no era nadie para poner en duda las decisiones de los altos mandos, más aún cuando venían de tan arriba.

Puso en marcha el vehículo en cuanto ambos hombres estuvieron dentro, y por el retrovisor observó los restos de destrucción que los misiles israelíes habían dejado hacía solo tres días.

—¿Puedes ir más deprisa? —apremió Abdullah al conductor.

—No. A esta velocidad es más difícil que nos capte un dron de movimiento. —Sonrió—. Además, la carretera tiene muchos agujeros, donde si caemos, será imposible sacar el coche. Tengo órdenes de transportarlos, pero también de cuidar el vehículo.

Álex sujetó el brazo del árabe, sabía que estaba impaciente y de muy mal humor. Ambos hombres observaron la verdad de lo que dijo el chófer y no tuvieron más remedio que aceptar la sensatez de sus palabras.

El conductor, satisfecho de ganar al árabe, continuó con su circulación precavida. Sorteando obstáculos en el camino, e impidiendo varias veces caer en los grandes boquetes, que los misiles israelíes habían socavado en el asfalto.

Al pasar junto a la caravana de desplazados dejaban una estela de polvo, que ni las miserias que sufrían conseguía apagar. La mayoría iban a pie, aunque de vez en cuando se toparon con algún destartalado carro que les impedía el paso. Debían salir fuera del margen para adelantarlo y continuar la trayectoria.

Abdullah no quería ver lo que dejaban atrás, solo se fijaba en las mujeres en busca de una silueta familiar. El tiempo pasaba y nada les hacía prever que estaban más cerca de ellas que cuando iniciaron esta aventura.

Quienes transitaban por el camino de la esperanza tenían lágrimas en sus sucias caras y el terror de la guerra escrito en sus semblantes. Daba igual dónde mirasen, siempre era lo mismo. Álex sentía deseos de parar el coche y montar a los más débiles con los que se cruzaba, pero su mente militar se impuso, sabiendo, que la única manera de llevar a cabo su misión, era separarse de los sentimientos y actuar con frialdad.

Adelantaron otro carro maltrecho donde varios ancianos descansaban, sus miradas perdidas anunciaban su desesperación y el hambre que sufrían.

# CAPÍTULO 18

*Campamento de Shati 6 de noviembre de 2023*

Sara se quedó en la tienda con las niñas cuando Salma y Nael se fueron. Levantó un poco la tela y los vio desaparecer por caminos distintos. Había sido una noche muy larga y el miedo que sentía no se debía solo al bombardeo. En su mente todavía prevalecía la imagen de la mujer muerta entre los escombros, sus labios amoratados y los ojos abiertos con expresión de pavor. El olor lo tenía metido tan adentro que no era su recuerdo lo que la atormentaba, si no la fea realidad.

Sacudió la cabeza para quitarse esa visión, y se acercó a las niñas que jugaban en un rincón. El choque de sus palmas siguiendo el juego y la cancioncilla que tarareaban las hacía soltar risitas alegres, y eso terminó de sacarla de sus lúgubres recuerdos.

Nael había recorrido los alrededores de la tienda, pero no volvió a ver al hombre. Al llegar a la mesa donde repartían las raciones de alimentación, vio a Salma que guardaba varias en una bolsa, y se acercó para ayudarla.

—No lo he visto. Si lo que dice la muchacha es verdad, y no es el que las busca, supongo que fue una casualidad —dijo mientras metía varias botellas de agua en una bolsa.

—Espero que sea así. De todas formas, en cuanto descansen se irán a la frontera. No me gusta que vayan solas sabiendo que ese malnacido las persigue —dijo Salma mirando al hombre con una súplica.

—Yo podría acompañarlas, al menos hasta que encuentren un grupo que las proteja —contestó Nael cogiendo la bolsa de la mujer.

—Eres un buen hombre. —Salma acarició la mejilla de su amigo y sintió la calidez de su piel estremecerse bajo su contacto.

—Me quedaré en la tienda para partir con ellas. —Miró inseguro a la mujer que le robaba el sueño y se atrevió a preguntar lo que su alma anhelaba—. ¿Me extrañarás?

Salma se quedó mirando a Nael, sonriéndole como solo a él lo hacía. Sus ojos se iluminaron con la luz del amor y, avergonzada, agachó la cabeza.

—Siempre. Ya sabes que me gusta tu compañía —dijo en voz baja.

—Cuando regrese tenemos que hablar —contestó sonriente Nael.

Salma sonrió y le cogió la mano. Miró hacia todos los lados por si los estaban observando, con rapidez se llevó los dedos a los labios, y le dio un beso tan rápido como breve. Tras ese acto, salió corriendo hacia el dispensario médico, allí tenían leche en polvo para los bebés y no le vendría mal unos sobres a la pequeña que llevaba Sara.

Mientras buscaba entre los suministros, recordó el día en que conoció a Nael. El destino los unió en medio del caos y la incertidumbre, cuando ambos se encontraban colaborando en la distribución de suministros vitales en el campamento. Desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron, una chispa de complicidad y atracción encendió el aire, tejiendo un hilo invisible que los unía más allá del tiempo y el espacio.

La luna bañaba las calles del campamento iluminando los bultos de quienes no encontraban refugio en tiendas. Al pasar junto a aquellos cuerpos, Salma se sentía culpable por no poder

hacer nada más por ellos. Endureció su corazón para no llorar, como le sucedía cada vez que recorría las calles llenas de escombros y rincones ocupados por personas, que merecían al menos ser tratadas con la dignidad que necesitaban.

Entró en la tienda, y en la penumbra, descubrió los cuerpos de sus visitantes dormidas con placidez en los camastros. Mariam abrazaba a una de sus hermanas, sus respiraciones parejas llenaban la estancia. Sara tenía a la más pequeña en sus brazos, se acercó a ella para decirle todo lo que le había preparado, pero se contuvo. Las grandes manchas oscuras bajo su rostro le indicaban que la joven hacía mucho que no tenía un sueño reparador. Se apartó de ellas y sin provocar ruido dejó su carga en el cochecito que llevaban las niñas. Se sentó en la silla y comenzó a escribir en su diario lo ocurrido aquel día. Era una actividad que le relajaba y le servía para desconectar de todo lo que veía, buscando siempre el lado positivo de lo que le sucedía en el día. Encendió la lámpara de gas y la dejó al mínimo para no despertar a las niñas, luego organizó primero sus ideas, antes de plasmarlas en el diario.

Esa tarde, mientras el sol se hundía con lentitud en el horizonte pintando el cielo con tonos dorados y rosados, se sentó en el pequeño rincón de escritura de su tienda en el campamento de refugiados en Shati. Era un día como cualquier otro, pero a medida que reflexionaba sobre las últimas horas, se dio cuenta de que fue una jornada extraordinaria.

Un día en el que la esperanza, brilló a pesar de la guerra que les rodeaba.

Comenzó a escribir en su diario:

«Desde el amanecer, el campamento estuvo lleno de actividad. Nuestro equipo de cooperantes, junto con voluntarios locales e internacionales, se unieron para llevar a cabo los proyectos destinados a mejorar la calidad de vida de nuestros residentes. Aunque las necesidades eran abrumadoras y los recursos limitados, logramos hacer una diferencia significativa.

El primer rayo de luz atravesó el cielo, anunciando el inicio de un nuevo día lleno de promesas. Me despertó y nos levantamos temprano, listos para enfrentar los desafíos que nos esperaban. Mi corazón latía con anticipación mientras preparaba otra jornada de trabajo en el campo.

Una de las primeras cosas que me alegraron esta mañana, fue el éxito del programa de distribución de alimentos. Gracias a las generosas donaciones de organizaciones internacionales, y el arduo trabajo de nuestro equipo, pudimos garantizar que las familias del campamento recibieran una comida nutritiva ese día. Ver las sonrisas en los rostros de los niños mientras tomaban su alimento, me recordó por qué decidí dedicar mi vida a esta causa.

Junto con mi equipo, nos embarcamos en un proyecto de limpiar y embellecer el campamento. Armados con escobas, cubos y guantes, nos sumergimos en la tarea de asear las calles y los espacios comunes, devolviendo un poco de dignidad y orgullo a aquellos que habían perdido tanto. Fue gratificante ver cómo todos se unían en este esfuerzo colectivo, demostrando una vez más, que juntos éramos más fuertes.

Pero lo que más me emocionó fue la apertura de nuestro nuevo centro comunitario. Durante meses trabajamos duro para convertir un antiguo almacén, en un espacio acogedor donde los residentes del campamento pudieran reunirse, aprender y compartir. Y hoy, por fin, inauguramos el centro con una ceremonia llena de alegría y emoción. Los líderes comunitarios dieron discursos conmovedores, los niños recitaron poesía, mientras que los residentes participaron en talleres y actividades.

Cuando observaba a la gente disfrutar del nuevo centro, noté un profundo sentido de gratitud y satisfacción. Sabía que este campamento se convertiría en un refugio de esperanza y solidaridad en medio de la guerra. Un lugar donde la comunidad podría unirse para enfrentar los

desafíos que les esperaban.

Pero quizás lo más importante de todo, fue la unidad y solidaridad que experimentamos ese día. A pesar de las diferencias de religión, cultura y origen, nos unimos en un espíritu de colaboración y amor por nuestros semejantes. En un mundo dividido por el conflicto y la desconfianza, este sentido de comunidad era en verdad poderoso.

Al final del día, mientras el sol se ponía en el horizonte y las estrellas comenzaban a brillar en el cielo nocturno, me sentí muy agradecida por todas las bendiciones que recibimos. A pesar de los desafíos y las dificultades, había amor, esperanza y bondad en nuestro pequeño rincón del mundo. Y, sabía con todo mi corazón, que mientras continuáramos trabajando juntos, podríamos superar cualquier obstáculo que se interpusiera en nuestro camino hacia un futuro mejor».

Salma se detuvo un momento para releer lo que escribió. Se dio cuenta de que debía contar en su diario lo que descubrió en su tienda, pues ese día, no todo fue trabajo en el campamento.

«Al volver para descansar me encontré a una joven en mi habitación. A pesar de la irregularidad de su presencia, pues no se permite que los refugiados entren a las tiendas de los cooperantes, decidí escuchar a Sara, y no me arrepiento de haberlo hecho. No puedo quedarme a un lado sabiendo lo que les ocurrirá a estas niñas, si no la ayudamos.

Ella es una cooperante como yo, y solo por eso ya merece mi apoyo, pero enterarme de lo que el tío de las pequeñas, Jamal, quiere hacerles, me dan ganas de vomitar. He recogido todos los alimentos que pueden llevar sin llamar la atención y les he preparado unas bolsas para el viaje a la frontera.

Ahora mismo estoy escribiendo en mi querido diario mientras espero a que despierten y se pongan en marcha de nuevo. Me siento cansada por hoy. Mañana seguiré contando todo lo bueno que ocurre en esta tierra marcada por la guerra y vendida por el odio».

Salma se incorporó y estiró los brazos cansados mientras sus músculos se resarcían por la inactividad. Al girarse hacia las camas vio a Sara sentada, la observaba en silencio y con atención entre las sombras que generaba la pequeña luz de gas.

—¿Te he despertado? Lo siento. No quería molestaros —Salma no sabía qué decir para que sus palabras no sonaran como una expulsión de su tienda. Al final decidió ser clara—. He traído varias bolsas con raciones de alimento y agua, podréis cargarlas en la parte de abajo del cochecito sin que llamen la atención. Así no intentarán robaros —se disculpó con las manos abiertas—. El hambre y la necesidad convierten al hombre en un ser sin escrúpulos. Por eso es mejor que no digáis lo que lleváis.

—Lo sé —susurró Sara todavía adormilada—. Muchas gracias por prestarme tu cama, hacía tiempo que no dormía en una. —Sonrió deprimida.

—No te preocupes, pronto podréis cruzar la frontera y estaréis a salvo de Jamal. —La cooperante se acercó a ella y se sentó en el camastro sin molestar a la pequeña, que dormía con placidez—. En el paso de Ráfah tendrás que buscar a alguien de tu embajada y pedirle ayuda. La frontera está cerrada y por lo que hemos escuchado, solo permiten pasar a las personas con cuentagotas, y casi ninguno es palestino, por lo que tendrás que conseguir que te dejen llevar a las niñas.

—Lo sé, por eso no me decidía a ir a la frontera. Un amigo de mi hermano me contó las dificultades y —soltó un bufido—, todavía no sé cómo hacer pasar a las niñas. Pero lo conseguiré, eso tenlo por seguro.

—Estás decidida y lo lograrás. —La abrazó para darle fuerza—. Nael os acompañará un trecho del camino, dice que así se asegura que no os siga nadie.

—No es necesario. En cuanto pueda, me uniré a alguna familia grande y pasaremos

desapercibidas. —Sara se volvió hacia las niñas que dormían sin preocupaciones en los camastros. Deseó poder darles esa seguridad siempre—. Creo que es mejor que me marche antes de que comiencen a despertar en el campamento. Así será más fácil saber, si de verdad nos siguen, o fue casualidad.

—Estoy de acuerdo contigo.

Salma recordó las muñecas para sus sobrinas que había comprado a unas mujeres del campamento y fue al armario donde guardaba sus pertenencias. Sin hacer ruido sacó las dos muñecas de trapo, hechas con restos de telas y mantas. Eran tan bonitas, que por eso las compró. Además, de esta forma ayudaba a las mujeres que cosían para distraerse de sus penurias.

Nael entró en la tienda y se quedó mirando con adoración a Salma. Cuando ella se giró al notar su presencia, él bajó los ojos, se agachó y se centró en volver a atar los cordones de sus zapatillas. Sara vio las miradas de los dos cooperantes y sonrió. Saber que el amor era capaz de florecer, incluso en estas circunstancias, le levantó el ánimo. No quería separarlos, y por ello se dirigió al hombre.

—No es necesario que nos acompañes, en cuanto el sol se eleve en el cielo la carretera se llenará de viajeros y nos mezclaremos con ellos.

—Me quedaré más tranquilo si os dejo en buenas manos —dijo con seriedad, aunque en su mirada se podía apreciar la ternura con que hablaba a pesar de la sequedad de sus palabras.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Mariam mientras sacudía con suavidad a su hermana pequeña con la idea de despertarla.

—Sí, ya tenemos todo para emprender la marcha —contestó Sara sonriendo con confianza a la niña—. Yo acostaré a Zahra en el coche, así seguirá durmiendo. Tú dale la mano a Laila, no quiero que se nos pierda en la oscuridad.

—Tomad —Salma les dio las muñecas a las niñas—, las hace una mujer del campamento.

—Muchas gracias —contestó emocionada Mariam mientras cogía ambas muñecas.

Salieron cobijados por las sombras de la noche. El traqueteo del cochecito impidió que la pequeña se despertara, mientras las otras dos niñas caminaban junto a Sara. Nael marchaba detrás de ellas sin dejar de observar a su alrededor en busca de movimientos entre los escombros que quedaban atrás.

Al llegar a la carretera, el desastre del bombardeo de la noche anterior se hizo evidente. El asfalto levantado e irregular discurría con sombría tristeza entre los arenales, que pugnaban por ganar espacio a una tierra siempre en lucha.

# CAPÍTULO 19

*Tel Aviv, 6 de noviembre de 2023*

David Barneo, director del Mossad, leía con atención el informe sin poder creerse lo que allí decía: «Este hombre está fuera de control», pensó resignado, sabiendo que aun conociendo las barbaridades que estaba cometiendo, no podían hacer nada para cambiar la situación. Su comando fue una apuesta arriesgada, y cuando descubrió la operación estuvo a punto de cancelarla, pero sus disputas con Netanyahu y la inestabilidad que despuntaba de nuevo en la Franja, le hicieron olvidarse del infiltrado.

Cerró la carpeta con resignación y llamó a su asistente.

—Ponme en contacto con Operaciones —dijo y volvió a colgar.

El teléfono sonó. Antes de que diera un segundo toque descolgó e interpeló a su jefe de operaciones.

—Dime que habéis encontrado algo.

—No, señor. Ninguno de nuestros informadores tiene datos fiables de donde ocultan a los rehenes.

—Entonces, ¿por qué bombardeamos el campamento Jabalia? Y ¿lo de anoche en Shati? ¿Sabes la cantidad de preguntas que debemos responder y las reacciones negativas que estos ataques están teniendo en el resto de países? Nos estamos transformando de víctimas a verdugos, y si no encontramos algo que justifique esos ataques, perderemos apoyos.

—Lo sé, señor, y no crea que no estamos haciendo lo imposible para solucionar esto.

—No es suficiente, quiero datos fiables ya. El *katsa* debería centrarse en encontrar a nuestra gente.

—Es difícil, y lleva mucho tiempo guardando su identidad para exponerse ahora. No puedo pedirle que pierda su tapadera.

—Me da igual cómo lo haga, pero necesitamos encontrar a los rehenes ya. Esto se nos está yendo de las manos.

—Lo sé, entienda que nuestro trabajo siempre ha sido lento y cuidadoso, esa es la razón por la que un servicio de espionaje tan pequeño como el Mossad, ha triunfado donde otros apenas llegan.

—No necesito lecciones de operatividad. Netanyahu quiere resultados lo antes posible.

—Veré qué puedo hacer.

Isaac Shamir, jefe de operaciones, colgó el teléfono. Entendía la ansiedad de David Barneo. Una cosa era dirigir misiones encubiertas en situaciones de relativa paz y algo muy diferente era hacerlo con el polvorín en que se había convertido la Franja. Pensó en el *Katsa* que daba las localizaciones y decidió llamarlo. Era una situación arriesgada, pero la ocasión era en extremo delicada. Debía rendir cuentas, si no aportaba nombres importantes de Hamás que hubieran caído en esos ataques, le resultaría muy difícil mantenerlo en su puesto.

Cogió el teléfono de contacto con el infiltrado y aun sabiendo que se arriesgaba a ser escuchado, lo marcó.

—Necesito nombres de caídos en Jabalia y Shati —dijo en cuanto su hombre descolgó el

teléfono al otro lado.

—Lo intentaré. Mi contacto ha salido, pero lo buscaré. Seguro que puede darme nombres de algunos caídos.

—Espero que así sea. Además, necesitamos ya una prueba de complicidad. Dile que tiene que acelerar la localización y liberación de rehenes israelíes.

Isaac colgó y volvió a repasar la ficha de su agente. No le gustaba nada haber mandado a semejante energúmeno a la Franja, pero fue una medida desesperada para ayudar a su amigo. Se suponía que el muchacho se entrenó como agente, cuando en realidad lo que hicieron fue desatar su personalidad asesina. Al descubrir el desastre que dejaba a su paso, estuvo a punto de jubilarlo, pero no podía hacerle eso a su amigo. Aunque fuese un hijo natural y la madre del muchacho fuera musulmana, le debía mucho a Eric para quitarle el único vástago que había sobrevivido. Por esa razón lo apartó y le dio un puesto encubierto en la Franja. Al menos si se desmadraba allí, solo eliminaría a unos cuantos gazatíes.

* * *

*Campamento de Shati, 6 de noviembre de 2024*

Hamza colgó el teléfono y miró a la muchacha que sujetaba bajo su rodilla. Se acercó a la oreja de la cooperante y le susurró con voz tenebrosa.

—Solo quiero saber quién era y dónde está la mujer que entró ayer a la tienda. Dímelo y me iré sin hacerte daño.

Salma negó con la cabeza, la mano del hombre le impedía hablar. ¿Cómo iba a responderle si no le destapaba la boca? Claro que tampoco iba a delatar a Sara, hacía solo media hora que había salido del campamento acompañada por Nael. Teniendo en cuenta que llevaban a las niñas, necesitaban más tiempo para perderse entre la marea de refugiados que se dirigía a Ráfah, y ella se lo daría, aunque tuviera que sufrir.

La mano de Hamza se apartó de la muchacha y sin perder su posición de superioridad, esperó a que hablara.

—No sé a quién te refieres, aquí vienen muchas mujeres pidiendo ayuda.

Con un gesto amenazante, Hamza la obligó a mirarlo a los ojos, mientras una sonrisa siniestra se formaba en sus labios.

—Lo repetiré una vez más, pero será la última. ¿Quién era esa mujer que se escondía en tu tienda? —gruñó el hombre con voz llena de malicia y violencia contenida—. Dime dónde ha ido. No te haré daño si cooperas.

Salma, sorprendida y atemorizada por la presencia del intruso, trató de mantener la calma mientras buscaba una manera de protegerse, necesitaba ganar tiempo. Sin embargo, no podía descubrir a Sara.

Solo estaba segura de algo, si este hombre no sabía quién era la muchacha, tenía claro que no era el tío de las niñas. Pero entonces, ¿qué otros peligros perseguían a la cooperante?

Este asunto poseía más aristas de las que al principio vio. Rezaba por salir con vida de esta situación, pero solo con mirar esos ojos cargados de odio, y esa expresión que rayaba la locura, supo que lo tendría muy difícil.

—Lo siento, no sé de quién estás hablando —respondió Salma con voz temblorosa—. Mi tienda está abierta para todos los que piden ayuda. No pregunto por sus antecedentes o motivos. Solo trato de auxiliar a quien lo necesita.

La respuesta de la cooperante enfureció a Hamza, que apretó los puños con rabia contenida. No solían desafiarlo, y mucho menos una mujer indefensa. Con un gruñido de frustración, sacó un cuchillo afilado y lo apuntó hacia la garganta de Salma. Su rostro retorcido por la ira, asustaron aún más a la muchacha.

—¡No me mientas! —rugió con voz entrecortada Hamza, tenía los ojos llenos de odio y locura—. ¡Dime la verdad o te haré pagar por tus mentiras con la vida!

Salma tragó saliva con dificultad, sintiendo el frío acero del cuchillo presionando contra su piel. Sabía que estaba en peligro mortal, pero se negaba a ceder ante el miedo. Con valentía, mantuvo su mirada firme, no quería que la intimidara el hombre que tenía frente a ella.

—Te lo juro, no sé quién era esa mujer —insistió con voz temblorosa, pero convincente—, nunca la había visto antes. No puedo ayudarte si no sé de qué estás hablando.

La negativa de Salma enfureció aún más a Hamza, quien perdió el control por completo. Con un grito de furia empujó a la muchacha contra la pared, su cuchillo brillando como clara amenaza a la tenue luz del amanecer, que se filtraba entre los pliegues que cerraban la tienda.

—¡Mientes! —gritó Hamza, con los ojos inyectados en sangre —. ¡Tienes que saber quién era ella! Y si no me dices lo que quiero saber, ¡pagarás el precio de tu silencio!

Hamza comenzó a apretar el cuello de la muchacha sintiendo en sus dedos el poder que le daba la situación. Tenía la vida de una persona a su merced y, aunque había satisfecho su instinto hacía pocas horas, el hecho de saborear el miedo de su víctima le estaba poniendo los dientes largos, otra vez. Su mente le decía que debía acabar con ella para que no diera la alarma, pero no se decidía a matarla con tanta rapidez. Llevaba mucho tiempo haciéndolo con prisas y ahora le apetecía saborear cada instante.

Soltó un poco la presión de su mano en la garganta de la muchacha, luego la dejó caer de rodillas mientras tosía, y sus pulmones luchaban por introducir oxígeno.

Sonrió con satisfacción al escuchar el sonido estentóreo de su respiración y la tos que anunciaba la relajación de la mujer ante el ataque. Antes de que pudiera recuperarse volvió a cogerla por el pelo, la tumbó y golpeó su cabeza contra el suelo. Hamza sintió un escalofrío de placer recorriendo su columna vertebral y dejó salir con libertad al que se ocultaba en la sombra. Sus ojos adquirieron un tono rojizo mientras observaba el rostro blanquecino y macilento de la muchacha. No era fea y tuvo que reconocer que tenía una boca de labios gruesos y llenos que le atrajo. Solo al observar sus rasgos árabes su interior se removió y maldijo en hebreo mientras comenzaba a apretar su cuello de nuevo.

Salma supo que iba a morir si no hacía nada. Miró a su alrededor y soltó las manos del asesino en busca de algo que le sirviera como arma. El aire no entraba en sus pulmones, que le quemaban por la falta de oxígeno. Pataleó e intentó deshacerse de la presión hasta que en uno de sus movimientos tocó el puñal en el costado de su agresor. Lo cogió sin pensar en nada más que en salvar su vida. Con una acción rápida y certera, apuñaló al hombre en el costado, haciendo que un grito escapara de sus labios.

El dolor agudo se apoderó del cuerpo de Hamza mientras la sangre brotaba de la herida, empapando su ropa y debilitando sus fuerzas. A pesar del dolor abrumador, el hombre se negó a rendirse. Con una determinación feroz, Hamza extrajo el cuchillo de su costado sin prestar atención a la muchacha, que retrocedió todo lo que pudo a un extremo de la tienda.

Desesperada por salvar su vida, Salma respiraba con dificultad, sus pulmones apenas recibían el oxígeno que la aliviara. Miró a su agresor que intentaba tapar la herida, y vio el camino de salida de la tienda. Solo tenía que rodearlo y podría huir fuera a pedir ayuda.

Con un último esfuerzo, logró ponerse en pie y comenzó a correr hacia la vía de escape. Casi

había conseguido rodear a su agresor cuando una de sus manos la alcanzó por el tobillo haciéndola caer al suelo, y un grito de dolor escapó de sus labios.

El asesino, sorprendido por la resistencia de su víctima, se detuvo un momento y volvió a ponerse sobre ella para inmovilizarla. Salma comenzó a luchar de nuevo por respirar, sabiendo que sería su último aliento en cuanto él volviera a apretar con esa fuerza descomunal. Sintió sus ojos que se le salían de las órbitas y la lengua que se inflamaba en su interior, obstruyendo cualquier hálito que le diera un respiro. Su último pensamiento antes de perder la consciencia fue para Nael y Sara, deseando que estuvieran a salvo.

Con una risa maníaca, Hamza aspiró el aroma del miedo que emanaba del cuerpo de la mujer, sus ojos rojos a punto de estallar y vacíos de vida le devolvían una mirada aterrada. No le sonsacó nada de la muchacha a la que perseguía, pero al menos sació un hambre que cada vez era más acuciante.

Con el cuerpo aún caliente de su víctima, se llevó la mano al pantalón para frotarse con placer. Estaba tan deseoso, que en cuanto lo liberó solo tuvo que hacer un par de movimientos más para que su semen se descargara con impudicia perversa sobre el rostro y el cuello amoratado de su víctima.

Miró por una rendija de la tienda y escuchó cómo el campamento comenzaba a cobrar vida. El sol apenas despuntaba sobre el horizonte, bañando con sus pálidos rayos matinales un paisaje sombrío, y no solo por la ausencia de luz, la desolación que los bombardeos estaban dejando a lo largo de toda la Franja, era una imagen dantesca. No le importaba que mujeres y niños sufrieran y murieran en la miseria de los escombros. Tampoco le atañía una lucha de ideales que a él poca satisfacción le daba. Lo único bueno que tenía su puesto de trabajo, era que hacía lo que le gustaba sin rendir cuentas a nadie. Por eso la llamada de Isaac lo descolocó tanto. Nunca le habían pedido datos, con cumplir su objetivo se conformaban arriba.

Este giro lo trastornaba y no sabía bien lo que pensar.

Con cuidado de no hacer ruido para no atraer la atención del exterior, comenzó a revisar las pertenencias de la cooperante, tal vez hubiera algo que le indicara en qué dirección iba la mujer; un nombre, solo con eso podría seguirle la pista.

Se fijó en la pequeña mesa que estaba en un rincón y descubrió un libro. Con curiosidad, se acercó y vio algo que lo hizo sonreír: era un diario. Un objeto muy personal, en el cual, con toda seguridad, encontraría lo que buscaba.

Se lo guardó en la parte de atrás de la cintura sujetándolo bien con el cinturón, y repasó el escenario. No podía dejarlo todo así, debía parecer algo casual, un robo. Comenzó a tirar cosas y desordenó el mobiliario y lo que había en el interior de los armarios, arrojando la ropa al suelo. Miró su obra, excitado y algo agitado. Observó de nuevo a su víctima en el piso y se encogió de hombros. «¿Por qué no?», se dijo sin remordimiento alguno. Volvió a liberarse sobre ella, libre de cualquier pudor o lamento, pues la mujer había servido para un fin y ya no era necesaria. Un alma menos que se atormentaría con las necesidades de la vida.

En cualquier caso, debería agradecerle por haberla librado de sus ataduras terrenales.

Antes de salir miró a ambos lados, y comprobó que nadie de los que por casualidad pasaban por allí, se fijaran en él. Abandonó la tienda complacido, pensando en cómo satisfacer a sus superiores. Tendría que encontrar a Jamal para que le diera esa información. Aunque dudaba que el palestino tuviera algo más que añadir. Cada día se percataba de la nulidad del miliciano ante sus peticiones.

# CAPÍTULO 20

*Carretera de Saladino, 7 de noviembre de 2023*

El sol comenzaba a hacerse cada vez más presente en los viajeros de la carretera de Saladino, Nael miraba a Sara y las niñas que caminaban animadas por el juego que la europea les había propuesto. A lo lejos distinguió varios viajeros más y decidió adelantarse, pues ellas caminaban a paso más lento. Cuando se acercó al grupo descubrió a un conocido, y lo llamó para que lo esperase. Ayoub Odeh había sido compañero de clase, vivieron durante un tiempo en el mismo barrio, y solo al casarse le perdió la pista.

—¡Ayoub, amigo! Me alegro de verte —dijo el vigilante al llegar a su altura—, aunque sea en estas circunstancias.

—Nael. A mí también me complace encontrarte —respondió con algo de reserva—. Lo último que supe de ti es que estabas trabajando con una ONG.

—Y sigo haciéndolo. —Miró hacia atrás y vio que la mujer y las niñas se acercaban.

—Pues aquí no he visto a nadie de ayuda. El camino lo hacemos solo los desahuciados que huimos de las bombas y el asedio israelí —contestó con la voz cargada de resentimiento.

—Lo sé, y no creas que no intentan ayudar, pero somos muchos y la contribución es limitada. Más aún con el bloqueo, incluso para el auxilio de las ONG. Te lo digo con conocimiento de causa.

—La comunidad internacional nos ha abandonado a nuestra suerte —se quejó Ayoub—. Perdí a mi hijo pequeño cuando mi vivienda se derrumbó, no pude ni enterrarlo porque dejaron de buscar entre los escombros al no localizar más supervivientes. Mi casa se convirtió en su tumba, y ahora me dirijo a donde vive la familia de mi esposa.

—Lo siento mucho, amigo —le contestó con empatía—. ¿Dónde os dirigís?

—Vamos a Jan Yunis. —Observó la sorpresa de Nael—. Lo sé, tarde o temprano los israelíes irán allí, Yahya Al Sinwar, líder de Hamás, es de allí, al igual que otros cabecillas. Por eso mismo creo que estaremos más seguros en esa ciudad, o al menos no nos echarán de la casa con tanta impunidad.

—Espero que sea como tú dices. —Nael miró a la familia de su amigo que se había detenido más adelante. Llevaban un carro tirado por un burro, y subidos a él iba la madre de Ayoub y una mujer en avanzado estado de gestación.

—Yo también. —El hombre miró al cooperante esperando su petición. No era tonto y sabía que si lo había llamado era para demandar algo.

—Quisiera pedirte un favor —dijo un poco nervioso—. Hay una muchacha con tres niñas que necesitan llegar a Ráfah. Si pudieran hacer el camino con tu familia, estoy seguro de que te serían de ayuda con tu mujer embarazada y tu madre tan mayor. Ellas podrían colaborar con el grupo.

—Ya sabes dónde me quedo yo. Si les parece bien unirse a nosotros, cuando lleguemos a nuestro destino veré si mi hermano las puede acompañar.

—Eso sería estupendo —se alegró Nael al saber que estarían protegidas—. Me quitas un gran peso de encima.

—¿Por qué no las acompañas tú? Si son tan importantes para ti… —no terminó la frase.

—En realidad, es un favor a la mujer que amo. Ella quiere que estén a salvo y a mí me gusta complacerla. —Sonrió descarado y su amigo rio con él—. Por eso deseo dejarlas acompañadas, para volver junto a ella lo antes posible.

—Ve tranquilo, hermano, yo cuidaré de ellas.

Nael se acercó a Sara, que esperaba alejada de los dos hombres sin querer interrumpir. Les contó que su amigo las recibiría en su familia y las acompañaría a Jan Yunis. Desde allí, las ayudaría para llegar a Ráfah, que no quedaba muy lejos de la ciudad.

—Muchas gracias por todo, Nael. Espero que os vaya bien.

Sara abrazó al hombre, que se quedó petrificado al sentir cómo lo rodeaba con sus brazos. Las niñas hicieron lo mismo y sintió esa calidez que desprendía todo su agradecimiento.

Las presentó a su amigo y se marchó de vuelta al campamento de refugiados de Shati. Al volver la cabeza, vio que estaban subiendo a una de las niñas al carro mientras la otra echaba la mirada hacia atrás desde el carrito del bebé. Su sonrisa triste le hizo levantar la mano para despedirla.

Sara se obligó a mirar hacia adelante. Sonrió a las dos mujeres que descansaban en el carro y caminó tras él, empujando el carrito de Zahra.

Mariam respondía a las preguntas de la madre de Ayoub, que no apartaba la mirada de Sara, y sonreía con simpatía. La mujer junto a ella, en un avanzado estado de gestación, las escuchaba, aunque no decía nada. En esos momentos, sentía que debía haber puesto más atención para conocer ese idioma.

# CAPÍTULO 21

*Túneles de Gaza, 7 de noviembre de 2023.*

Jamal miraba desinteresado su fusil, parecía estar limpiando con apatía el cañón, cuando en realidad observaba a los dos hombres de su equipo que se despedían de Akran para ir a otro de los escondites de prisioneros, a comprobar que todo estaba bien. Lo habían hablado la noche anterior cuando salieron a hacer la ronda. Era el momento ideal, solo quedaba el miliciano de la puerta y ellos dos para vigilar a los rehenes. Acordó con el muchacho que sodomizó, en que le dejaría escapar y este le permitiría hacer lo que quisiera, con la esperanza de liberarlo.

Pensó que un rehén fugado no justificaría que fueran ellos dos, por eso implicó a otro más. De esta forma, tendrían la tapadera perfecta para escapar de esa tediosa vigilancia, y volver al exterior a buscar a la europea y las niñas.

De momento, todo estaba saliendo como planeó. Los dos milicianos le dejaron a cargo del zulo mientras iban al siguiente, a comprobar que todo estaba bien. Jamal le hizo un gesto a su amigo Akran, que salió a la puerta junto al miliciano que la vigilaba. En cuanto estuvieron solos, se acercó a su muchacho y le dijo que se preparase. Cogió una silla y la rompió contra el suelo, después se tumbó en la tierra como si le hubieran agredido.

Akran escuchó el golpe y supo que era la señal, le indicó al guarda que ocurría algo y le pidió ayuda para revisar el interior. Entraron con cautela, la luz estaba apagada y apenas se escuchaba nada. Según lo acordado, Akran golpeó al guardia en la cabeza y lo dejó inconsciente en el suelo.

—Ya está, enciende las luces —dijo en susurros.

—Ha sido fácil. —Jamal se incorporó y miró a los rehenes que los observaban sorprendidos —. Es vuestro día de suerte. Vamos, chico, coge a tu compañero y vayámonos de aquí.

Josef contempló a su amigo Samer y le indicó que se levantara. Después de cortar sus ligaduras fueron a seguir a Jamal, pero otro de los prisioneros le pidió el cuchillo. Sin que sus captores se dieran cuenta, el muchacho le pasó el puñal y comenzaron a cortar sus ataduras de inmediato. Cuando los dos milicianos se percataron de lo que ocurría, era tarde. Los cuatro rehenes los empujaron hasta hacerlos caer al suelo y salieron por la puerta con rapidez. Akran fue el primero en reaccionar, ayudó a su amigo a levantarse y vio que el guardia abría los ojos en ese momento. Con agilidad se acercó a él.

—¿Estás bien? —dijo con voz preocupada—, esos mamones nos la han jugado. —Miró a su compañero, que se levantaba despacio—. No sé cómo han conseguido soltarse, atacaron a Jamal y nos tendieron una trampa.

—Todo me da vueltas —dijo el guardia mientras intentaba centrar la visión—. Hay que perseguirlos antes de que vuelva el sargento.

—No podemos irnos y dejarte en estas condiciones —Jamal ayudó al hombre a levantarse—. No creo que vayan muy lejos dentro de los túneles.

—Ya me las apaño solo. Si viene el sargento y ve que la hemos cagado, nos colgará. —El soldado se tocaba la cabeza con cuidado mientras miraba a los rehenes que quedaban—. Vamos, no perdáis tiempo.

Jamal y Akran salieron de la habitación y se detuvieron a escuchar. Los pasos se oían lejanos, pero era suficiente para tomar el camino correcto. Comenzaron a correr deteniéndose en cada esquina, y comprobar así, hacia dónde se dirigían.

Hasta que el silencio envolvió el túnel y se quedaron sin pistas.

Akran miraba a su amigo con cara de: «ya te lo dije». Aunque Jamal no hizo caso, se puso en cuclillas y comenzó a observar las huellas en la tierra seca. Puso la mano sobre el piso, y a través de sus dedos notó las vibraciones de la carrera, comprobó la dirección y señaló el corredor por el que debían ir.

Después de unos minutos más de persecución, volvieron a encontrarse en una encrucijada. Ninguno de los dos túneles les aportaba mayores pistas. Jamal se detuvo a escuchar y probó las vibraciones del suelo. Nada se oía, pero sentía una presencia entre las sombras. Caminó despacio mirando a ambos lados, preparado para atacar si algo no le cuadraba. Akran iba detrás de él controlando la retaguardia.

Saltaron sobre ellos sin que se dieran cuenta, Josef arremetió contra Jamal cargado de la ira que sentía. Con cada golpe se resarcía de las humillaciones a las que lo sometió. Samer hacía lo mismo con Akran. Yotan y Alom, los otros dos rehenes fugados, al comprobar que sus compañeros dominaban a los milicianos, echaron a correr en dirección contraria, pues ya sabían que el túnel en el que estaban no tenía salida. Samer llamó a Josef para que los siguiera y corrió tras los otros. El muchacho dejó en el suelo a Jamal y pensó que podía salir en pos de sus amigos, por lo que saltó sobre el palestino, y al instante, escuchó la detonación.

El miliciano no tuvo tiempo de apuntar bien, por eso se sorprendió al ver al muchacho que caía de rodillas sin emitir ruido alguno. Se levantó para rematarlo y al acercarse vio que solo se mantenía en esa posición por la rigidez de su cuerpo. Los ojos abiertos miraban con horror al frente mientras de su boca escapaba un hilo de sangre. El palestino observó al muchacho sonriendo, y antes de que nada pudiera impedírselo, disparó a la frente de Josef.

El grito al fondo del túnel le dio la satisfacción al acabar con el israelí. Se había equivocado con él, tenía más agallas de las que mostraba, y prueba de ello era la ayuda que le dio a los otros tres para huir. Incluso los golpes que recibió de Josef le demostraron, que el muchacho era mucho más de lo que parecía. Jamal se volvió hacia Akran, que comenzó a quejarse, así que comprobó los daños de su amigo. Miró el túnel por el que se perdieron los tres israelíes y decidió que no merecía la pena arriesgarse más con ellos.

—¿Estás bien, Akran? —Lo ayudó a incorporarse sin dejar de mirar a la oscuridad del fondo.

—Sí, ha sido una paliza estudiada. Me noqueó primero y así pudo conmigo —se quejó—. La próxima vez no me pillan de improviso.

—Déjalo, conseguimos lo que queríamos. Ahora somos libres, podemos salir de aquí y continuar con mis planes.

—¿Y si los encuentra otra patrulla?

—Peor para ellos, se los cargarán antes de preguntar. —Se encogió de hombros—. Nosotros solo tenemos que partir y buscar a la europea que tiene a mis sobrinas.

Comenzaron a caminar hacia la salida que conocían, arrastrando el cuerpo sin vida de Josef. Al llegar a uno de los pozos que comunicaban con el exterior, lo dejaron allí tirado y cubrieron las huellas de sangre. Parecía que lo habían matado en ese lugar y que los milicianos salieron en busca de los otros rehenes huidos.

Los tres israelíes fugados siguieron a los palestinos en silencio. Sabían que no podrían escapar del laberinto de túneles sin ayuda y quedarse a merced de otra patrulla. No era un plan

viable. La muerte los rondaba y solo podrían vencerla siendo más listos. Una jugada a contrarreloj que debían asumir, si querían volver a casa.

Yotan miró a su amigo Alom, a ambos los capturaron en el kibutz Kfar Aza. Su odisea en el calabozo donde los retuvieron, sería una prueba más con la que demostrar su implicación en el desarrollo de Israel. A Alom, demacrado, le habían golpeado varias veces mientras los retuvieron. Aun así, tuvo la fuerza suficiente para correr todo el camino huyendo de sus perseguidores.

Estuvieron esperando en la oscuridad hasta que le dieron tiempo suficiente a los milicianos para escapar de allí. Al llegar al pozo de salida vieron el cuerpo de Josef y rezaron en silencio una oración por él. Samer se agachó y cerró los ojos de su amigo. Solo él sabía lo que ese degenerado le había hecho cuando se lo llevó para interrogarlo. Ahora lo único que quería era venganza, por el kibutz Nir Arn donde los capturaron, por las humillaciones a las que sometieron a su amigo, por las vidas que segaron.

Salieron a la noche y treparon entre los escombros hasta conseguir una visión del lugar en que se hallaban. Después buscaron cobijo en los edificios en ruinas, tenían que huir lo más lejos posible de allí. Pero no lo conseguirían si les estaban buscando. Lo mejor era ocultarse y desplazarse apoyados por la oscuridad.

Así lo decidieron, y ese fue el camino que emprendieron hasta localizar una patrulla israelí, que les ayudara a escapar.

Al subir a la superficie los recibió una ciudad en ruinas. Miraran donde miraran, los escombros de los edificios destruidos por los misiles israelíes formaban un macabro paisaje. La noche apenas había comenzado a caer y la luna bañaba con su luz plateada los rescoldos de calles desiertas. El aullar de un perro se escuchó en la lejanía, parecía que llamara con pena a su dueño. Jamal y Akran caminaron deprisa cubiertos por las sombras. Pasaban lo más lejos posible de las hogueras fuera de las tiendas de refugiados, y se detenían solo para tomar algo de agua de sus cantimploras.

Debían llegar al campamento de Shati donde les perdieron la pista, antes de que se enfriaran sus huellas. Sin duda, una mujer europea con tres niñas sería recordada. Esa era la esperanza de Jamal y por eso no se rendía a perderlas. Su plan le alzaría dentro de la organización a una posición privilegiada, más aún después de haber eliminado a su rival más directo.

# CAPÍTULO 22

*Campamento de Jabalia, 7 de noviembre de 2023*

Abdullah miró extrañado el teléfono satélite que le había dado su cuñado Sam, le sorprendió que lo llamara. Observó a Álex y se alejó un poco del vehículo que los transportaba. Buscó a su alrededor hasta quedarse a solas, luego descolgó.

—Dime, ¿qué es tan importante para que me llames? —gruñó enfadado.

—Encendió el móvil y conseguimos triangular su posición.

—Alá sea loado —exclamó aliviado—. ¿Cuándo fue?

—Hace dos días, por lo que tampoco es muy fiable que continúe allí.

—Envíame las coordenadas. Ahora mismo estamos a ciegas, no he conseguido rastrearla. Es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Está huyendo, es lógico que se esconda.

—Al menos para eso parece que ha sido lista —dijo a su cuñado con rabia.

—No te obceques y mantén la cabeza fría.

—Es que el hermano también desapareció, y no dejó ningún hilo del que tirar.

—No te rindas. Ve a las coordenadas, tal vez allí encuentres un rastro más fiable.

—Eso espero, porque mi salvoconducto tiene fecha de finalización y no creo que me lo renueven.

Abdullah colgó y miró las coordenadas que le envió su cuñado. Se acercó al *jeep* y sacó el mapa de la mochila. Álex lo observaba sin perder detalle de lo que les rodeaba, siempre atento a cualquier imprevisto. Cuando el árabe consiguió posicionar las coordenadas en el mapa, maldijo entre dientes.

—¿Qué ocurre? —preguntó el exmilitar al ver que golpeaba con el puño el capó del coche.

—Se encuentra en el campamento de Shati.

—Esta chica parece atraer los misiles, allí es donde atacaron hace dos noches los israelíes.

—No digas nada. —Volvió a dar un puñetazo en la carrocería y el conductor se quejó—. En marcha, no tenemos tiempo que perder.

El vehículo recorría la carretera de Saladino con las luces apagadas. Era un riesgo, aun así, sería peor ser alcanzados por los proyectiles de los drones que controlaban la circulación en esa zona. Junto al arcén se veía de vez en cuando el aura de las fogatas de los desplazados. Con el ruido del motor como única compañía, acortaba la distancia hasta el campamento.

Abdullah esperaba que ella estuviera allí, que se hubiera cansado de huir, o tal vez que hubiera decidido ayudar a los refugiados.

Todo le parecía bien si conseguía encontrarla.

El sol despuntaba entre los esqueletos de los edificios cuando llegaron a Shati. El todoterreno se quedó oculto con el conductor a un lado mientras los dos hombres corrían en dirección a las coordenadas que les había dado Sam. Al llegar cerca del punto se detuvieron. Álex escudriñaba los alrededores en busca de posibles asaltantes, y al comprobar que todo estaba bien, le dio la señal al árabe. Treparon entre los escombros de lo que debió ser un comercio grande. Al llegar a la cima entraron y encendieron sus linternas. Se separaron cada uno a un lado

para hacer un barrido del interior, y se reunieron en el centro al comprobar que estaban solos. El olor les llamó de inmediato la atención, era el aroma de la muerte que se filtraba entre las piedras y los ponía en alerta.

Abdullah siguió su instinto y se adentró en las sombras hasta encontrar el origen del olor. En el suelo había un bulto. Corrió hacia el lugar rezando para que no fuera Sara, y al enfocar la cara de la mujer, dio gracias en silencio.

—¿Es ella? —preguntó su padrastro junto a él.

—No. —Miró los ojos sin vida y se los cerró con pena mientras rezaba una oración por su alma.

—Fue asesinada —dijo señalando el cuello amoratado y la lengua hinchada en el interior de la boca. Se agachó y olisqueó el cadáver—. El que lo hizo se masturbó sobre ella.

—¿Qué degenerado hace eso? —Negó con la cabeza.

—Tenemos que encontrarla. Si su móvil estuvo aquí, es posible que viera el crimen o al asesino. —Álex se calló antes de dar la posibilidad de que Sara hubiera seguido el mismo destino.

Salieron del edificio y caminaron en dirección al campamento de refugiados, se cruzaron con personas que, con pasos deprimidos, seguían la estela de los desplazados. Mezclados entre la gente llegaron al centro donde los cooperantes distribuían la ayuda y organizaban equipos de trabajo.

El desánimo era la expresión que más se repetía entre hombres y mujeres que por allí pasaban. Los niños, silenciosos, se agarraban de la falda de su madre con la ansiedad pintada en sus caras sucias y demacradas.

Un paisaje desolador los recibió y, aun así, Abdullah conservaba la esperanza intacta. Conocía a Sara y sabía que no se dejaría vencer, solo ese pensamiento le mantenía en pie a pesar de lo que estaba viendo.

El exmilitar buscaba entre las personas que circulaban por allí, alguien con un chaleco azul de cooperante. Abdullah también, pero sus ojos se dirigían más a las mujeres. Buscaba la familiar figura de ella en todas partes con el anhelo de encontrarla, y salir de esa tierra desgraciada.

Ambos lo vieron de inmediato, estaba con un grupo de hombres y mujeres que se lamentaban y gritaban. El cooperante con el chaleco azul intentaba calmarlos, pero su voz apenas se escuchaba. Se acercaron con prudencia para ver lo que ocurría antes de darse a conocer.

Un hombre abrazaba el cuerpo inerte de un muchacho, aunque no fue eso lo que les llamó la atención a los dos visitantes. Tenía los ojos muy abiertos con una expresión de terror que habían visto hacía unos momentos y la lengua hinchada obstruyendo la boca abierta. El olor a sexo emanaba del cuerpo, confundido con el de descomposición de la carne.

Los dos hombres se miraron preocupados, este asunto se volvía más complicado por momentos. El árabe llamó la atención del cooperante y se lo llevó aparte para hablar con él.

—Hola, soy Abdullah y él es mi compañero Álex, hemos venido desde Inglaterra buscando a una chica española. En nuestro rastreo nos topamos con un cadáver que presenta los mismos síntomas que este.

—Soy Nael, guarda de seguridad del campamento. —Esperó a que el hombre terminara de explicar lo que sabía con ansiedad —. ¿Dónde?, ¿visteis a quién lo hizo?

—Está a unas calles de aquí, en un centro comercial derruido. No la conocíamos. Era una mujer —se lo quedó mirando—, por el olor, lleva un par de días muerta.

—Voy a buscar ayuda. —El guardia se giró para salir de allí.

—Espera, antes de irte, ¿puedes decirme si has visto a Sara? —Abdullah le sujetaba por el brazo y vio la duda cruzar su semblante. Supo entonces que la había conocido—. Es mi mujer. Vino aquí para llevarme la contraria aprovechando que yo estaba de viaje —dijo a toda prisa justificándose.

Nael miró a esos hombres, en sus caras se leía la sinceridad y, aun así, se resistía a decirles nada de la muchacha y las niñas. Antes necesitaba hablar con Salma, tenía demasiadas cosas que resolver. Se inclinó sobre el árabe, y le dijo en voz baja.

—Antes de nada, vamos a ver el cuerpo de esa mujer —habló con la tranquilidad que le daba llevar el chaleco de seguridad de la ONG—, cuando la autoridad del campo tenga toda la información de estos dos sucesos, hablaré con alguien que sepa de ella.

—Por favor, sabemos que está con unas niñas y pueden tener problemas —suplicó Abdullah, algo que nunca había hecho.

—Todo a su tiempo, primero vamos a avisar a seguridad para que nos acompañen, después hablaremos.

Nael se dirigió a la tienda médica, y puso en alerta a los cooperantes de allí. Tenían que acordonar la zona donde encontraron al muchacho muerto, además debían ir a localizar el cuerpo que decían los forasteros.

El revuelo ocasionado por el crimen, así como el ataque dos días antes, tenía a toda la población del campamento asustada. Si además se llegaba a saber que había más cadáveres, cundiría el pánico y eso era algo que debían evitar a toda costa. Con discreción llamó a dos de sus compañeros para ir al lugar que le había dicho Abdullah.

Entraron en el edificio casi desplomado y el olor a carne putrefacta los asaltó de inmediato. Nael enfocó la linterna y vio que los forasteros se dirigían con decisión al fondo del edificio. En el suelo estaba el cadáver de la mujer. Tal y como le habían dicho, tenía la misma apariencia del muchacho del campamento. Confundido, Nael dio vueltas a su alrededor y le indicó a la médico que los acompañaba, que se acercara.

Soraya, la doctora, había visto la muerte en los campos de refugiados, pero nunca algo así. No es que se hubieran ensañado con el cuerpo, era el abuso cometido con la mujer lo que la asustaba. Si a eso le añadía que tenían otro cadáver del sexo contrario con las mismas características, el asunto se complicaba, y mucho, pensó con tristeza.

—A simple vista parece que la han estrangulado. No le han roto el cuello y en apariencia, tampoco la han violado. El que la mató descargó su semen sobre el cuerpo para mancillarla. —Soraya se quitó los guantes y los metió en el bolsillo—. ¿Cómo dieron con el cadáver? —preguntó volviéndose hacia los dos forasteros.

—Este fue el lugar donde encendió mi mujer por última vez su móvil —contestó con seguridad Abdullah.

—¿Quién es su esposa? —Lo miró intrigada, pues hacía tiempo que no veía a nadie nuevo en el campamento.

—Se llama Sara, es española, aunque vivimos en Inglaterra.

—No me suena de nada —dijo meneando la cabeza—. ¿Está seguro de que vino aquí?

—Casi al cien por cien. —Miró a Nael, que apartó los ojos y confirmó que el hombre sabía algo.

—Tendremos que trasladar el cuerpo y averiguar quiénes son sus familiares. Seguro que alguien la estará buscando. —Nael sacó un *walkie-talkie* y dijo con rapidez la posición, además de lo que necesitaba—. Quedaos aquí mientras llegan los compañeros.

Los dos hombres asintieron y salieron al exterior solo para ver como los dos forasteros se

marchaban con la doctora y Nael.

En el campamento, el grupo de curiosos y dolientes había desaparecido tras el cuerpo amortajado del joven. Lo llevaron a la carpa que servía de morgue para que los médicos pudieran determinar datos de su asesinato y conseguir pistas. No podían hacer una autopsia, pero siempre encontraban formas de que el muerto hablara sin necesidad de violentar el cuerpo del difunto.

Nael se volvió hacia los forasteros y les pidió que lo esperaran.

No vio a Salma desde que la dejó esa mañana antes de acompañar a la mujer y los niños. Puesto que no la descubrió en las zonas comunes, supuso que se habría retirado ya a su tienda a descansar. Apartó la lona que la cerraba y el mundo se volvió negro, ya que sus ojos vieron el cuerpo en el suelo sin poder creérselo. Pasado el momento inicial corrió a su encuentro y se tiró sobre ella con un grito de desesperación.

Álex y Abdullah escucharon el alarido salir del interior de la tienda y corrieron hacia ella. Entraron sin pedir permiso y vieron al enorme guardia tirado en el suelo sobre una mujer. Se acercaron aprensivos por lo que podrían encontrar.

Nael se volvió hacia ellos con lágrimas en los ojos y desesperación en la garganta. Dejó el cuerpo en el suelo y se dieron cuenta de que el cadáver presentaba los mismos síntomas de los anteriores. Era la confirmación de que tenían un asesino en serie en el campo.

Por si no tuvieran suficiente con los ataques israelíes, además debían luchar contra lo más depravado del hombre.

# CAPÍTULO 23

Jamal se apartó de Akran con la excusa de vaciar la vejiga y así contactar con su enlace. Necesitaba su ayuda para localizar a los fugados antes de que los hallase una patrulla. Se maldijo por no haber previsto su traición. Pues pensó que, agradecidos de poder huir, serían una presa fácil. Sin embargo, nada salió como planearon.

Los fugados les plantaron cara y consiguieron escapar. Ahora debía poner contra las cuerdas a su enlace, y que le resolviera ese pequeño problema. De esta forma, quedaría libre de buscar a la europea y a las niñas.

—Te he dicho que no es seguro llamarme —contestó Hamza sin saludar.

—Es importante para ambos —dijo en voz baja con temor a ser escuchado.

—¿Eso es una amenaza? —Sonrió al pensar en acabar con Jamal y librarse de su soberbia.

—Nos vemos a la entrada del campamento de Shati en un par de horas. —Consideró el mejor lugar para el encuentro y recordó la pequeña granja abandonada a medio derruir donde se cobijaron hace unos días—. Hay una construcción de la que solo queda un establo casi destruido, te veo allí.

Colgó el teléfono y se volvió a la linde de la carretera donde le esperaba su amigo. En su acercamiento lo descubrió hablando con varios desplazados. Sus voces le llegaban con claridad en la inmensidad de ese vacío desértico, poblado solo por la desesperación y el llanto de quienes lo han perdido todo. No sintió pena, al menos por ellos. Esos hombres y mujeres que se movían en masa huyendo de los bombardeos no eran nada para él, solo carne de cañón y el resguardo necesario con el que poder moverse con libertad por la Franja. Desde el principio supo cuál sería su objetivo en la vida, y esta guerra era su oportunidad.

—Ya viene por allí. —Akran apuntó con el dedo a su amigo y sonrió—. Mira con quién me he topado mientras te esperaba. —Señaló a los dos hombres que, a pesar de la oscuridad, Jamal reconoció.

—Hola, vecino —dijo el individuo más mayor junto a Akran.

—Osama, pensé que habías muerto bajo los escombros de tu casa —contestó Jamal sin cuidado.

—Muchos lo creyeron así, pero mírame, estoy entero todavía.

—Mi padre es fuerte, pudo salir gracias al hueco que quedó. Una viga sujetó los escombros y cuando ya lo dábamos por perdido, escuché su grito de auxilio. —Observó al hombre que le dio la vida sin creerse todavía que estuviera vivo—. Salió ileso. Ni un rasguño tenía.

—Menuda suerte que tuvo, no como otros—contestó Jamal al recordar a su madre enterrada viva. Cuando la sacaron ya era demasiado tarde.

—No todos han tenido la misma fortuna y comprendo que esto te traiga malos recuerdos. —Osama puso la mano sobre el hombro del joven que vio crecer—. Le llegó su momento, pero estoy seguro de que estaría muy orgullosa de ti. Escuché que te llevaste a tus sobrinos, y eso te honra.

Jamal asintió con la cabeza sin aclarar nada al hombre. Los niños se adiestraban para reconstruir bombas, y una vez demostraran su pericia, los enviarían al otro lado del muro. Así podrían causar el caos. Sí, se había llevado a los hijos de su hermano, pero no con la intención de

cuidarlos. Eran un medio de escalar peldaños dentro de la organización.

—Nosotros vamos a descansar en casa de un viejo amigo, si queréis, seréis bien recibidos —ofreció el joven.

—No podemos detenernos. Estamos buscando a unos fugados —contestó Jamal, sabiendo que les estaba dando información para conseguir su propia coartada.

—Espero que os sea leve. Tu padre estará muy orgulloso de ti, Jamal. Y en cuanto vea a tu hermana, Akran, le daré noticias tuyas. —Osama cogió del brazo a su hijo y se adentraron en la ciudad.

El encuentro los entretuvo más de la cuenta, por lo que comenzaron a correr apremiados por la impaciencia. Se detenían para recuperar el aliento y, aun así, sus pasos eran más rápidos de lo normal, acuciados por la necesidad de alejarse de Gaza y llegar al campamento de Shati antes de que sus superiores se percataran, de lo que en realidad estaban buscando.

La luna apenas se percibía en el cielo estrellado, lo cual les daba cobertura ante posibles ataques con drones. Auspiciados por esa penumbra nocturna, alternando carreras con pasos rápidos, deshacían kilómetros en la carretera de Saladino.

Dos horas después llegaron a su destino. El pequeño establo apenas era ya refugio para nadie, la techumbre de paja había desaparecido, y dos de sus paredes sucumbieron a la gravedad. Estaban desmoronadas como tantas otras en Palestina.

Jamal se paró y le hizo señas a su amigo.

—Necesito que te acerques solo al campamento. Si se esconden allí y me ven se volverán a ocultar. Yo esperaré un rato aquí y te seguiré después sin que me vean, por si están al acecho.

Akran asintió y no quiso averiguar nada más. Sabía que Jamal tenía secretos y no quería escucharlos, ni siquiera para disculparlo. Si de algo estaba seguro era de que su amigo haría lo que fuera con tal de alcanzar la meta que se había trazado.

Se separaron y uno de ellos entró a cobijo del establo. Registró con la linterna el interior y sonrió satisfecho al saberse solo. Era la oportunidad para preparar su encuentro. Había descubierto muchas cosas del israelí. Siempre supo que no era de fiar y cuando le vio matar por primera vez y lo que hizo después, le dieron ganas de denunciarlo. Al final le pudo la ambición y decidió guardarse el secreto para alguna emergencia como la que tenía ahora.

Los tres rehenes fugados eran un fleco que no se podía permitir, si llegaban vivos al otro lado podrían dar información de sus movimientos por los túneles. Pero eso no era lo que en realidad preocupaba al árabe.

Abusó de uno de ellos y, aunque lo eliminó, no estaba seguro de que no hubiera dicho nada. Eso, unido a que el plan de huida partió de él mismo, lo pondría en peligro si los capturaban con vida antes de llegar a suelo israelí. Solo por eso se arriesgaba ahora ante su enlace.

No tenía tiempo que perder, la búsqueda de los fugados los cubriría un par de días, por lo que consideró que sería suficiente para encontrar a la europea y a las tres niñas. Alguien debió verlas, estaban fuera de su zona conocida y moverse les resultaría más complicado.

No se rendía, se había trazado un objetivo y solo necesitaba los medios para lograrlo.

Asomó la cabeza entre las piedras y distinguió la sombra del hombre que se acercaba. No lo hacía con sigilo alguno, sus pies marcaban la arena y el crujido de los guijarros anunciaban su presencia. Jamal se incorporó y se pegó al muro para proteger su espalda. Su mano acariciaba el puñal escondido en su cinturón mientras con la otra sujetaba el fusil.

Hamza se acercó al hombre sin disimular su presencia. Sabía que le había estado observando desde el principio, y no le importó. Si no fuera porque necesitaba su ayuda cada vez que daba a sus superiores coordenadas para los ataques, ya se habría deshecho de él. Una cosa sí tenía clara,

en cuanto pudiera, cortaría la relación con esa sabandija. Pero para ello necesitaba encontrar otro confidente, y no sería fácil con toda la población en tensión por la guerra.

Solo por eso lo mantenía con vida y aceptaba su colaboración.

—Pensé que estarías aquí cuando llegara —dijo Jamal conteniendo su rabia.

—Pues ya ves que no. —Miró el perfil aguileño del árabe y sonrió con desprecio—. Tengo más cosas que resolver, aparte de tus problemas.

—Este asunto nos implica a ambos. Quise hacer lo que me pediste, intenté ayudar a unos cuantos rehenes a escapar, pero no me creyeron y huyeron. Ahora los están buscando mis compañeros, y si caen de nuevo en manos de Hamás, me delatarán.

—Hasta donde yo sé, el fallo ha sido tuyo nada más. Si te denuncian no es cosa mía —respondió con desidia.

—Deberías pensártelo bien, En primer lugar, porque si me cogen por culpa de esos desarrapados, hablaré de ti. Pero no creas que me limitaré a tu trabajo como agente israelí, también les contaré tu pasatiempo.

Hamza se quedó sorprendido al escuchar las amenazas del terrorista. Una cosa era que destapara su identidad, eso le daría pie a volver a casa. Pero si el árabe sabía su secreto, no habría lugar en el que esconderse.

Maldijo para sus adentros y se obligó a mantenerse hermético ante el hombre.

—¿Dónde los viste la última vez? —preguntó enfadado por plegarse a sus amenazas.

Jamal asintió satisfecho, sacó el mapa y apuntó con la linterna a la zona por donde habían salido. No le diría que estaban en los túneles. Enviarlo allí sería igual que condenarlo a muerte, y no quería correr el riesgo de que apresaran al israelí, al menos no todavía.

—La zona apenas tiene casas habitadas, los edificios están en ruinas y por allí solo transitan las ratas. Creo que se quedarán un tiempo entre los escombros hasta que se vean seguros para escapar. Ese era el plan que les di al principio, y si bien huyeron antes de ponerlos en el camino correcto, creo que la sensatez del proyecto original, les hará seguirlo.

—Podrías haberlos buscado tú —gruñó sabiendo que debía posponer la búsqueda de la muchacha—, me va a costar encontrarlos si se esconden.

—Por eso mismo te lo he pasado a ti. Mientras los buscas puedes hablar en tu lengua. Así confiarán en ti.

—Sí, claro, y también me pongo una diana en la cabeza.

—No protestes. Hasta ahora he sido yo quien he asumido todos los riesgos en mi colaboración contigo. Ha llegado el momento de que intervengas tú —se apartó del hombre—, tengo que aprovechar estos dos días de plazo para encontrar a mis sobrinas.

—Si me lo hubieras dicho, te ayudo yo a buscarlas —dijo con malicia el hebreo.

Jamal se lo quedó mirando como si fuera un loco. Se dio cuenta de que su interés no era limpio, y casi se le escapa una carcajada. Si no las necesitase para su propio plan, las hubiera puesto en las manos de este trastornado, habría sido una buena forma de vengarse de su hermano. Pero la realidad era que había encontrado una manera de que le fueran útiles, y solo por eso, no le dijo nada al israelí.

—Mejor mantente alejado de ellas, las necesito para mí. Pero si te portas bien, puede que te traiga a una mujer —contestó pensando en la europea, que tantos quebraderos de cabeza le había dado—. Resuelve la huida de tus compatriotas. Me da igual cómo, solo tienes que evitar que hablen de mí, y te compensaré.

Hamza asintió pensativo y se marchó en dirección a Gaza.

Sus pasos eran lentos. Se había curado la herida que le hizo la cooperante, aunque el dolor al

caminar le hacía ir despacio. Hubiera preferido cazar a la mujer, pero ya habría tiempo, ahora debía resolver el problema de los rehenes que escaparon. Pensó que tal vez si les hablaba de su colaborador, y que todo fue un plan orquestado para ayudarlos a fugarse conseguiría mantenerles la boca cerrada. Pero no podía arriesgarse, si los tres huidos delataban a su hombre, este lo denunciaría a él, y no solo como espía.

Estaba muy bien en esta tierra. El descontrol y la violencia eran el caldo de cultivo adecuado para que sus pequeñas acciones pasaran desapercibidas. Lo único que tenía quehacer era ayudar a los fugados a llegar a casa, y amenazarlos para que no descubrieran su tapadera.

Caminó pensativo levantando el polvo a su paso. Sus ojos adaptados a la oscuridad vigilaban los alrededores en busca de desplazados. A lo lejos veía hogueras y grupos de tiendas en silencio, el sol comenzaba a despuntar y sus tímidos rayos alumbraban la carretera de Saladino, ajenos a los dramas que, bajo su calor se formaban.

Hamza alcanzó el lugar que le describió Jamal cuando los movimientos de personas comenzaban a hacerse evidentes. Buscó refugio en las sombras y observó a los que pasaban de largo ante la monstruosidad de hormigón que lo cobijaba. Escuchó el sonido de miles de pies susurrar dentro del edificio y supo que nada vivo podría guarecerse en su interior, pues estaba lleno de alimañas.

Con la cabeza baja y las manos en los bolsillos se fue desplazando entre los escombros en su búsqueda. No se dejó llevar por el desaliento y continuó su empeño. Entró a otro montón de restos de edificios colándose por un hueco bien oculto. La oscuridad solo era rota por frágiles haces de luz que se filtraban entre las losas de hormigón.

Hamza se quedó quieto, lo que le pareció una eternidad. La paciencia nunca fue un problema para él. Sus ojos captaron algún movimiento errático, con toda seguridad ratones desorientados en busca de alimento. Sus oídos, como si de un radar se tratara, estaban atentos a susurros y pisadas.

Aquí tampoco tuvo suerte. Se agachó para escapar y salió de nuevo a la luz reptando entre los desechos.

El día estaba en su zenit y decidió sentarse al cobijo de una sombra para comer un poco de queso, que sacó de su bolsillo lateral. Tragó el rancio bocado con ayuda de agua y volvió a cerrar la cantimplora. Observó con atención los edificios en busca del siguiente para registrar, cuando sus ojos captaron un movimiento al extremo de su campo visual. Con calma movió un poco la cabeza sin llegar a mostrarse ante su espía. Lo distinguió enseguida. Intentaba ocultarse entre las sombras del edificio de al lado, pero la polvareda que levantaban sus pies inexpertos lo delató.

Hamza pensó que podría ser uno de los fugados y decidió ir con calma, no quería asustarlo. Con toda seguridad había salido a buscar alimentos y agua antes de ocultarse de nuevo con sus compañeros. Era la lógica que él seguiría, pero claro, estos eran solo colonos de los kibutz, y tal vez no estuvieran preparados para algo así.

Con cuidado de no alarmar a su observador, se incorporó y sacudió los pantalones. Debía aparentar normalidad. Caminó despacio entre las montañas de residuos y ascendió por el edificio donde se refugiaba su espía. Oculto por las sombras que dejaban los escombros, sus ojos no perdían de vista la figura solitaria que rebuscaba entre lo que, en otro tiempo, fue un comercio.

Samer sentía el estómago pegado a su espalda. La escasez de alimentos que les dieron mientras lo retuvieron, unido a la ausencia de víveres cuando huyeron, acrecentaba su necesidad. Al sentir la debilidad de sus músculos le recordó su estado. La garganta seca era lo más acuciante. Podían resistir una semana sin comida, pero el agua era imprescindible. Observó a los caminantes a lo lejos suponiendo que irían a buscar alimentos y bebida. Pensó en seguirlos en la

distancia y así encontrar lo que tanto ansiaba para su reducido grupo.

Su mente le llevaba una y otra vez al momento de la huida y a la pérdida de Josef. Se preguntaba por qué no intervino antes de que a su amigo lo forzase ese canalla. Tal vez si hubiera estado más pendiente de lo que hacían los milicianos, podrían haber escapado antes. Negó con la cabeza, a sabiendas de que esa era una utopía. Jamás habrían conseguido salir de allí sin la maldita ayuda de sus guardianes.

Samer dudaba de que el auxilio recibido hubiera sido por bondad. Solo con saber lo que le hizo a su amigo en el cuarto, le revolvía el estómago. Se armó de valor y descendió entre los escombros, temeroso de que su aspecto lo delatara. De ahí que se ocultara en las losas de hormigón que colapsaban las calles.

Llevaba solo unos metros andando cuando sintió la mano en su boca y el fuerte brazo que lo empujó hacia la oscuridad de un hueco. Quiso defenderse, pero las palabras en hebreo calmaron todas sus alarmas haciéndole dar gracias a Dios.

# CAPÍTULO 24

*Campamento de Shati, 7 de noviembre de 2023*

Abdullah intentó calmar a Nael que sujetaba la mano de su amada con dolor y lágrimas descontroladas. Su sonoro llanto pronto atraería a la gente, y necesitaba la información sobre Sara antes de que la situación se complicara aún más. Álex lo miraba impasible, sabiendo con toda seguridad lo que el joven estaba pensando. No obstante, no quiso interferir. Si lograba la colaboración del hombre sería un milagro.

Como no le pidió ayuda en su proceder, lo dejó actuar por instinto. De momento no le había fallado, y él solo podía esperar para corregirlo. Sabía que el hijo de su mujer, Elisabeth, era orgulloso y no aceptaría la ayuda a no ser que se viera obligado, antes debía verse obligado a ello.

—Nael, necesito que me digas dónde está Sara —intentó que el hombre se incorporase—, el asesino sigue sus pasos.

Esas palabras hicieron reaccionar al guardia. Hasta ahora no sabía bien cómo actuar con el forastero, esperaba poder consultarlo con Salma, pero ella ya no estaba, y sus últimas palabras le remordían en la conciencia. La cooperante había querido ayudar a la joven y lo incluyó en ese plan. Si no se hubiera quedado sola, ahora estaría viva. El odio corrió por sus venas nublando sus sentidos y capacidad de raciocinio.

La mano inerte de su amada era el cruel recordatorio de que le había fallado. Su alma clamaba venganza y eso es lo que tendría, de una forma u otra. Sin hacer caso a los forasteros cogió el *walkie-talkie*, llamó a sus compañeros, y con rapidez les explicó que enviasen una patrulla a la tienda de Salma. Se incorporó y miró a los dos hombres, que pagarían por su propio descuido.

—Seguridad del campo viene hacia aquí —dijo con voz lúgubre.

—Antes de que todo se complique, dime dónde está mi mujer —gruñó enfadado Abdullah.

—Deberíamos irnos —añadió Álex sujetando el brazo del joven. No le gustaba el tono que había empleado el guardia y temía por dónde le llevaba su intuición.

Fuera de la tienda, el caos reinaba de nuevo entre los refugiados. Los chalecos de seguridad eran visibles entre el gentío, distinción que parecía no calmar a la multitud que se agolpaba a la entrada, sabiendo que algo malo había ocurrido allí también.

El equipo de seguridad entró en la tienda con pasos apresurados y comprobaron el desastre en su interior. Nael se puso junto a los forasteros, y antes de que se dieran cuenta, los apresaron. Abdullah gritó, y se resistió cuanto pudo. Álex tenía más éxito en su empeño, no en vano fue militar.

De nada les sirvió. Nael, cansado de la lucha, golpeó en la cabeza al árabe y miró a su compañero con una amenaza muda.

Álex se detuvo en cuanto vio a Abdullah inconsciente sujeto por los guardias, así que levantó los brazos en señal de rendición.

—Sabes que no somos responsables de esto. No puedes detenernos, la vida de Sara está en peligro. Solo estamos aquí por ella, y si nos detienes, la estás condenando al mismo fin que

sufrió tu mujer. —Álex esperaba poder convencer a Nael antes de que los encerraran.

—Eso lo aclararemos cuando os interroguemos. —El guardia asintió con la cabeza hacia sus compañeros.

Sacaron el cuerpo de Abdullah cogido entre dos, mientras el padrastro los seguía esposado y con cara de pocos amigos. Sus ojos no dejaban de observar a quienes los miraban con odio mal contenido y protestas. Los habían juzgado y condenado antes de escucharlos.

Una piedra rozó su sien y sacudió la cabeza con dolor. Los policías del campo comenzaron a gritar amenazas, y el caos que antes parecía apoderarse de la multitud, se volvió efervescente. Entre golpes y achuchones el grupo consiguió llegar a la casa que hacía de comisaría. No era otra cosa que un contenedor de obra al que habían adaptado con unos agujeros de bala para crear respiraderos.

Empujaron a los dos hombres al interior y cerraron antes de que se colara ningún exaltado. Álex golpeó la puerta y maldijo, pese a que solo pretendía desahogarse. El quejido de Abdullah lo hizo volverse y se acercó a él. A través de los agujeros podían escucharse los gritos de la muchedumbre que los amenazaba. Los guardias les respondieron con los mismos alaridos para hacerse oír. Al final, dos disparos al aire silenciaron el exterior y el antiguo militar agradeció la intervención. Sabía lo que una masa enfurecida era capaz de hacer.

Por el momento era lo único que había salido bien.

—¿Cómo estás, muchacho? —Se sentó junto a él e intentó ver si tenía alguna herida.

—Me duele la cabeza —se quejó tocándose la parte de atrás de la misma con cuidado—. ¿Qué ha pasado?

—Creo que nos consideran culpables de los asesinatos.

—Menuda panda de inútiles —se quejó el árabe—. Si nosotros fuésemos responsables, no los habríamos llevado hasta la otra mujer.

—No te preocupes, pronto se darán cuenta. No solo por eso, también porque llegamos después de la muerte de ella y del joven. En cuanto informemos de nuestra coartada se aclarará todo.

—No tenemos tiempo, el rastro de Sara se cubre de cadáveres. —Se puso en pie con dificultad—. Algo me dice, que, si no la encuentro pronto, el asesino lo hará por mí.

—Eso no es seguro, todo son casualidades. —Álex se puso en pie junto al joven—. No debes enfrentarte a esto, es mejor dejar que la situación se aclare antes de continuar con nuestra misión.

—No puedo —se quejó el árabe y reveló su vulnerabilidad—, el miedo a perderla es demasiado grande.

—Quedan pocas horas para que amanezca, descansa y cuando vengan a interrogarnos, seguro que todo se solucionará.

Abdullah se dejó caer apoyado en el frío metal de la prisión y Álex lo siguió. El eco de los susurros exteriores se estaba perdiendo con la oscuridad y el silencio llenó los huecos que sus palabras no podían. A pesar de todo lo ocurrido, el sueño los venció, y como si de una pesadilla se tratara, los sucesos del día les hicieron recordar lo sucedido momentos antes. Sus cuerpos acuciados por el agotamiento se rindieron al descanso impuesto, mientras Nael registraba la tienda de Salma.

Se acercó a Soraya, la compañera de cuarto de su amada, e intentó consolarla. Tenían todo dispuesto para llevar el cuerpo a la morgue, pero el guardia no podía dejar de pensar en que algo no estaba bien.

Nael estaba sentado en la silla de Salma, la cabeza apoyada entre sus brazos mientras las lágrimas nublaban su visión, se culpaba por haberla dejado sola. No debió acompañar a la

muchacha y a las niñas. Estaba seguro de que, si él hubiera estado, nada le habría pasado a su mujer. Soraya le apretó el hombro para llamar su atención, y levantó la cabeza desgarrado por el dolor.

—La vamos a llevar a la morgue, ¿quieres despedirte de ella?

Nael asintió y se acercó al cuerpo envuelto de la mujer que amaba. Le habían cerrado los ojos, sin embargo, seguía teniendo un rictus de terror en su cara. Con delicadeza le dio un beso en la frente. Después se apartó antes de abrazarse a ella de nuevo, y asustar a todos los presentes.

Los muebles volcados denotaban la lucha que se produjo. Comenzó a recomponer el habitáculo mientras reconstruía la escena del crimen en su cabeza. Los documentos del campo de los que era responsable Salma estaban tirados por el suelo, así que comenzó a recogerlos y los dejó sobre la mesa. Su mano acarició el tablero en un intento por recuperar el tacto de la mujer, y no pudo evitar volver a llorar.

—Deja eso, no pienso dormir aquí —dijo Soraya al ver que intentaba poner orden.

—Hay algo que no me cuadra. Sé que se me escapa una pieza de este desolador puzle. Necesito volver a verlo todo como estaba —respondió el guardia sin dejar de recomponer el interior de la tienda.

La mujer miró a su alrededor esperando encontrar algo diferente, pero todo estaba como lo recordaba, después de colocar las cosas en su sitio. Una vez puesto el interior en orden, no se veía nada extraño. Se sentó en la mesa y miró los documentos de su amiga. Nael no se había molestado en clasificarlos y ella necesitaba hacer algo.

Comenzó a leer las fechas y a ponerlos según la entrada. Fue un trabajo fácil que la distrajo y aportó la serenidad que necesitaba, pero al colocar la carpeta en el centro, se dio cuenta de que faltaba el diario de Salma. Buscó en el suelo para ponerlo en su sitio y se sorprendió al no encontrarlo.

Nael la observaba interesado. Cuando ella se incorporó, y comenzó a buscar en los alrededores, supo que había ocurrido algo.

—¿Qué pasa, Soraya?

—El diario de Salma no está. Ella siempre lo tenía sobre la mesa, bajo las carpetas. No se molestaba en ocultarlo, pues, sabía que nadie osaría leerlo.

—Puede que se lo llevara al almacén o al comedor y se le olvidara.

—No, no lo sacaba de la tienda. Era su momento de respiro y le gustaba escribir por la noche antes de acostarse. Decía que así se le ocurrían soluciones para los problemas de cada día.

—Pues si no lo sacaba de la tienda, debería seguir por aquí.

Nael rebuscó en las taquillas donde un rato antes había guardado las prendas desperdigadas. Soraya hacía lo mismo en el otro extremo de la tienda. Levantó las carpetas por si se quedó entre ellas y se frustró al no encontrarlo.

—Se lo ha llevado el asesino —sentenció Nael apretando los dientes.

—¿Por qué? Ella no sabía nada que pudiera ser de provecho para nadie, salvo normas de organización y, soluciones de conflictos. El día a día del campamento, eso no es de interés especial o delicado.

—Quien se lo haya llevado ha sido por algo que Salma sabía —Nael recordó a Sara, y sintió que el alma se le caía a los pies.

—Pero ella no tenía información confidencial ni nada por el estilo, remarcó de nuevo la médico.

Nael sentía en su interior crecer la rabia. No solo por lo que le había ocurrido a Salma, también porque él había caído en la trampa, y dos inocentes estaban presos por su precipitación.

Dos personas que podrían ayudarle a encontrar al verdadero culpable.

# CAPÍTULO 25

Nael salió con pasos apresurados de la tienda, la muchedumbre que horas antes se agolpaba en las inmediaciones se había disuelto. A su alrededor, la noche comenzaba a perder terreno en favor de las luces de la mañana. Los colores anaranjados intentaban todavía imponerse al azul oscuro de la noche. Los sonidos en el campamento eran de tranquilidad: ronquidos en la lejanía, el ulular de un búho y el quejoso ladrido de un perro, vestían ese día de sonidos conocidos.

Llegó al contenedor que hacía de cárcel y saludó a sus compañeros. Les explicó sus averiguaciones y pidió hablar con los presos para constatar sus suposiciones. Al principio se negaron, pero el *estatus* de Nael y su insistencia, le abrieron las puertas de la precaria cárcel.

Álex se puso en pie de inmediato. Años de disciplina militar y adiestramiento en conflictos lo tenían preparado para lo que pudiera ocurrir. Abdullah lo hizo más despacio, el cansancio se veía en la oscuridad bajo sus ojos. Aun así, su mirada de rabia paralizó al guardia que se volvió hacia sus compañeros, les pidió tranquilidad e intimidad con los reos.

La puerta se quedó entreabierta. Alex pensó que sería fácil reducir a Nael y escapar por ella, pero no se arriesgaría a que le ocurriera algo a Abdullah y se contuvo.

—Sé que no fuisteis vosotros —dijo con rotundidad.

—¿Qué comes que adivinas? —ironizó el árabe—. Ya te avisé de, que esto era cosa de un pervertido, y que seguro que está persiguiendo a mi mujer.

—Lo sé. —Observó a ambos hombres antes de contar lo que había descubierto y tragó saliva —. Tenéis que disculparme, fue un *shock* encontrar a Salma, y solo cuando se la llevaron, comencé a comprobar su tienda. Falta el diario que escribía todas las noches. Si la mató después de que anotara los sucesos del día, el asesino sabe hacia dónde se dirige Sara con las niñas.

—¡Te lo dije! —gritó Abdullah saltando sobre el guardia con rabia, pero su compañero lo sujetó.

—Ellas van por la carretera de Saladino en dirección a Ráfah. Las dejé acompañadas por Ayoub Odeh, es un amigo de la infancia que viaja con su familia hacia Jan Yunis. Me aseguró que las cuidaría, y que, al llegar a su destino, le pediría a su hermano que las acompañase hasta la frontera.

Les describió a su amigo y a su mujer embarazada, así como a la anciana madre que viajaba en un carro tirado por una mula. Esperaba que con estas indicaciones dieran pronto con la joven y las niñas.

—Hemos perdido un día por tu culpa —lo amenazó el árabe todavía sujetado por su padrastro—. Si le ocurre algo, volveré para cobrarme su dolor con tu sangre.

—Aquí estaré —contestó sin miedo Nael. Después de todo ya había perdido lo que más amaba—. Voy a dejaros salir. Aseguraré a los guardias que he aclarado la situación, pero la gente está asustada con las muertes de las últimas horas, por lo que os recomiendo que salgáis antes de que se den cuenta y os conviertan en el chivo expiatorio de su frustración.

—Gracias. —Álex tiró del brazo de Abdullah y salió detrás del guardia.

El rápido intercambio de palabras con sus compañeros fue más largo de lo que esperaba, aunque al final se dieron cuenta de que los reos no hacían nada por escapar, y que su actitud era pacífica. Les abrieron el paso y Nael los acompañó hasta el extremo del campamento. Los puso

en el camino hacia Ráfah y se despidió de ellos con seriedad.

—Espero que las encuentres bien y que puedas sacarlas de esta pesadilla. —Nael apretó los puños y aguantó el nudo de la garganta—. Si por casualidad supieran algo del asesino, os agradecería que me lo hicierais saber de alguna forma. No espero que regreséis y os pongáis en peligro.

—Así lo haremos. Intentaré averiguar y, si está en mi mano, te ayudaré a encontrar a ese degenerado. —Álex enganchó a Abdullah, que quería protestar y se alejaron del guardia de seguridad.

Cuando lo perdieron de vista regresaron sobre sus pasos con rapidez y fueron en busca de su vehículo. Corrieron en la oscuridad hacia la posición donde habían dejado el *jeep*. Al llegar al escondite descubrieron al conductor roncando en el asiento de atrás. Sin perder tiempo Abdullah se sentó ante el volante y se dirigió con ansiedad a la dirección que les había marcado Nael.

Con el ruido del motor, el conductor se despertó asustado, aunque se tranquilizó al ver a los dos forasteros en los asientos delanteros. Se incorporó frotándose los ojos y sonrió con descaro a los hombres. Por una vez, él sería quien descansara mientras ellos conducían a un ritmo trepidante por la carretera. El polvo del camino daría la alarma a los vigías israelíes y así se lo dijo al conductor, pero este no le hizo ningún caso y continuó comiendo kilómetros.

—Es noche cerrada y la luz no es suficiente para conducir, podríamos caer en un hoyo y perder el coche —se quejó el conductor.

—Ya lo solucionaremos, si eso ocurre —contestó con malos modos Abdullah.

Álex sonreía para sí mismo, esa misión de rescate se había convertido en algo mucho más interesante. La preocupación del muchacho por la chica le decía cuánto le importaba y solo por eso, se alegraba de poder acompañarlo.

El vehículo circulaba con lentitud mientras las sombras de la noche ocultaban el polvo del camino. La luna estaba casi desaparecida, apenas proporcionaba visibilidad y la carretera se volvía más peligrosa a cada kilómetro que recorrían. A ambos lados podían ver fogatas apenas contenidas para evitar que su resplandor llamara la atención de los drones. Los dos hombres escudriñaban los grupos de personas que allí se apiñaban, esperando reconocer a la mujer con las niñas.

Comenzaron a ver las caravanas de desplazados, que como podían buscaban un lugar seguro. El ejército israelí los había echado de sus casas con el pretexto de bombardear las ciudades para localizar a milicianos de Hamás. Sin embargo, los cohetes seguían surcando el cielo, sembrando el terror en la población civil que ya no sabía dónde esconderse.

El sol estaba alcanzando su zenit cuando divisaron el carro que les describió Nael. En ese momento un dron planeó a su alrededor y creó el caos y el miedo en la caravana. Las familias corrieron a esconderse y ponerse a salvo de los disparos. No sabían de dónde procedían los tiros y la masa humana se desperdigó por la maleza en busca de cobijo.

Álex sacó la pistola de su escondite en la guantera del coche y asomó la cabeza para apuntar. El aparato percibió el peligro y se dio la vuelta dirigiendo sus armas al vehículo. El exmilitar no se lo pensó, disparó a su objetivo que no tuvo tiempo de hacer nada más. Cayó a plomo sobre el suelo antes de poder responder a los disparos.

Abdullah respiró aliviado al ver caer el dron, pero el descanso fue mínimo. Otro aparato se acercó a ellos y comenzó a disparar. Esta vez Álex no tuvo suerte y al sentir las balas rondar a su alrededor gritó al joven que se pusiera a salvo. Miró al cielo, y apuntó a su objetivo antes de que acabara con todos ellos.

# CAPÍTULO 26

Hamza sintió que el muchacho se relajaba en su brazo. Asomó la cabeza para que el chico lo viera, y al notar que asentía, lo soltó. De inmediato, el joven comenzó a susurrar palabras sin descuidar su entorno, así que el hombre se armó de paciencia y esperó a que se desahogara. En realidad, lo que quería era dejarse llevar y sacar su instinto. En su interior sentía la efervescencia de su ansia intentando aflorar en la piel. Respiró en profundidad y calmó su anhelo. Antes de volver a actuar necesitaba comprobar hasta dónde podía tensar al árabe.

Samer dejó escapar un suspiro de alivio al sentir que estaba con un compatriota. No sabía qué hacía allí, y le daba igual, lo que en verdad necesitaba acababa de encontrarlo. Todas las dudas y penurias pasadas hasta ahora no eran nada en comparación con la oportunidad de regresar a casa.

Dio gracias porque sus oraciones fueron escuchadas y sonrió a Hamza cuando se asomó sobre su hombro para mirarlo a los ojos antes de que lo soltara.

—¡Yahvé escuchó mis oraciones! —Se volvió hacia él con deseos de abrazarlo.

—¿Dónde están los otros? —Hamza se apartó antes de recibir la gratitud del joven en forma de apretón.

—Escondidos —contestó con temor al ver la expresión de su compatriota.

—¿Y tú a dónde vas? Deberías tener más cuidado, te vi desde el otro lado. Si no llega a ser porque estoy buscando a los rehenes ya estarías prisionero de nuevo.

—¿Nos están rastreando? —replicó confundido.

—Por supuesto. El ejército está asolando la Franja para encontrar a los que se escaparon.

—¿Quién eres? —se apartó del hombre y lo miró a los ojos.

—Llevo varios años infiltrado en la Franja, al verte de lejos pensé que podrías ser un huido —se encogió de hombros—. Ha sido una suerte localizarte.

—Loado sea el Señor —agradeció, aunque algo en ese compatriota no le cuadraba.

—Vamos a ocultarnos. Cualquiera que pase por abajo puede vernos, y no querrás volver a caer en sus manos.

Samer asintió con la cabeza y se apartó hacia el interior del edificio donde estaban. Se volvió y señaló un pequeño hueco que se perdía en la oscuridad. Se puso a gatas y se coló en el agujero con cuidado, pues su cuerpo enjuto se colaba justo por el hueco. Una vez en el interior le pidió al hombre que le alcanzara.

Hamza no estaba muy seguro de ingresar por la pequeña abertura. Sin duda el joven tendría la oportunidad de apresarlo o dañarlo sin mucho esfuerzo, dada la posición de acceso. Al final decidió confiar en la suerte y se adentró en el oscuro hueco. Gateó despacio para no clavarse los hierros que sobresalían, y después de unos metros, notó que la luz iluminaba su camino. Sorprendido, siguió el haz luminoso hasta encontrarse en un espacio abierto al cielo. Allí lo esperaba el joven que volvió a mostrar otra abertura entre los escombros y se introdujo con cuidado sin detenerse a recibir más instrucciones.

El hombre siguió al muchacho, confiado en la necesidad que tenía de ayuda. La oscuridad volvió a envolverle mientras gateaba por el estrecho agujero, y maldijo al clavarse algo en la palma de la mano. Cuando por fin llegó al final de la abertura, se encontró con una amplia sala

iluminada por una ventana a medio caer. Los escombros no la tapaban por completo y, estos le conferían algo de estabilidad mientras seguía abierta al exterior.

Sin duda el escondite era muy bueno. Si no sabías el camino, parecía que la ruinosa casa era una más de entre las tumbas de hormigón que dejaban los misiles israelíes.

Samer tuvo el tiempo justo de avisar a sus compañeros de que venía con ayuda. Yotan se puso junto a su camarada y observó con desconfianza al hombre delgado que apareció en el acceso de su escondite.

Hamza miró a los tres jóvenes que se apartaron de la entrada temerosos. Estaban delgados y sucios, aun así, no se les veía muy mal. Saludó al grupo y se presentó.

—Me llamo Hamza y os buscaba —dijo sonriendo con familiaridad.

—¿Cómo es que estás aquí? —Yotan miró al hombre con serias dudas sobre su identidad.

—¿Quién te dijo que escapamos? —Alom se unió al interrogatorio.

—¿Por qué no empiezas desde el principio? —Samer pidió a sus compañeros paciencia con la mano.

—Llevo años infiltrado en la Franja. Mi misión era buscar información sobre los líderes de Hamás, localizarlos, y si fuese posible, liquidarlos. Desde que estalló la guerra me es muy difícil hacer mi trabajo, por lo que estoy varado aquí a la espera de las migajas que pueda enviar para concretar ataques.

Los tres jóvenes israelíes asintieron satisfechos con la explicación. Yotan todavía dudaba de la veracidad de lo que este hombre les contaba, por lo que se guardó las preguntas que le darían la oportunidad de desenmascarar a su posible salvador.

Hamza percibió las dudas del muchacho más alto, aunque no dijo nada, se limitó a extender su mano y la estrechó con cada uno. Probó su fuerza, y sonrió con simpatía para terminar de ganarse su confianza. Era un momento delicado, pues ellos eran tres y él solo uno. Si decidían atacarlo, le costaría salir ileso de allí.

—Fui yo quien le pidió al palestino que ayudara a liberar rehenes —dijo el infiltrado sin apartar la mirada de Yotan—. Necesitaba ponerlo a prueba para verificar su trabajo como enlace, y no se me ocurrió nada mejor.

—¡Maldito cabrón! Tú nos echaste ese perro encima. —Yotan se acercó al hombre para cogerlo por la camiseta, pero Samer lo apartó.

—No fui yo quien os retenía ni os secuestró, solo me limité a daros una oportunidad y lo conseguí. —Abrió los brazos con misticismo—. Sois la prueba de que mi plan os arrancó de las garras de los terroristas.

—Y, de camino, mataron a Josef —Samer acusó al hombre y se removió indignado al recordar lo que sufrieron a manos del miliciano palestino.

—No sé de qué me hablas. Le dije que ayudara a escapar a los rehenes —se justificó con rapidez—, si hizo algo más, no fue por petición mía ni del gobierno. ¿Qué sucedió con exactitud?

—Esa mala bestia abusó de Josef. No una vez, sino varias. —Samer dejó salir la rabia por lo ocurrido.

Yotan y Alom miraron sorprendidos a su compañero. Intuían que sucedía algo extraño con las visitas del muchacho al cuarto cerrado, pero nunca sospecharon que fuera tan grave. Asqueados por el comportamiento del supuesto libertador, decidieron pedir explicaciones al hombre que lo inició todo.

—¿Sabías lo que haría el árabe? —Yotan se acercó amenazador.

—Por supuesto que no, ¿por quién me tomáis? —Lo observó con cautela—. Si hubiera

sabido de sus tendencias, jamás le habría pedido nada. Es más, yo mismo lo quitaría de enmedio. Por mucha información que proporcione, nunca será lo suficiente para compensar su proceder.

—No te creo. —Yotan inclinó la cabeza hasta el hombre que era más bajo y delgado. Quería que se sintiera intimidado.

—No puedo hacer nada para acallar vuestras dudas. No tengo pruebas, pero sí me dejáis, os demostraré que todo fue iniciativa del árabe, y que yo nada sabía de su abuso. —Hamza tenía ganas de salir de allí y buscar a Jamal. No le pediría explicaciones, solo le negaría el aire a sus pulmones y disfrutaría al sentir su vida escapando entre sus dedos.

—¿Cómo pretendes que confiemos en ti después de esto? —Alom negó con la cabeza.

—Solo os pido una oportunidad. Os ayudaré. —Hamza se retorcía por dentro al rogar.

—¿Cómo? —Samer se metió entre los dos hombres.

—Traeré víveres para que os mantengáis ocultos hasta que dejen de buscaros. Será solo un par de semanas y mientras, buscaré una ruta segura por donde sacaros de este infierno. —El infiltrado cruzó los dedos dentro del pantalón—. Estaréis a salvo aquí durante ese tiempo. Yo me encargaré de traer agua y alimentos.

—¿Cómo sabremos que regresarás? ¿Que no nos venderás a los árabes? —Yotan no quería dar su brazo a torcer.

—Volveré porque somos compatriotas. El Señor guiará mis pasos —miró a los hombres—, sois mi billete de vuelta a casa. La situación aquí es muy peligrosa, y regresar a Israel con algunos rehenes liberados, será un gran premio.

Los tres hombres se miraron, y después de unos segundos, se apartaron a deliberar entre ellos. Hamza se quedó apoyado en la pared aparentando indiferencia cuando lo que en realidad quería era resarcirse de tantas ofensas. En su mente ya imaginaba la forma de sacar partido de esa situación. El premio bien merecía la espera.

Yotan insistía en no confiar en el infiltrado. Alom y Samer creían las palabras del hombre y así se lo hicieron notar a su camarada.

—No podemos fiarnos de él, hay algo oscuro en su interior. Lo huelo —dijo en susurros a sus compañeros.

—Yotan, no tenemos más opciones. —Señaló el lugar haciendo notar la precariedad de la situación—. Él puede traernos comida y agua, lleva tiempo aquí y no desentona con el resto de la población. Además, estaremos atentos. No podrá contra los tres.

—Está bien, pero no me fío de él. Tendremos que mantenernos alerta. —Miró a sus compañeros—. En cuanto se vaya buscaremos otro escondite.

Los dos asintieron dándole la razón. Samer se apartó de ellos y se giró hacia Hamza, que se distraía dibujando con un hierro en el polvo de la sala. Con el pie borró los surcos que el hombre trazaba y llamó su atención. Desde el suelo levantó la cabeza y sonrió perezoso al muchacho, antes de incorporarse con lentitud deliberada.

—Iré contigo a buscar alimentos. —Samer señaló el hueco de salida del lugar y dejó que el hombre le precediera.

Cuando asomaron al exterior, el sol apenas era un rojo resplandor en el horizonte. Las sombras de los edificios creaban espectros amenazantes a cada paso que daban, adentrándose en la ciudad. Samer miraba a su guía con los ojos muy abiertos. No perdía de vista cada movimiento que hacía a la espera de algo que delatara una traición. Sus pasos resonaban con eco apagado, mientras el murmullo inconfundible de la arena los acompañaba en su cauteloso caminar.

Las ruinas que dejaban atrás eran solo eso y, sin embargo, hablaban de dolor y tristeza, de tiempos ajenos al amor. Su lenguaje se percibía al pasar bajo la sombra alargada que proyectaba

el reflejo de los últimos rayos de sol.

Hamza conocía el camino para hacerlo hasta con los ojos cerrados, aun así, no quería apresurarse. No con la compañía que llevaba a su lado. Se dio cuenta de que estaba cerca de su destino y se volvió hacia el joven, había llegado el momento de aclarar su aportación.

—Cada dos días vendrás aquí —señaló la puerta de entrada al edificio—, te darán una bolsa con víveres. Es muy importante que no hables, bajo ningún concepto. Te limitarás a coger la comida y largarte lo más rápido posible. Ten cuidado de que no te sigan, en cuanto tenga preparada la ruta de escape volveré a por vosotros.

Samer asintió y se fijó en los hombres que hablaban con el infiltrado. El intercambio de palabras rápidas era incomprensible para el joven que bajaba la cabeza cada vez que alguno de ellos miraba hacia él.

Después de un rato más de negociaciones, volvieron sobre sus pasos, cargados con dos bolsas de alimentos y agua. El joven quería llegar pronto a su refugio, salivaba solo de pensar en comer.

# CAPÍTULO 27

*Carretera de Saladino, 7 de noviembre de 2023*

Abdullah consiguió ponerse a cubierto antes de que el segundo dron comenzara a disparar. Miró en dirección a Álex y respiró de alivio al comprobar que iba hacia él. Se observaron con cautela, deteniéndose en cada centímetro de sus cuerpos en busca de heridas. Salvo algún raspón de bala superficial, ambos estaban ilesos, por lo que sonrieron dando gracias a la suerte que habían tenido.

Los desplazados dejaron sus enseres tirados en el suelo y corrieron en busca de refugio. La vio de inmediato, su disfraz no podía ocultarla. Quiso saltar en pos de ella, aunque solo fuera para tenerla entre sus brazos y protegerla.

Miraron al cielo en busca de más drones y vieron el brillo metálico de varios aparatos acercándose. Corrieron a refugiarse en los tubos de hormigón que había distribuidos a ambos lados de la carretera. Abdullah tuvo claro hacia dónde dirigirse. Siguió el camino que vio tomar a la muchacha y antes de meterse en el cilindro que los protegería, observó el cielo dónde el brillo de los artefactos se acercaba sembrando el terror entre quienes no tuvieron tiempo de ponerse a cubierto.

Sara se acomodó como pudo en el interior del refugio. Zahra temblaba en sus brazos sin llegar a emitir el llanto. Mariam abrazaba a su otra hermana y le tapaba los oídos para que no escuchara los disparos del exterior. Era poco probable que las alcanzara, aun así, el miedo le podía y los temblores no le dejaban respirar tranquila. Laila se dio cuenta de que su hermana estaba a punto de perder el control, así que se inclinó sobre la maestra y le tiró de la manga.

—Sara, ¿puedes contarnos un cuento? —su voz infantil estaba teñida de miedo y la muchacha no pudo evitar sonreír a la niña con cariño.

—Había una vez una princesa llamada Sara, que vivía con sus padres, pero no se llevaba bien con ellos. Ella no era lo que querían que fuera, por eso se marchó con su prima bajo la excusa de ayudarla, pues la madre de Lola estaba enferma y necesitaba que cuidara a su hijo pequeño. De esta forma, consiguió escapar del dominio de ellos que…

—Pero hay que hacer lo que dicen los padres —protestó Mariam frunciendo el entrecejo.

—No siempre. —Sonrió a la niña—. Cuando crecemos somos responsables de nuestros actos y eso nos da el poder para decidir lo que queremos hacer. —Miró detrás de ella y comprobó que no les prestaban atención—. No pueden obligarte a hacer nada que tú no quieras.

—Aquí no es así —dijo con tristeza la niña mayor.

—En el país de la princesa, las mujeres pueden decidir lo que estudian. Si desean tener novio o irse a vivir solas. Por eso ella no aceptó las órdenes de su madre y se marchó con su prima, ya que la princesa Lola se quedó huérfana. Su mamá murió y estaba muy triste. Juntas se fueron unos días a la playa para que el principito no se sintiera desgraciado. Allí conoció a un príncipe escocés, guapísimo. —Se tapó la boca con teatralidad —. Pero no penséis que se acercó a él, no. Pues el príncipe solo veía a la princesa Lola. Sin embargo, ella no quería novio. Por eso Sara, hizo todo lo que pudo para que se conocieran. Al final Lola se fue a Inglaterra y su prima se marchó con ella. Por cosas del destino, la princesa Lola se encontró con el príncipe escocés, y

esta vez se casaron, y le pidieron a Sara que se quedara con ellos. Allí la princesa rehízo su vida, estudió e incluso hizo las paces con sus padres.

—¿No encontró un príncipe para ella? —La voz infantil de Laila le recordó lo ocurrido meses atrás. Sacudió la cabeza y enfrentó la mirada de la pequeña.

—Hubo un príncipe, pero no estaban destinados a estar juntos. Era muy controlador, y si la princesa Sara no permitió que sus padres lo fueran, no cedería ante un hombre, por muy príncipe que este fuese.

Abdullah estaba escuchando el cuento con interés. Se había quedado en el exterior del campo de visión de la muchacha mientras asimilaba lo que ella contaba. Recordó cuando la conoció, y en su interior se removió todo.

* * *

*Inverness, 15 meses antes*

Sara miró a Ken enfadada mientras recogía los últimos vasos que quedaban en la mesa. Lo hacía con tanto ímpetu que el aire se movía a su alrededor con violencia. El hombre se apartó divertido de su lado y la dejó descargar la rabia. Sabía que era temperamental, después de cinco años conociéndola, no se engañaba. Se apartó de ella y se acomodó en la barra mientras terminaba la pinta que le había puesto el dueño del *pub*.

—No sé qué le habrás dicho, pero no me gustaría estar en tu pellejo ahora —se mofó Damián.

—Lo peor de todo es que esto es culpa de Kylian MacLeod —se quejó Ken—, se ha metido en un problema y ahora Sara, no puede ir a su casa en una temporada.

—Deberías avisar al inspector Ferguson.

—Se lo dije, pero el muy cretino, dice que lo solucionará solo, que es mejor que durante un tiempo, Sara, no vaya a su casa.

—No me extraña que esté de mal humor la muchacha. —Rio el dueño del *pub* mientras metía los últimos vasos en el lavavajillas.

—Ya estoy. —Sara se quitó el mandil y se lo dio a Damián—. Vamos antes de que me arrepienta y salga en busca de tu amigo para darle una paliza.

—Creo que tendrás que ponerte a la cola, por lo que me dijo, tenía detrás de él a un grupo que quería hacer eso mismo. —Se carcajeó Ken.

—De verdad que no lo entiendo. Ahora que había encontrado una chica buena, dulce, además de ser una belleza, el muy capullo va y se mete en líos.

—Yo tampoco sé muy bien de qué va el asunto, solo me pidió que te avisara para que no fueras a tu casa, por si los que le buscan vuelven allí. He intentado hablar con él, pero no hay manera, tiene el móvil apagado.

Salieron del *pub* uno al lado del otro, la noche todavía era cálida a pesar de estar a mediados de septiembre. Los días se iban acortando con rapidez dejando atrás el sol del verano. Sara se puso la cazadora vaquera al sentir un escalofrío. Ken la abrazó con familiaridad mientras recorrían las calles silenciosas de Inverness.

—De todas formas, soy capaz de ir sola hasta tu casa. No necesito escolta —se quejó la muchacha.

—Órdenes de tu prima. Si no lo hago, esta noche duermo en el sofá. —Le guiñó un ojo y ella rio a carcajadas.

Al llegar a la casa abrió la puerta despacio intentando no hacer ruido. Dejó pasar a la muchacha y le señaló la escalera. Ella asintió y subió con los pies cansados. La alfombra amortiguaba su lento caminar y, aun así, el susurro de las pisadas hacía eco, y reverberaba con un rasgueo seco en el silencio de la noche. Ken subió detrás de ella y se despidió al entrar a su cuarto.

La luz de la luna se colaba por la ventana cerrada. Miró a su mujer dormida en el centro de la cama y sonrió. Estaba encogida abrazando su vientre que cada día era mayor. Un bulto hizo levantarse la tela del camisón y siguió ese movimiento con ansias. Deseaba que su hijo naciera ya, solo quedaban dos semanas y Lola estaba cada vez más pesada e irascible.

Se desvistió y se acostó junto a ella, la abrazó y el aroma de las flores invadió sus sentidos, haciendo que despertara en él un anhelo que no quería. Se obligó a relajarse y se dejó llevar por el sueño.

Sara se levantó temprano a pesar de haber trasnochado. Era habitual en ella, necesitaba pocas horas de sueño para descansar y más aún si no estaba en su cama. Cuando bajó a desayunar esperaba encontrarse sola en el comedor, pero se sorprendió al ver a Ken sentado con tranquilidad mientras leía el periódico.

—Buenos días, no esperaba encontrarte tan pronto aquí —saludó la muchacha acercándose al aparador a servirse un café.

—Tengo guardia en el hospital —se encogió de hombros—. Aprovechando que estás aquí, quiero pedirte un favor.

—Ya estabas tardando. —Arqueó una ceja por encima de la taza y bebió sin prestar atención.

—Hoy estoy esperando al cuñado de un amigo, tal vez te acuerdes de Sam Callaghan.

—Sé quién es, pero no recuerdo que viniera con nadie.

—Es inversor y viene a Inverness para valorar la situación del clan. —La miró a los ojos—. No quiero dejar sola a tu prima, por eso quería pedirte que lo acompañes en sus ratos libres y le muestres la ciudad.

—No hay problema, pero esta semana tengo turno de cierre en el *pub*. No tendré mucho tiempo.

—Hablé ayer con Damián y le pedí que te diera libre una semana.

—¿Y quién te crees que eres para hacer eso? Joder, mis días de asuntos propios quiero tomarlos cuando vaya de voluntaria. —Miró con rabia a Ken—. Debiste preguntarme primero.

—Lo siento, no pensé que te importara. Otras veces lo hemos hecho y …

—Y nada, cada vez que te tomas esas libertades tenemos la misma pelea.

—¿Qué ocurre? —Lola entró en el comedor con la mano en la cintura mientras su abultado vientre abría paso.

—Tu marido ha vuelto a disponer de mis horarios de trabajo como si fuese mi dueño. —Se levantó enfadada y tiró con rabia la servilleta sobre la mesa—. Me voy a correr, a ver si desfogo la mala leche que me provocas.

Sara salió del comedor y cerró la puerta de la calle con fuerza, haciendo encogerse a Ken en su asiento. Lola miró a su marido y se sentó junto a él.

—Lo siento. —Cogió su mano y la apretó con cariño.

—Deberías. Esa regañina tendría que ser para ti, después de todo solo he seguido tus órdenes. —Se incorporó y la besó en los labios.

—Lo sé, y no sabes cuánto te agradezco que lo hagas. A ti te hace caso, y mi tía y yo ya no tenemos forma de impedir que cometa esa locura.

—Es adulta y tarde o temprano se irá, por muchas estratagemas que hagáis para retenerla. —Ken se levantó y se ajustó la corbata.

—Si se enamorase, se olvidaría de esa obsesión por ir a trabajar a un campo de refugiados. Lástima que lo suyo con Kylian no funcionase.

—Mejor así, mira el lío en el que se ha metido ahora —contestó el hombre mientras se agachaba para besarla—. Me voy a trabajar. Si necesitas algo, avisa a Douglas.

—Lo sé, querido. —Puso los ojos en blanco al verlo marchar.

—¡Ah! Esta noche cenará con nosotros el cuñado de Sam, avisa a Agnes que no cocine nada de cerdo y que use aceite de oliva.

—Ya se lo dijimos ayer —chasqueó la lengua—. No te preocupes, todo está previsto.

Ken salió de casa y se fue al hospital a trabajar. No estaba tranquilo, a Lola le faltaban solo dos semanas para dar a luz, y en cualquier momento podría presentarse el bebé.

Sara respiraba con dificultad después de la carrera que se había dado. Se detuvo un momento para mirar el río Ness y recuperarse un poco, todavía estaba enfadada por lo que Ken había hecho. Pensó en ir a Damián y pedirle que cancelara la petición del MacRae, pero no quería provocar peleas entre él y su prima. Comenzó a caminar deprisa antes de volver a coger carrerilla y trotar con más rapidez.

Durante el regreso, decidió que no le pondría fácil las cosas a Ken, sacaría al hombre a mostrarle la ciudad, pero lo haría con tanta rapidez y desgana que su primo se lo pensaría bien antes de controlar otra vez su vida. Satisfecha con la decisión tomada, regresó a casa. Por suerte no había nadie en la entrada. Douglas, tan silencioso como siempre, le abrió la puerta y le dejó el paso libre. Aburrida después de ducharse, bajó en busca de su prima.

—¡Estás enorme! —Se carcajeó besándola en la mejilla.

—Gracias por recordarme algo tan obvio.

—De nada, guapa. —Rio descarada—. Por eso mismo no pienso tener hijos, solo de pensar en lo que tiene que doler la piel tan estirada, la pesadez… No sé cómo accediste a engendrar otro.

—Porque amo a mi marido, a mis hijos y quiero formar con él una familia.

—Pero ya tenéis dos niños, no hacía falta más. —Negó con la cabeza.

—Claudia es hija de su primera esposa, y Jaime… —Lola se calló.

—Lo siento, no pretendía recordarte… —abrazó a su prima —. ¿Quién traerá a los niños del colegio?

—Vienen con Mark. El muchacho tenía que buscar un encargo de Ken y los recoge a la vuelta.

—Sabiendo que estaría yo aquí podrías habérmelo pedido a mí.

—Lo sé, pero quería hablar contigo a solas. —Lola se acomodó en el sillón y movió las piernas que tenía en alto—. Esta noche, por favor, sé amable con el cuñado de Sam.

—Otra igual, ni que yo fuera una arpía que devoro a los hombres. —Hizo aspavientos con las manos y se giró hacia la ventana, no quería ver a su prima—. Me portaré bien. —Vio a Mark parar el vehículo ante la casa, y del coche salieron Claudia y Jaime—. ¡Qué mayores están ya!

—Sí, es una pena. ¡Cómo crecen! —Lola dejó escapar un suspiro—. Le he dicho a Ken, que pronto tendremos que espantar a los chicos que se acerquen a Claudia. Él se ríe, dice que su hija no será novia de ninguno hasta los cincuenta por lo menos.

—Eso es lo que él quisiera. Si supiera que la pequeña no está por la labor habría una batalla en casa.

—Calla, cuanto más tarde se entere, mejor.

Ambas mujeres rieron a carcajadas cuando se abrió la puerta del salón y entraron los niños discutiendo. Sara se acercó a ellos y los miró muy seria, hasta que ambos levantaron la cabeza y se olvidaron de su discusión, lanzándose a sus brazos con gritos de alegría.

# CAPÍTULO 28

Abdullah miró la entrada señorial de la casa donde había quedado con Kendrick MacRae, despidió el taxi y se arregló la ropa antes de llamar a la puerta. No es que estuviera nervioso, pero tenía una sensación extraña en el cuerpo y no acertaba a descubrir el porqué. Hacía muchos años que actuaba como inversor y nunca se sintió así, ni siquiera cuando comenzó con el despacho nuevo. Sus ojos grises no perdían ni un detalle de aquella casa de piedra pulida con los sillares regulares decorando la fachada renacentista. Llamó al timbre y le abrieron casi de inmediato. Sorprendido, se presentó ante el mayordomo que le invitó a entrar.

Se quedó en la entrada esperando otra indicación y escuchó el ruido de voces infantiles al fondo del pasillo. Sonriendo, asomó la cabeza para descubrir a los chiquillos en su juego. La vio venir hacia él, iba corriendo de espaldas, por lo que era imposible que lo esquivara. No le dio tiempo a hacer nada, la muchacha se le echó encima y cayeron ambos hacia atrás.

Abdullah intentó coger a la chica para que no se hiciera daño. Sin darse cuenta, sus manos se agarraron a la redondez de los inconfundibles pechos. Sorprendido por lo que tocaba, se quedó sin habla, haciendo que su cuerpo reaccionara a ese tacto femenino.

Sara estaba aturdida, no esperaba encontrarse con nadie en la entrada, así como tampoco pensó que caería en blando. El movimiento en sus pechos le hizo bajar la mirada y vio las grandes manos que la sujetaban. Su tacto le provocó calor primero, no obstante, después el enfado se apoderó de ella. Se removió inquieta, intentando apartarse de ese cuerpo que la sujetaba cuando escuchó una voz tan sensual, que la paralizó por unos segundos.

—Será mejor que no te muevas más si no quieres ponerme en evidencia delante de los niños —le dijo Abdullah sin ganas, pues, ese roce lo había excitado.

—¡Serás capullo!

Sara se incorporó con rapidez y sacudió el cuerpo como si hubiera caído en una fosa llena de polvo. Miró al hombre que se ponía en pie con cierta lentitud. Pensó que tal vez se había hecho daño en la caída y el diablillo que llevaba dentro sonrió. Se lo tenía merecido por sobón.

—Lo siento mucho, ha sido sin querer —dijo el hombre con un extraño acento inglés.

—Ya. —Se giró hacia los niños ignorándolo—. Chicos, creo que deberíamos regresar a la sala de juegos.

—¿Seguro que estás bien para seguir jugando? —Abdullah intentó que la muchacha se quedara un poco más con él.

—Estoy genial, después de todo caí sobre blando. —Le guiñó un ojo con osadía y se marchó con los niños antes de que él le respondiera.

Abdullah sonrió ante la descarada respuesta y dejó escapar una carcajada que la muchacha escuchó, aunque no quiso volver a mirarlo. Por su parte el hombre no perdía de vista el trasero respingón de ella y el suave ondular de sus caderas al caminar. Escuchó un carraspeo detrás de él y se volvió de inmediato.

—Bienvenido, amigo. —Ken le dio la mano y lo atrajo hacia su cuerpo para darle el abrazo de amistad que la situación requería.

—Lo siento, estaba distraído y no te vi llegar —se excusó.

—Lo sé. —Miró al hombre y se puso serio—. Es la prima de mi mujer, son como hermanas.

Te advierto de antemano, que es intocable para ti.

—No sé por qué dices eso —se quejó el árabe—, jamás se me ocurriría hacerle daño a una mujer —contestó ofendido.

—No es a eso a lo que me refiero, y lo sabes. Ten en cuenta que ella es de mi clan, y la defenderemos ante cualquiera. No está sola.

Abdullah asintió con la cabeza, un poco ofendido por la interpretación que había hecho el escocés de su interés. Decidió que no valía la pena iniciar una discusión, así que, aclaradas ambas posiciones, Ken le indicó al árabe que le siguiera hasta su despacho donde podrían hablar con tranquilidad y ultimar el negocio que los había unido.

Sara se asomó al girar y vio a Ken llevarse al desconocido a su despacho. No sabía lo que se traían entre manos, pero lo averiguaría en cuanto pillara a solas a su prima.

Dejó a los niños jugando y fue a buscar a Lola. La curiosidad le podía.

Entró en la biblioteca sabiendo que la encontraría allí y se sorprendió al verla subida sobre la escalera intentando alcanzar la parte alta de la librería. Esperó a que cogiera el volumen y se situó al pie para no asustarla. Cuando descendió, la sujetó de la cintura y la ayudó a bajar los últimos peldaños.

—Si te llega a ver, Ken te lleva a la cama y te ata para que no puedas volver a moverte —dijo enfadada la morena.

—Como está reunido con un inversor, dudo que pudiera verme —respondió Lola satisfecha —. Estoy embarazada, no inválida.

—Prima, estás casi de nueve meses, tu agilidad deja mucho que desear, y esa barriga te cambia el centro de gravedad. No es por eso, sabes que lo hacemos pensando en ti.

—Lo sé, Sara. —Le dio un beso cariñoso y se sentó en el sillón cerca de la ventana.

—¿Quién es ese inversor? —preguntó con cautela.

—Es el cuñado de Sam Callaghan —contestó mientras ponía los pies en alto acomodándose para leer.

—¿El hermano de Bel?, ¿el que nació en el harén?, ¿el que me pediste que fuera amable con él? —Lola asintió sin prestar atención a su prima—. No sabía que era inversor.

—Fue educado para hacerse cargo de las empresas de su familia. Aunque no se lleve bien con su hermano, dadas las circunstancias, es lógico que su carrera profesional la encauzara por este camino. Según me dijo Ken, es muy bueno. Mueve el dinero con maestría entre las bolsas y, además, posee instinto para reflotar empresas.

—¿Qué negocios tiene Ken?

—Sabes que, aunque no sea *laird*, debe ocuparse de que a su clan no le falte de nada, por ello está haciendo un gran esfuerzo para lanzar una marca de lana. Eso le dará a la gente de los alrededores del castillo un plus, que los animará a quedarse y trabajar las tierras. No quiere seguir perdiendo población. Por eso mandó llamar a Abdullah —se giró hacia su prima—. ¿Por qué preguntas tanto?

—Me lo he cruzado en la entrada. —Se dirigió a la librería y sacó un tomo al azar para esquivar su mirada.

—Dime que no le has hecho una trastada. —Lola se puso en pie y caminó a su lado.

—¿Yo? No hice nada —bajó la cabeza—, solo choqué con él. —Su prima la observó con una ceja levantada sin llegar a preguntar—. Está bien, lo tiré al suelo y caí encima de él, pero no se hizo daño. —Pensó en la sensación de sus manos sobre su pecho y sintió que se acaloraba—. Fui bastante amable con él, dadas las circunstancias.

Lola miró el reloj y cogió a su prima del codo para acompañarla. Fueron en busca de los

niños, que estaban ya cenando en la cocina y se relajaron mientras Claudia contaba anécdotas de clase. Jaime las miraba sonriente sin dejar de masticar. Ambas mujeres rieron con lo que decía la niña, y por un momento, se olvidaron de la cena que les esperaba.

—Vamos a cambiarnos para comer. —Lola le hizo señas a su prima, que la acompañó.

—Voy contigo, pero estoy bien así —contestó la joven sin apartar la mirada de la rubia.

—Unos vaqueros no son lo más adecuado para esta noche.

—Pues lo siento mucho, pero es lo que tengo de ropa y no voy a cambiarme —respondió con cabezonería.

—Bueno, al menos la camiseta es bonita. —Lola le guiñó un ojo y fue a su cuarto a vestirse.

Abdullah cogió la carpeta y ojeó los informes que le había preparado Ken. Por encima leyó la inversión en ganado y las previsiones de comercialización. Asintió al hombre y le estrechó la mano para despedirse.

—Comenzaré con un plan inicial sencillo y cuando alcancemos objetivos, moveremos las inversiones, y así daremos más fiabilidad a la empresa. Tengo que preparar bien el plan de negocio, pero no creo que tarde más de tres meses. A partir de ahí, volveremos a hablar.

—Gracias por todo y también por venir hasta aquí. Sé que no es lo habitual y te agradezco la deferencia.

—No te preocupes, así podré ver sobre el terreno las posibilidades que tiene la empresa, y el plan de trabajo e inversión será más fiable.

—De acuerdo, pues, vayamos a cenar.

Ken le señaló la puerta al árabe y juntos llegaron al salón. Al pasar por la entrada se encontraron con Lola que bajaba despacio las escaleras. A su lado, Sara cuidaba que no perdiera pie. Abdullah miró asombrado a la mujer rubia, pero de inmediato apartó los ojos para fijarse en la morena que la acompañaba.

Ambas tenían una estatura similar, aunque eran como la noche y el día. Una muy rubia, y la otra morena. Sus ojos se centraron en la mirada oscura de Sara y se perdió en la profundidad limpia que transmitía. Ken carraspeó antes de subir los tres peldaños que le separaban de su esposa.

—Cariño, deberías haberme esperado para bajar,

Le dio un beso en la frente y Sara lo miró embobada. Ken era todo lo que se podía desear de un hombre: alto, fuerte, guapo y dedicado a su familia. Solo tenía un «pero», a veces era algo mandón. Aunque se lo perdonaba después de ver lo mucho que quería a su prima.

—Si me permites. —Abdullah extendió la mano hacia Sara, sonriente.

—Gracias, puedo sola —ignoró la cortesía del árabe y bajó despacio. Al pasar a su lado el aroma de su colonia le hizo desear saborear esa piel aceitunada.

Consiguió controlarse y siguió el camino hacia el salón. Odiaba sentirse así, ningún hombre le había llegado a gustar tanto como para olvidarse del mundo, y este lo había conseguido en unos minutos.

No podía dejarse anular, y menos aún por un árabe.

Después de esa tensa escena se dirigieron al salón donde comieron sin ceremonias mientras los hombres hablaban del proyecto. Las muchachas discutían de lo ocurrido en Inglaterra con la muerte de Isabel II. Ambas coincidían en que el heredero carecía del carisma de su predecesora. Sara incluso llegó a compararlo con el Rey emérito de España y ambas rieron ante lo disparatado de dicha mofa.

La puerta se abrió y entraron Jaime y Claudia. La niña era una versión femenina de su padre, su pelo castaño brillaba con tonos rojizos y sus grandes ojos verdes miraban al invitado con

asombro. Jaime se acercó a su madre y la abrazó para poder cuchichear al oído.

—Claudia no quería perderse el conocer al amigo de papá. —Rio bajito por el secreto que le había contado.

—Abdullah, estos son mis hijos Claudia y Jaime —los presentó Ken, atrayendo a su pequeña a su regazo.

—Una preciosidad, tu niña. Tendrás que espantar a los chavales de tu puerta —dijo con simpatía el árabe y sonrió al ver enrojecer a Claudia.

—No se atreverán —sentenció MacRae.

—No, porque yo los echaré antes —contestó con confianza el pequeño.

—Entonces no tendré que intervenir yo. —Le guiñó un ojo al niño y miró a Sara, que presenciaba muda el intercambio de halagos —¿Tú necesitas que te espante a los admiradores? —preguntó Abdullah con descaro a la muchacha.

—No, eso lo sé hacer yo solita —respondió con chulería y se levantó de la mesa—. Si me disculpáis, yo también me voy a retirar.

—Sara —Ken se puso en pie con rapidez—, había pensado que tal vez podrías acompañar a mi invitado a tomar una copa —miró a su mujer—. No me gustaría dejarla sola.

—No es necesario. —Abdullah se incorporó también—. No bebo alcohol.

—Pues no sabes lo que te pierdes. —Chasqueó la lengua y se encogió de hombros al dar por terminada la conversación.

—Quería que conociera un poco la vida nocturna, así podrá añadir esa información a su documentación. —Miró con una súplica en los ojos a Sara—. Por favor.

—Está bien, iré con él al *pub*. Aunque no sé para qué, si no bebe.

—Puedo tomar otra cosa. —Sonrió ante el mal humor de la muchacha.

—De acuerdo, en cuanto acabemos la cena, te hará de guía por Inverness. —Le dio un beso a los niños, que partieron corriendo del salón después de despedirse de todos.

Llegado el momento de salir, Sara se perdió para ir a su habitación a por una chaqueta. Al abandonar su cuarto, se encontró a Lola que la esperaba. Cogió a su prima del codo y se dirigió a su propio dormitorio.

—Abdullah te come con la mirada. Ten mucho cuidado y recuerda que, aunque sea el cuñado de Sam, sigue siendo un hombre. No te dejes engañar por lo meloso de sus palabras.

—Prima, que no soy una niña, sé defenderme sola. Por si no lo recuerdas, ningún machito aguanta mis asaltos. —Se carcajeó la morena mientras permitía a su prima entrar—. ¿Necesitas ayuda?

—No te preocupes, Ken vendrá enseguida. Ahora vete y ya sabes, no te dejes impresionar.

—Lo haré. —Le dio un beso y salió del cuarto.

Desde lo alto de las escaleras se escuchaba a los hombres hablar bajito, y se detuvo un momento intentando oír.

—Confío en ti, espero que no tenga que arrepentirme. —Ken se acercó más a su oreja—. Ella es como mi hermana, tenlo en cuenta antes de hacer nada.

—Lo sé, ya me advertiste. Y desde ya te digo, que es mayor para saber cómo actuar.

Ambos hombres se retaron con la mirada. Ken tenía dudas en dejar a su prima en manos del árabe y Abdullah, no comprendía tanta protección con la muchacha. Ni que él fuera un violador. El ruido de unos pasos en lo alto de la escalera los distrajo de su enfrentamiento.

# CAPÍTULO 29

Sara señaló la puerta del *pub* donde trabajaba y caminó con decisión hacia allí. El hombre a su lado intentó retenerla, más ella consiguió llegar antes de que lo lograra. Al entrar, el ruido de las conversaciones inundó la sala llena de algarabía. La muchacha sonrió al camarero que levantó una ceja al verla entrar. Se acercó con calma y la abrazó como si llevara meses sin saludarla.

—Hola, Coleen. Lamento que tengas que hacer mis turnos. —Cogió su cara entre las manos y le dio un pico en los labios.

—Bueno, con un agradecimiento así, merece la pena doblar turno. —Se carcajeó hasta que descubrió al hombre detrás de la muchacha, su cara demostraba todo el enfado de un novio o pareja. Al principio se sintió intimidado, hasta que ella lo sacó de su error.

—Te presento a Abdullah, es un inversor que ha traído Ken. —Se acercó para hablarle al oído—. Tengo que hacer de niñera.

Ambos estallaron a carcajadas ante la incredulidad del árabe que se sentía herido por tanta camaradería entre la mujer y el camarero. Intentó controlarse, pero no podía, algo en su interior le decía que debía intervenir y separarlos. Enfadado se pegó tanto a Sara como pudo, y la atrajo hacia él.

—Hola, encantado de saludarle. —Miró al hombre con enojo

—. ¿Y usted es?

—Coleen, compañero de esta pícara. —Le guiñó un ojo a Sara —. Sentaos en aquella esquina, podréis hablar más tranquilos.

—Gracias.

Abdullah cogió la mano de ella y la obligó a moverse hacia donde había señalado el camarero. Sin mucha ceremonia le apartó la silla y esperó a que se sentara. Él, por el contrario, se acomodó en el banco corrido que había pegado a la pared.

—¿Qué quieres tomar? —Sara fue a levantarse, pero él se lo impidió.

—Mejor voy yo, no deseo que te entretengan con asuntos laborales —le dijo serio y se acercó a la barra antes de que ella pudiera hacer nada—. Ponme un refresco de cola y… —Se giró hacia su acompañante, al darse cuenta de que no le había preguntado lo que quería beber. El camarero, al comprender su pasividad, sacó una botella de Guinness y se la puso junto con un vaso.

—A Sara le gusta la cerveza. —Le hizo un mohín con la cabeza y señaló a su compañera.

—Gracias, Coleen. —Más relajado volvió a la mesa con su refresco y la cerveza.

Cuando se sentó, miró a la muchacha sin saber bien qué decir. Ella le dio un largo trago a su birra, y nerviosa por estar observándola, decidió otear el local. Todavía quedaban varios parroquianos que apuraban sus bebidas con tranquilidad. Frente a ella descubrió a Marcus Mackenzie, le sonrió e iba a apartar la mirada, cuando se dio cuenta de lo que hacía.

—¡Será cerdo! —Se giró en busca de su compañero, pero había ido al almacén y solo estaba Loreta tras la barra.

—¿Qué ocurre? —preguntó Abdullah intrigado.

—Ese —señaló a Marcus—, está haciendo *slime* con los mocos, el muy guarro. —Sacó la lengua como si fuera a vomitar.

—¿S*lime?* —preguntó aún más intrigado.

—Sí, mira. Estira el moco y lo recoge, parece un niño jugando con *slime.* —Sara vio a su compañero que regresaba. Con decisión se puso en pie y el árabe con ella, intentando contener la risa que la situación le provocaba—. Coleen, ya sé quién es el de los mocos —dijo sin bajar la voz, y Loreta se acercó a ellos de inmediato—. Acabo de ver a Marcus Mackenzie haciendo *slime* con los mocos.

Abdullah no pudo contenerse más y estalló en sonoras carcajadas ante la ofuscación de la muchacha. Coleen y Loreta lo siguieron, provocando las miradas de todos los que se encontraban en el local.

—Nunca había escuchado esa forma de referirse a… —El árabe continuó riendo, contagiando así a los dos camareros que lloraban de risa.

—Vosotros reíros, pero es él, y le voy a hacer tragarse sus mocos —Fue a dirigirse hacia la mesa del susodicho cuando la agarraron por la espalda.

—Tranquila, yo me ocupo. —Riendo, Coleen se acercó donde estaba Mackenzie y le dio unos golpecitos en el hombro.

—¿Qué pasa? —Se giró molesto por la interrupción.

—¿Nadie te ha dicho que es asqueroso eso que haces? —Coleen señaló a la masa verde con la que jugaba entre los dedos.

—Déjame en paz —gruñó el parroquiano y se giró de nuevo para ignorar al camarero.

—Será cerdo, encima se hace el loco. —Miró a su compañero que negó con la cabeza.

Todo ocurrió muy deprisa, Coleen agarró a Marcus por el cuello de la camisa y tiró de él hasta ponerlo en pie. Sin contemplaciones, lo arrastró hacia la puerta y lo empujó fuera sin ningún problema. Todos en el local se levantaron para aplaudir el gesto, provocando que el agredido se sintiera aún más insultado. Quiso volver a entrar y empujó al camarero, que sin decir palabra alguna lo obligó a retroceder hasta quedar en medio de la calle.

—En el *pub* tenemos reservado el derecho de admisión, te aconsejo que te busques otro local donde hacer tus guarrerías.

—¡Yo no he hecho nada! Voy a quejarme a Guilligan y te despedirá —gritó Marcus enfadado.

—¿Cómo que no? Llevamos semanas limpiando mocos en las mesas y vasos del *pub. Además,* te he observado jugando con ellos imitando el *slime.* Es lo más asqueroso que he visto nunca —contestó Sara haciendo un gesto de náusea.

—Yo no he sido —se defendió el hombre enrojecido por el enfado.

Coleen se acercó a él y le levantó el brazo derecho, en la mano todavía quedaban restos verdosos que provocaron las arcadas de unos curiosos y la hilaridad de otros. Avergonzado se soltó del agarre y miró con furia a Sara. No llegó a decir nada porque Abdullah se plantó delante de él, y lo observó con rabia.

—Vamos, se acabó la diversión.

Coleen cogió a Sara por el hombro y le indicó que entrara, pasando por alto la mirada fría que le dedicó el árabe. En el interior se volvieron a sentar cada cual en su lugar y las risas regresaron al local. Abdullah miraba enfadado al camarero que trataba con tanta familiaridad a la muchacha. No sabía lo que ocurría, nunca se había sentido así. Le costaba contener el genio y se obligaba a ello apretando los dientes.

Sara se disculpó con su compañero y fue al servicio. Giró al pequeño pasillo que conducía a los lavabos y se refugió tras la puerta. Sonrió para sí misma al recordar la situación con Mackenzie, pero sobre todo sentía crecer en su interior una sensación extraña al ver cómo su

acompañante tenía que controlarse. Los dientes apretados y la expresión de enfado mal escondida le producían un placer inusual.

Mientras se lavaba las manos, observó su imagen en el espejo. Tenía ojeras y el pelo algo revuelto por no haberse peinado antes de salir de casa. Maldijo para sus adentros al ver que su aspecto dejaba bastante que desear.

La puerta se abrió con fuerza chocando contra el muro y provocó un susto en Sara que se volvió de inmediato. Al ver al hombre en el vano sintió primero miedo, luego satisfacción y por último enfado. Todo ello en pocos segundos.

Sacudió las manos y se acercó con chulería al visitante inesperado.

—Por si no sabes leer o estás ciego, los servicios de caballeros están al otro lado. —Señaló la puerta con el hombrecillo en el centro bajo las letras de la puerta del cuarto de baño.

—Lo sé, pero antes quería aclarar algo contigo. —Entró al lavabo y cerró tras de sí, echando el pestillo.

Sara miró sorprendida lo que hacía y se enfadó aún más. Nunca nadie la había acorralado así y menos en un aseo público. Sin miedo se acercó al hombre para dejar bien clara su oposición a esta situación. Antes de que ella pudiera hacer nada, Abdullah le puso un dedo en los labios y la atrajo hacia su cuerpo.

—No sé qué me está ocurriendo contigo, nunca había pasado por tantos estados diferentes por una mujer, y antes de que digas algo que lo estropee, déjame aclararte lo que estoy contando. No voy a forzarte, no haré nada que tú no quieras. Entre nosotros hay una chispa que no logro controlar, y mientras decidimos el camino que queremos seguir, permite que sea yo solo quien reciba tus abrazos, tus sonrisas, y si puede ser, tus besos.

Se apartó de la muchacha sabiendo que la había dejado sin palabras. Con la certeza de que, si aceptaba, tendría que hacer un gran esfuerzo por mantener las manos apartadas de ella. Dejó caer la frente sobre la de Sara y aspiró su aroma, parecía un hambriento ante una olla con comida. Cuando se apartó, la miró a los ojos a la espera de una respuesta positiva.

Sara se quedó sin palabras, nunca nadie le había hecho semejante declaración, ni siquiera Kylian. Tal vez por eso su relación tardó tan poco tiempo en enfriarse.

Miró al hombre que en unas horas estaba revolucionando su vida y supo que tenía razón. No sabía lo que había entre ambos, pero la aventurera que llevaba dentro, se decidió a averiguarlo.

—Está bien, iremos poco a poco.

Abdullah sintió que su cuerpo se relajaba y dejó escapar el aire satisfecho. Pasó el dedo por la mejilla de ella y sonrió al percibir su movimiento involuntario. Supo en ese instante que Sara sentía lo mismo y se arriesgó. La acercó tanto a su cuerpo que ni el aire se filtraba entre ellos. Con la mirada perdida en sus oscuros ojos se inclinó hacia la muchacha y sus labios se unieron con exquisita suavidad. Una corriente eléctrica sacudió sus cuerpos que les provocó un ansia mal contenida mientras se dejaban llevar por la pasión.

Los golpes en la puerta rompieron el hechizo y se apartaron acalorados, cada uno con una idea en la cabeza y, sin embargo, la misma sensación de pérdida. Sara destrabó el pestillo y salió de allí antes de que le dijera nada Abdullah. Loreta se quedó con la mano levantada para volver a llamar, sorprendida al ver a su compañera y al hombre que la persiguió sin ninguna vergüenza.

En la calle esperó a que saliera Abdullah mientras el fresco de la noche enfriaba sus mejillas. Alzó la mirada al cielo para contemplar la luna con un espectacular tono rojizo a su alrededor, no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido en el interior. Con su habitual valentía, se volvió al escuchar la puerta del *pub* golpear al cerrarse. Extendió la mano hacia el hombre y sintió la suavidad de sus grandes dedos, cubrir y aprisionar los suyos.

—Tengo que volver a casa —dijo sin mirarlo a los ojos.

—Te acompaño. —Sonrió satisfecho—. Necesito refrescarme un poco.

Cogidos de la mano pasearon por la calle. La luna fue testigo de sus palabras silenciosas mientras sus cuerpos clamaban por una cercanía que los aliviara. Ella comenzó a contarle de su vida en España, y cómo llegó a Escocia. Él la escuchaba con atención, absorbiendo cada gesto que se le escapaba. Después de media hora paseando y hablando de ellos, de quiénes eran y sus objetivos en la vida, regresaron a la casa de los MacRae. Sara subió el primer peldaño y se detuvo a mirar a su acompañante.

Abdullah sintió que el deseo de ella era el mismo que recorría su interior, prendiendo fuego a su sangre y licuando sus sentimientos a flor de piel. Se acercó a Sara, que estaba casi a su altura, al estar subida en un escalón, y posó los labios con suavidad sobre los de ella. Quería dar un pequeño beso de despedida, mas no lo consiguió. La boca de la muchacha se abrió, y esa fue su perdición. Miles de estrellas volaban a su alrededor, aunque sabía que no podía ser así, que todo eran imaginaciones. En su interior el fuego hacía hervir su sangre y sentía que ambos estaban en el mismo trance.

Se apartó con desgana de Sara y se despidió besando su frente con un gesto cariñoso que le calentó el alma.

—Mañana te veo —dijo con voz ronca mientras se apartaba de ella marchándose calle abajo.

# CAPÍTULO 30

*Carretera de Saladino, 7 de noviembre de 2023*

Nunca supo cómo ocurrió, ya que su relación pareció empezar mal, para después convertirlos en uno. Y ahora estaban más alejados que nunca. Abdullah escuchó el cuento que les narraba a las pequeñas, y tuvo ganas de entrar a interrumpirla.

Quería decirle que todo saldría bien, si ella se olvidaba de sus sueños locos y aceptaba de una vez lo que había entre ellos.

El silencio en el interior del tubo de hormigón se hizo tan de repente, que el árabe se asomó para ver lo que ocurría. La imagen que descubrió le rompió el alma, pero a la vez supo que todo iría bien, pues la tenía a su lado y ya nada los separaría. Sara estaba abrazada a las niñas, parecían una pelota de brazos y piernas. Observó su cara donde se reflejaba el dulce sueño que las embargaba y supo que nada importaba ya, solo saber que estaba a salvo con él, era suficiente.

Sara se movió inquieta, el peso de la niña en su torso no le permitía voltearse. Con cuidado dejó a la más pequeña en el hueco que hizo al incorporarse un poco, y cuando la tuvo acomodada se levantó para estirar los brazos y las piernas. Sintió en la nuca la mirada de alguien y se dio la vuelta asustada. Al principio no lo reconoció, su silueta iluminada por el escaso resplandor de la luna se recortaba en la entrada. Allí, de pie, con las piernas abiertas y los brazos en jarras, parecía una amenaza tangible. Un leve movimiento de su cabeza hizo que la luz iluminara parte de sus rasgos. Sara se tapó la boca con la mano, conteniendo un grito de sorpresa. Unos segundos después saltó en pos del hombre y se abrazó a su cuerpo mientras lloraba.

—Shh, ya está princesa. Todo va a ir bien. —Abdullah sintió que el corazón se le salía del pecho. Nunca imaginó que su reencuentro sería así.

Sara se apartó de él al escuchar sus palabras. De pronto, la realidad la hizo volver y miles de preguntas saturaron su mente. Lo había extrañado mucho. A veces dudaba, de si en su momento, tomó la decisión correcta.

Él la avisó de que no debía venir a la Franja. Nunca le dio explicaciones y supuso que era por su afán controlador y machista, por lo que esa discusión abrió una grieta entre ellos que acabó separándolos. Él se marchó a su casa en Inglaterra y ella continuó con su vida.

Cuando Pablo le dijo que iría de corresponsal a la Franja de Gaza, no se lo pensó dos veces, lo acompañó como personal docente de la UNRWA.

Miró al hombre que amaba y que, sin embargo, abandonó, solo para demostrar que no tenía poder sobre ella. Abdullah cogió su mano y se la llevó al corazón. Sus ojos se encontraron en la oscuridad sin que el terror de lo vivido hasta ahora consiguiera desviarlos de su decisión.

El chispazo llegó de improviso como siempre. Energía pura recorriendo sus cuerpos famélicos de contacto. Los labios del hombre se posaron sobre los de ella y el tiempo dejó de existir. Nada importaba salvo ellos y su reencuentro.

Sara se apartó a desgana y apretó la mano de Abdullah. Sentir su calor irradiándose por su piel fue todo lo que necesitó para darse cuenta de que no era un sueño. Él estaba allí, la localizó en medio de una guerra y ella ni siquiera se lo pidió.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo has conseguido pasar? —El hombre

la silenció poniendo un dedo en sus labios.

—Ken me lo dijo, y antes de que digas nada, lo sabe. No todo, pero lo suficiente para ponerme al corriente de tu última correría.

—No es una aventura —respondió indignada—, siempre he querido ayudar a los más desfavorecidos. Cuando se me presentó esta oportunidad no pude dejarla pasar.

—Sara, hay muchas formas en que una educadora puede ayudar, sin necesidad de poner en riesgo su vida.

—Sigues sin comprenderme. Esto no es solo por mí, es por los niños. Quiero aportar mi granito de arena para que tengan un futuro mejor. Eso es lo que les doy: cultura, educación que evite que la pobreza no se cebe en ellos. La vida es muy difícil, pero si no tienes estudios se vuelve mucho más dura, y al final acaban cayendo en radicalismos o miserias de las que es casi imposible salir.

—Te entiendo, claro que lo hago, pero podrías haberlo hecho en Inverness, en Londres o en cualquier ciudad del mundo, y no en una zona tan inestable como es la Franja.

—Yo no sabía que cometerían un atentado tan brutal y que Israel respondería con tanta saña. —Miró al hombre que apartó la cabeza y comprendió—. ¡Tú lo sabías! Por eso insistías para que no viniese. —Se separó de él enfadada y le golpeó en el pecho, aunque eso no le provocó más que un ligero movimiento.

—No lo conocía, al menos no tenía la certeza —le cogió las manos para que no le golpeara más—. Siempre recibo información que puede afectar a mis negocios. Además, te recuerdo que mi hermano es un jeque de Arabia Saudí.

—Podrías haber impedido que algo así ocurriera —dijo llorando.

—Nadie podía. Si ni siquiera el Mossad quiso hacerlo. ¿Quién te crees que soy yo para eso? Sabía que se estaba fraguando algo importante, pero no la magnitud de su alcance.

—¿Cómo has conseguido entrar? Las fronteras están cerradas. No dejan pasar ni la ayuda humanitaria y, sin embargo…

—He pedido favores, me he endeudado con otros. —Se encogió de hombros—. Lo cierto es que nunca pensé que me metería en algo así, pero al enterarme de que estabas en peligro, no lo dudé.

—¿Por qué? —preguntó en un susurro, ansiando y temiendo su respuesta.

—Ya lo sabes, te lo dije al poco de conocernos. A tu lado siento la chispa que necesito para ser feliz. Eres la mitad que me falta. Aunque a veces me matas con tu terquedad y ese temperamento español, que lo complica todo cuando menos me lo espero.

—Ya te lo dije. No voy a cambiar por nada ni por nadie, si me quieres será tal y como soy —lo amonestó apartándose de él—. Yo soy así, y si lo haces en algo, ya no seré yo. Puede que entonces dejes de quererme —terminó en un susurro.

Sara miró las estrellas en el cielo, surcaban el aire igual que unas horas antes lo hicieron los misiles y drones que les apartaron del camino. No se dio cuenta cuando salieron del tubo, pese a ello estaban cerca, lo suficiente para escuchar a las niñas si algo les ocurría. Pensó que su vida se complicaba por momentos, dado que ahora, además, tendría que sacarlo a él de allí.

Entonces se dio cuenta de que todo era diferente, de que ya no estaban solas, y los contactos de Abdullah podrían ayudarlas.

—No espero que cambies, y si lo haces, estoy seguro de que te amaré igual o más, porque ambos evolucionamos. Esto que tenemos no puede acabar por un berrinche. Además, Kendrick no me perdonará si no hago algo para sacarte de aquí. —intentó acercarla a él, pero fue en vano.

—¿Por eso has venido a buscarme? —preguntó desilusionada —, ¿por qué temes las

repercusiones de no ayudar a mi primo?

—No. —La cogió por los hombros obligándola a mirarlo—. He venido porque te amo. Porque eres la mujer que elegí, la mitad que me falta. Si tú no estás a mi lado, no merece la pena vivir. No quiero una existencia gris, lo que deseo es estar contigo, tener hijos, escuchar tus risas. —Se acercó a sus labios sin rozarla—. Incluso tu irreverente sentido del humor se me ha hecho imprescindible.

Abdullah vio venir a Álex y levantó la mano para detenerlo. Todavía no había aclarado todo con Sara, necesitaba un poco más de tiempo a solas con ella y eso es lo que pedía. Su padrastro se alejó antes de que la muchacha se diera cuenta de su presencia.

El árabe se sentó apoyando su espalda contra uno de los carros que quedaron abandonados en el camino. Tiró de las manos de la muchacha hasta que se sentó entre sus piernas. Al principio el silencio guio sus pasos. Después todo fue sencillo, recuperaron la familiaridad que habían perdido meses atrás.

—Te extrañé mucho. Mil veces quise llamarte, pero al final me pudo mi temperamento. —Levantó la cabeza hacia él—. Creo que en eso puede que tengas razón. —Se le escapó una risita.

—¡Vaya! Esto sí que es todo un logro. —Rio guiñándole un ojo —. Hemos dado un gran paso.

—¿Tú crees? —se acomodó en sus brazos—. Puede que yo tenga temperamento, pero tu genio no le va a la zaga.

—En eso te doy la razón. Es algo que siempre me han dicho, y nunca le di importancia hasta que te conocí.

—¿Por qué?

—Supongo que cuando vi el efecto que me producían tus cabezonerías, no me percaté de que yo hacía algo similar.

—Lástima que no tenga batería y poder grabarte, esta declaración sería todo un hito para quien te conoce.

—Ni se te ocurra contarlo. Espero que esto sea un secreto entre tú y yo. —Sonrió satisfecho al dejarla sin habla—. Además, si lo divulgas, negaré haber dicho jamás semejante disparate.

—Podemos hacer un trato, tú te olvidas de mi temperamento y yo de tu genio.

—Ya lo hago. En cuanto te apartas de mí, solo puedo pensar en tu sonrisa, en tus ojos llenos de pasión y en tu cuerpo que me vuelve loco —contestó con sinceridad.

—Mmm… eso tendremos que aclararlo cuando esté más despejada. —Bostezó y cerró los ojos un momento.

Sara pensó en lo fácil que le resultaba hablar con él. Aunque no se habían visto desde el mes de agosto en que todo estalló y se separaron de malos modos, parecía que entre ellos no había ocurrido nada. Su aroma mezcla de tierra caliente, sudor y especias, la envolvió y le trajo recuerdos que calmaron su espíritu hasta que al final se quedó dormida.

Abdullah se dio cuenta de que ella no hablaba y se inclinó para ver su cara. Se sorprendió al ver sus ojos cerrados y el suave crepitar de su respiración pareja. La oscuridad bajo sus pestañas delataba el hambre y el sueño que había padecido, y se maldijo otra vez por no estar más pendiente de ella e impedir esta locura. Solo una cosa lo calmaba, tenerla entre sus brazos era todo lo que necesitaba para sentir la paz que precisaba su espíritu.

Besó su cabeza y cerró los ojos, tenía que descansar un momento. Solo serían unos minutos, sabía que Álex estaba cerca y no dejaría que nada les sucediera.

Con esa tranquilidad se abandonó al sueño.

# CAPÍTULO 31

Jamal no podía creer su suerte. Habían tenido que refugiarse de los disparos de los drones en ese tubo de hormigón. No se dio cuenta de quienes estaban allí escondidos hasta que escuchó hablar en inglés. Con disimulo se asomó para comprobar quién conversaba en esa lengua y, a pesar de la oscuridad la reconoció. Era la europea, estaba disfrazada como una mujer palestina, pero era ella. Tenía ganas de saltar por encima de todos los que se interponían en su camino, llegar a su lado, golpearla hasta dejarla sin sentido y llevarse a las niñas. Solo la mano de su amigo Akran en el brazo lo retuvo.

Se acomodaron al fondo del refugio mientras las voces infantiles interrumpían a la mujer en su narración. Cuando llegó el silencio, esperaron unos minutos antes de hacer ningún movimiento. Al incorporarse, vio al hombre en la entrada del tubo, lo que no imaginó fue que la mujer se lanzara a sus brazos con tanta espontaneidad. Maldijo para sus adentros y le pidió a su amigo que aguantara unos minutos antes de intervenir. Por nada del mundo quería perder de nuevo a su presa.

La suerte quiso que la mujer saliera con el hombre del refugio. Tenía vía libre para recuperar lo que era suyo. Se llevaría a las niñas y con eso pondría en marcha su ambicioso plan para conseguir ser uno de los jefes de la brigada.

Salieron por la entrada que tenían cerca y bordearon el refugio despacio, intentando no hacer ruido y alarmar a los refugiados del interior.

La noche se había quedado en una calma total, incluso se escuchaban movimientos arrastrados, con toda seguridad de alimañas en busca de alimento. El murmullo de la conversación le ayudó a ubicar a la pareja, que ajena a su presencia, se había sentado cerca, pero no lo bastante para percatarse de lo que ocurriría. Se quedaron al acecho hasta que se dieron cuenta de que se habían dormido, al menos eso pensaron por la falta de diálogo y el suave murmullo de respiraciones que les llegaba.

Jamal entró en el refugio cerca de donde se encontraban las niñas y las observó, pensando en la mejor forma de hacerse con ellas. Era fundamental que no hicieran ruido, no podían alarmar a la mujer. Menos ahora que parecía tener el apoyo de un hombre.

La idea se le ocurrió de inmediato. Se acercó a su compañero y le explicó el plan que se le había ocurrido para llevárselas.

—Tú coge a las pequeñas, tápales la boca antes de que puedan dar la voz de alarma. Yo me haré cargo de la mayor —le susurró a su amigo que asintió de inmediato.

Mariam se despertó al sentir la mano en su boca. Después notó el olor a sudor y maldad. Intentó girarse para ver a su agresor a pesar del miedo que recorría su cuerpo. No pudo contener su esfínter y se le escapó la orina al mismo tiempo que un jadeo.

—Escúchame bien, niña —dijo junto a su oído Jamal—. Vas a venir con nosotros sin hacer ruido y tranquila. De lo contrario, acabaré con vosotras sin dudarlo. ¿Has comprendido? —Notó el movimiento afirmativo de la niña y sonrió satisfecho.

Jamal cogió a una de las pequeñas que lloriqueaba, por suerte su mano impedía que se escuchara nada. Akran lo siguió con la otra. Le indicaron a la mayor que saliera y fueron tras ella. Mirando hacia atrás por si los seguían, comenzaron a caminar de vuelta a Gaza. Allí tenían

su campamento base, por lo que debían volver a su sección si no querían llamar la atención, y que se hicieran preguntas incómodas.

La noche oscura cubría sus pasos, la maldad florecía auspiciada por el dolor que la rodeaba. Las niñas lloraban en silencio sin apartar la mirada de su hermana, que caminaba ahogando el grito que pugnaba por salir. Los dos hombres andaban deprisa, pero sabían que no era suficiente para poner distancia entre la mujer y ellos. Necesitaban con urgencia un medio de transporte que los acercara a su destino.

Más adelante, Jamal distinguió a lo lejos un pequeño carro, todavía tenía enganchado el esquelético mulo que pastaba tranquilo en los arbustos junto al camino. Le dio un pequeño empujón a su amigo y señaló su objetivo, sonriendo. Ambos se miraron orgullosos de su proeza y corrieron apresurados hacia su meta. Mariam los persiguió pensando que la iban a abandonar llevándose a sus hermanas.

—Conduce tú, yo hablaré con mis sobrinas —dijo mirando a la niña mayor que luchaba por recuperar el aliento.

—Está bien, pero no te duermas. Si se escapan no tendremos una segunda oportunidad, y en cuanto se den cuenta de que nos las hemos llevado, seguro que nos perseguirán.

—Lo sé, por eso debemos intentar poner la mayor distancia entre ellos y nosotros. Tenemos que llegar a los túneles antes de que nos alcancen —sonrió con malicia—. No creo que se atrevan a meterse en nuestro territorio.

—Eso espero, porque este asunto se ha alargado demasiado —gruñó Akran en voz baja.

Los dos hombres miraban ansiosos el camino y cada uno por un motivo. Jamal vigilaba el terreno que dejaban atrás en busca de unos perseguidores que no sabía bien cómo enfrentar, mientras que su compañero no perdía de vista el camino que había delante de él. Ambos estaban sumergidos en sus propios pensamientos y anhelos.

Mariam abrazaba a sus hermanas consolándolas. La pequeña Zahra se chupaba el dedo con desesperación y tenía los ojos cerrados con fuerza. Parecía que no quería ver lo que le rodeaba. Por el contrario, Laila, se aferraba a ella con vigor. Había conseguido controlar el llanto, aunque de vez en cuando se le escapaban hipidos de pesar, y de sus ojos nunca dejaban de brotar lágrimas.

Jamal se giró al escuchar de nuevo el silencioso lloriqueo de la niña y la agarró del pie que tenía más cerca. Lo hizo con brutalidad mal contenida, pensando que el dolor haría reaccionar a la pequeña, pero con la confianza que le daba saber, que tenía el poder de hacerla callar para siempre.

—¡Cállate ya de una vez! —dijo con voz amenazadora, luego miró a la niña mayor—. Haz que se quede en silencio, si no quieres que lo haga yo.

—Está asustada, solo tiene cuatro años —defendió Mariam a su hermana.

—No lo diré otra vez.

Jamal volvió a tomar la posición en el carro y ajustó su AK 47 acariciándolo. De reojo vio a la niña contener el aliento y apretar a sus hermanas contra ella. Sonrió satisfecho al comprobar que la mocosa seguía teniéndole miedo. Era fundamental para controlarla y si lo hacía con la mayor, las pequeñas no serían problema. Pensó en la entrada triunfal que tendría en el campamento y sonrió, ya que todos sus deseos y anhelos de futuro estaban a punto de cumplirse. Por fin conseguiría la posición y el respeto por el que tanto había luchado. Solo lamentaba que sus padres no estuvieran vivos para celebrar con él sus éxitos.

Las horas pasaban y el resplandor en el cielo anunciaba que el sol estaba a punto de hacer su aparición. Los tonos rojizos del alba teñían la tierra ya roja de sangre. El paso del mulo se había

lentificado sin que ambos milicianos se dieran cuenta. Solo al percatarse de dónde se encontraban, Akran notó que el animal cabeceaba.

—Jamal, tenemos que parar y dejar descansar al burro. No puede más —informó Akran a su compañero.

—No podemos detenernos ahora, estamos muy cerca.

—Si no lo hacemos, tendremos que terminar el camino a pie.

Miró a su alrededor buscando refugio. Habían pasado el campamento de Shati hacía unas horas y en las cercanías, no se distinguía construcción alguna que los cobijara.

—Sal de la carretera en dirección a la costa —dijo señalando.

Akran guio al animal hacia donde le indicaba su compañero, temía que el mulo no respondiera y cayera agotado. En voz muy baja comenzó una letanía, rogando a Alá que les permitiera encontrar ese refugio que tanto necesitaban. Conforme el día se aclaraba y el color rojo del amanecer se perdía en pos del azul, se comenzó a ver en el horizonte las construcciones de una ciudad.

Jamal se arrodilló en el carro para otear mejor el paisaje. Sus ojos captaron de inmediato las pequeñas construcciones medio derruidas y llamó la atención de su compañero para que se dirigiera hacia allí.

El animal con paso cansado obedeció la orden y se acercó al refugio que ofrecía la pared de ladrillo tosco. Al otro lado, una techumbre de uralita generaba algo de sombra sobre el suelo árido.

Descendieron con prisa y obligaron a las niñas a seguirlos hasta la esquina más alejada de la calle. Akran soltó al mulo de las traviesas del carro, le frotó el lomo mientras le susurraba palabras de agradecimiento por haberlos llevado hasta allí. El animal al verse libre buscó a su alrededor y soltó un rebuzno que asustó a las niñas.

Mariam abrazó a sus hermanas y contuvo el aliento mientras observaba a los hombres inspeccionar los restos de la construcción y los alrededores. Pensaba que las dejarían tranquilas, así que se relajó, pero su tío la arrastró haciendo gritar a las pequeñas, que quedaron tiradas en el suelo.

—Por si acaso se te ocurre escapar, te aviso que no toleraré ni una tontería. Estoy harto de vosotras, y si no me servís para mis propósitos, me da igual acabar con vuestras miserables vidas.

Mientras hablaba, Jamal fue atando las manos de Mariam a la espalda. El llanto de las más pequeñas estaba acabando con la poca paciencia que tenía. Al terminar su tarea se inclinó junto a ellas, que se agarraron asustadas al verlo tan de cerca y se quedaron en silencio conteniendo el llanto. El hombre sonrió satisfecho, se incorporó y empujó a Mariam junto a sus hermanas.

Akran regresó con un cubo de agua que puso a los pies del animal, el cual se apresuró a beber con ansias. Sacó la cantimplora y les ofreció a las niñas para que tomaran algo de agua.

—Vamos, echad un trago. No tengo comida, pero al menos podréis saciar la sed. —Sonrió a las niñas para ganarse su confianza.

—No te molestes, perderán el agua con tantas lágrimas que sueltan —ironizó Jamal sacando de su bolsillo lateral varias barritas nutritivas y las paseó ante sus ojos con malicia—. ¿Queréis comer? —Miró a las niñas que no perdían de vista las barritas. Tras ello, sonrió—. Pues se acabaron los llantos.

Tiró las tres chocolatinas en el suelo cerca de ellas y Laila las cogió con rapidez. Jamal se volvió hacia su compañero y repartió el escaso alimento que tenían. Masticaban despacio sin quitar ojo a las niñas que devoraban las barritas que les había dado, mientras que su hermana

mayor no podía hacer nada al tener las manos atadas.

Akran se recostó contra la pared frente a las prisioneras y cerró los ojos, agotado. Llevaba toda la noche caminando y conduciendo el carro. La tensión de ser atacados no le permitió relajarse ni un momento y necesitaba el descanso, tanto o más que el alimento.

Jamal vigilaba el camino de acceso y de vez en cuando observaba a las niñas, que después de un buen rato y con algo de comida en el estómago, se quedaron dormidas abrazadas. El teléfono para las nuevas coordenadas que llevaba escondido le pesaba, debía colocarlo antes de volver a ocultarse en el campamento base. Una vez que entregara a las niñas, dudaba de que tuviera mucho tiempo para proseguir con su alianza con el judío.

Quería dar el último golpe antes de erigirse como el salvador de esta guerra, así que zarandeó con cuidado a Akran para decirle que iba a la ciudad y que estaría de vuelta antes del anochecer. Luego dejó descansar a su amigo, y cuando estuvo seguro de que todos dormían, salió del refugio en busca de su objetivo. No tardaría mucho y a plena luz del día, nadie se sorprendería de que se dirigiera al residencial dónde vivía Ahmad Kurd. Después de todo era un miliciano.

# CAPÍTULO 32

*Ruinas de Gaza, 7 de noviembre de 2023*

Yotan no se fiaba de su compatriota. Aunque los había ayudado llevando víveres y agua, algo en la mirada del infiltrado le hacía desconfiar. Solo con su intuición como arma de disuasión, convenció a sus compañeros prófugos para salir de allí e ir a buscar otro refugio.

Regresó al punto de encuentro solo para ver cómo llegaba Hamza y lo que hacía, al no encontrarlos donde se suponía que se escondían. Oculto en un hueco del suelo vigilaba quién se acercaba. Lo vio pasar y contuvo el aliento por miedo a ser descubierto. Se sorprendió al ver que detrás del infiltrado entraba una mujer al recinto. Parecía que no se había percatado de quién caminaba delante de ella, pues su mirada iba centrada en revisar la bolsa de alimentos que colgaba en su brazo.

Hamza escuchó los pasos detrás de él y se volvió esperando encontrar a su compatriota. Palideció al descubrir a la mujer, que, para su sorpresa, ni se había percatado de su presencia. De su interior brotó la bestia que apenas podía controlar cuando se hallaba con mujeres.

Se lanzó sobre ella sin emitir ningún ruido. Logró taparle la boca con el primer grito. La mujer forcejeó, desesperada, dejando olvidada en el suelo la bolsa de comida, ya que intentaba librarse del agarre del hombre. Arañó la mano que le impedía gritar y respirar mientras notaba que le fallaban las piernas y la falta de oxígeno confundía sus sentidos. Un fuerte empellón por detrás le demostró lo que el hombre pretendía y se asustó reanudando su intento de escapar.

Hamza se excitaba cada vez más y se olvidó de todo lo que no fuera satisfacer sus dos prioridades en ese momento. El aroma almizclado de la mujer le provocó una arcada, y enfadado, dio un giro brusco al cuello de su víctima. Al crujido le acompañó un silencio aterrador que puso el vello de punta a Yotan, que fue testigo de la crueldad de su compatriota.

El infiltrado soltó el cuerpo sin vida de la mujer que resbaló rozándole esa parte de su cuerpo e hizo que se excitara aún más. Agarró la túnica y la rasgó para dejar al aire los pechos de la mujer. Los amasó mientras el calor de la vida abandonaba el cuerpo, y cuando satisfizo el tacto de sus dedos dejó al aire su miembro para acariciarlo, mientras la visión lo llevaba al éxtasis de la ansiada venganza. Cerró sus ojos y se dejó ir, mancillando el cuerpo a sus pies.

El frío le hizo volver en sí. Se cubrió y observó el lugar donde le esperaban sus compatriotas. Sin voltear la mirada hacia su obra, trepó entre los escombros para entrar al escondite. Debía avisarles de que la extracción sería antes de lo que pensaba.

Yotan esperó a perder de vista a Hamza, todavía mantenía en la retina el horror de lo que había presenciado. Después de eso, no permitiría que ese hombre tuviera sus vidas en esas manos manchadas de sangre. Juntó la ropa desgarrada para que conservara su pudor, cogió la bolsa con comida abandonada en el suelo, y pidió perdón a Yahvé por no hacer nada, puesto que se quedó escondido ante el horror y dejó morir a una mujer inocente.

Sus pasos lo guiaron hasta la calle donde el edificio caído le impedía entrar. Nadie se atrevía a colarse entre sus ruinas, dado que los ruidos que los movimientos inestables de los restos producían, eran aterradores. Incluso ellos pensaron que era una locura esconderse allí. Pero la necesidad no sabe de miedos. Solo el espíritu de supervivencia del hombre es capaz de superar el

horror para resurgir de sus cenizas.

Cuando llegó a su nuevo escondite soltó la bolsa y miró a sus compañeros. Les explicó lo ocurrido y cómo había dejado al infiltrado entrar en su antiguo refugio. Los tres coincidieron en que debían buscar ayuda por otros medios.

Hamza recorrió el escondite de los rehenes y maldijo por dentro al no encontrarlos. La satisfacción que momentos antes recibió de la mujer se enfrió en sus venas pinchándolo por su inocencia. Regresó por donde había entrado y al salir al exterior vio su obra. Sonrió a pesar del mal humor que le dejaba la ausencia de sus compatriotas.

Casi sentía deseos de repetir la experiencia anterior cuando se dio cuenta de que algo no estaba bien. Observó el cuerpo descubierto en el suelo. Se deleitó con los ojos que casi se salían de sus órbitas rojas, la boca abierta dejando ver la lengua hinchada. Sin embargo, bajó la mirada a sus pechos y al descubrirlos tapados, lo supo.

Alguien había presenciado su obra. Se agachó, comprobó las huellas en la tierra suelta y descubrió el escondite. Al meterse en el hueco advirtió que su primera impresión era acertada, estaba seguro de que fue uno de los rehenes fugados quien lo espió desde allí.

Por mucho que le escocía tomar esa decisión, debía acabar con ellos.

Encontrarlos sería casi imposible. Si antes se ocultaban, ahora no le permitirían acercarse. La única solución era cortarles su vía de escape.

Hamza cogió el teléfono y llamó a su jefe, el director de operaciones del Mossad.

—Espero que sea muy importante para que pongas en riesgo esta línea.

—La información lo merece. —Hamza pensó unos segundos antes de continuar—. Hay un plan para infiltrar células terroristas en Jerusalén y crear el caos.

—¿Cuándo y cómo?

—Se harán pasar por rehenes liberados, pero no sé dónde ni el día elegido.

—Estaremos al tanto.

Hamza sonrió al colgar el teléfono. De momento, se había garantizado que no se le escaparían sus presas y, sobre todo, que su pequeño secreto seguiría oculto en la Franja.

Ahora podría partir al sur para encontrar a la mujer. Esta vez no se le escaparía, y cuando la tuviera en sus manos, extraería su vida con mucha lentitud, tantas veces, que se arrepentiría de haber husmeado en sus asuntos.

# CAPÍTULO 33

*Carretera de Saladino, madrugada del 8 de noviembre de 2023*

Sara despertó con el resplandor del amanecer en el horizonte. El cuerpo cálido que la abrazaba por la espalda le transmitía su calor y la manta con la que estaba cubierta le hacía desear no moverse de ahí. Se giró para ver el rostro de quien poblaba sus sueños y sonrió al contemplarlo dormido. Tenía la boca semiabierta y su respiración era más fuerte de lo normal. Sus largas pestañas sombreaban esa piel aceitunada que tanto amaba y que añoraba desde que se pelearon. Se puso a hacer cuentas y se percató que eso había ocurrido más de tres meses atrás. No estaba segura de por qué empezó todo, lo cierto es que cuando ella dijo que quería hacer un trabajo de voluntariado, él se negó.

En realidad, se lo prohibió y eso fue lo que la hizo oponerse con más contundencia. Lo mandó a freír espárragos y le pidió que se olvidara de ella. Desde entonces no volvieron a hablar y, sin embargo, cruzó medio mundo y atravesó la frontera de un país en guerra, solo por ella.

Con cuidado de no despertarlo, comenzó a incorporarse, pero él se dio cuenta. Sus manos la apretaron y la obligaron a mantenerse en su regazo.

—¿Dónde vas, princesa?

—Buenos días. —Se incorporó lo suficiente para darle un beso en los labios—. Voy a ver a las niñas, me extraña que no hayan venido a buscarme.

Abdullah la soltó, aunque solo fue por la dulzura con que lo saludó. Se puso en pie con ella y le robó un beso cargado de amor y deseo. Sus labios se encontraron para recordar algo por mucho tiempo olvidado; la pasión que los unía y que no podían dejar atrás.

Sara se apartó con desgana, y sonrió al hombre que le robaba el aliento. Se acercó despacio a la entrada del tubo, sabiendo que le seguía los pasos. Al principio miró sus cosas en el suelo sin darse cuenta de que no había nadie entre las mantas. Algo extraño llamó su atención, y asustada se lanzó sobre ellas para comprobar que las niñas no estaban allí.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta y el grito que pugnaba por salir se le atoraba de tal manera, que le impedía respirar. Desesperada comenzó a llorar y se levantó buscando en vano a las pequeñas.

El ruido despertó a quienes se habían refugiado durante la noche, y miraron extrañados a la mujer. Ayoub, el amigo que las llevaba en su carro, se acercó a Sara al comprender que algo iba mal. No hablaba inglés, por lo que no pudo preguntar. Al darse cuenta de que el hombre detrás de ella la cogía por la cintura con familiaridad, temió que fuera la persona de quien huía.

Como un toro, se acercó al hombre y le dio un empujón para apartarlo de la muchacha mientras le gritaba que se fuera. Sara no comprendía lo que ocurría, solo podía pensar en las pequeñas. Cogió al palestino por la manga para llamar su atención.

—¿Dónde están las niñas?, ¿se fueron contigo?

Ayoub la miraba sin comprender mientras intentaba apartar al hombre. Abdullah, pensó que ya había tenido bastante de esa locura, por lo que aprovechó un descuido del palestino para darle un puñetazo que lo tumbó en el suelo. Sara, sorprendida le gritó:

—¿Por qué has hecho eso? —bramó extrañada mientras se agachaba para socorrer al hombre

—. ¿Estás bien, Ayoub? Eres un bruto —gruñó enfurecida a Abdullah.

—¿Lo conoces?

—Sí, estamos haciendo el viaje con su familia. —Sujetó la cabeza al hombre en el suelo e intentó espabilarlo.

El ruido generado por la pelea despertó a todos los que se hallaban en el interior del tubo, que se acercaron curiosos para averiguar lo que ocurría. El hombre comenzó a quejarse. Abrió los ojos y se incorporó alejándose de Sara, casi con miedo.

—Lo siento, amigo. —Abdullah extendió la mano mientras se disculpaba, aunque no apartaba la mirada de la muchacha que lo observaba furiosa.

—Ayoub, ¿has visto a las niñas? —insistió Sara, aun sabiendo que el hombre no la entendía. Frustrada se dirigió al árabe—.¿Puedes preguntarle tú? A mí no me entiende.

Abdullah comenzó un rápido y corto diálogo con el palestino, que gesticulaba y negaba al mismo tiempo. Aclarado todo, cogió a Sara de la mano para darle fuerza.

—No las ha visto desde ayer. —La sujetó al sentir que se tambaleaba—. Se despertó cuando escuchó hablar a gritos.

—Se las ha llevado. —Se deslizó hasta el suelo derrotada—. Ha aprovechado que pasé la noche fuera del refugio para raptarlas en la oscuridad —dijo Sara con miedo.

—No pueden estar muy lejos, te ayudaré a recuperarlas.

Abdullah vio los ojos vidriosos de la muchacha y se maldijo por no haber previsto la protección de las pequeñas. No pensó que se las pudieran llevar delante de sus narices y sin hacer ruido alguno. Sara se puso en pie y se sacudió el polvo de la ropa. Comenzó a recoger las escasas pertenencias que tenían y las acumuló en el cochecito de Zahra. El árabe la miraba sin comprender por qué reunía lo que parecía basura.

Intentó detenerla, pero ella se apartó, y le gruñó más que habló.

—Necesitaremos las mantas cuando las recuperemos. —Se sorbió las lágrimas mientras contenía el llanto.

—Te ayudaremos.

Abdullah salió del refugio y buscó el lugar donde se quedó el vehículo cuando aparecieron los drones. Estaba a unos cincuenta metros. Junto a él, Álex revisaba el motor. Tenía abierto el capó y trasteaba en su interior maldiciendo en voz alta. Se incorporó al sentir los pasos acercarse a él y se relajó al reconocer a su compañero de viaje.

—Le dieron al depósito de agua —dijo limpiándose las manos en un trapo viejo—. He conseguido tapar la fuga, aun así, no sé cuánto tiempo aguantará.

—Gracias. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está el conductor?

Álex señaló a los arbustos que quedaban a su derecha. De allí sobresalían unas botas en una posición extraña, claro síntoma de que el dueño ya no sentía dolor.

El árabe se acercó, quería comprobar que estaba muerto, pero su compañero le sujetó del codo para impedírselo.

—No hay nada que hacer, tiene la cara destrozada.

—Tendremos que conducir nosotros.

Le explicó a su padrastro lo ocurrido con las niñas y que irían en su búsqueda en cuanto Sara recogiera lo que consideraba imprescindible.

# CAPÍTULO 34

*Al- Maghazi (ciudad costera), 8 de noviembre 2023*

Jamal se acercó al guardia que se apostaba en la entrada del edificio residencial. Lo saludó con familiaridad y después de compartir un cigarro le dijo que necesitaba hablar con el capitán. El guardia no se dejó embaucar por el miliciano, aun así, decidió hacerle llegar la solicitud a su superior. Le permitió esperar en el portal, y subió de dos en dos los escalones, hasta el tercer piso donde vivía el capitán.

Jamal observó al guardia alejarse escaleras arriba y acarició el teléfono oculto en el bolsillo lateral del pantalón. Cuando lo perdió de vista, revisó con minuciosidad el amplio *hall* de entrada del residencial, en busca de un lugar donde ocultar el móvil. Bajo la escalera descubrió un pequeño desperfecto en la mampostería y sonrió satisfecho. Entre la penumbra que cobijaba ese espacio y lo alejado de la entrada que estaba, era el lugar idóneo donde esconder su chivato. Gracias a él quedaría libre un alto puesto en la cúpula de la organización, lo que le daría más opciones de un cargo importante que sabría aprovechar y más gloria con la que brillar por encima de lo que jamás lo hizo su hermano.

Las fuertes pisadas en la planta superior anunciaron a Jamal que pronto no estaría solo. Ocultó como pudo el pequeño aparato y regresó a su posición original para no despertar sospechas.

El guardia notó el nerviosismo del miliciano, aunque pensó que se debía a la entrevista solicitada con el capitán. Cuando llegó junto a él se cuadró antes de echarlo de allí como le había ordenado su superior.

—Tiene que hablar conmigo. He venido hasta aquí solo para exponer mi plan, ya que con esta operación haremos mucho daño a los judíos. Tiene que escucharme —se quejó Jamal.

—Dice que lo hables con tu superior inmediato, que cuando esté aclarado estudiarán el plan entre los altos mandos.

Después de discutir un rato más con el guardián, se dio por vencido. Salió enfadado del edificio con la única satisfacción de saber, que pronto tendría su justa venganza. Sonrió al pensar en lo que haría el misil israelí en ese edificio residencial. No consideró que habría víctimas inocentes, pues, de todas formas, si eran cercanos al capitán se merecían el dolor de perder cuanto tenían.

Jamal regresó al pequeño refugio donde se ocultaba Akran con las niñas. La luz del sol se estaba debilitando y su calor apenas arropaba a quienes nada tenían para pasar la noche. Un escalofrío le hizo frotarse los brazos mientras cruzaba la ciudad de Al-Maghazi en dirección opuesta al residencial.

Familias enteras corrían por las calles cargadas con grandes bultos. La desesperación estaba pintada en sus sucias caras mientras el hambre y la miseria acorralaba sus vidas para hacerles sentir que no valían nada. Eran un número entre miles. Almas que Alá no recogería porque sus miserias no serían dignas de encontrarse con él.

Con ese pensamiento consiguió recuperar el buen humor cuando ya estaba casi en el refugio donde dejó su arma secreta. Se metió en el pequeño cobertizo destartalado y vio a las niñas

dormidas hechas un nudo. Akran cabeceaba y parpadeaba intentando enfocar la mirada.

—Te has retrasado mucho.

—Lo sé, fui a buscar a Ahmad Kurd para explicarle mi plan y conseguir su apoyo, pero no se ha dignado a recibirme —se quejó malhumorado mientras sacaba una barrita energética del pantalón.

—Creo que te será muy difícil llegar arriba solo, necesitas que algún mando intermedio te apoye. —Akran le palmeó con simpatía y le pellizcó la barrita para quitarle un trozo.

Jamal le dio un manotazo y protegió su comida ante la risa de su amigo, contagiándose de la diversión del momento. Se quedó mirando a las niñas y cuando tragó el último trozo de su barrita se volvió a su amigo.

—¿No te han dado problemas?

—No, una vez se dieron cuenta de que no les haría nada se relajaron y se quedaron tranquilas. —Le dio un codazo a su compañero para que vigilara a las niñas.

—¿Tenéis hambre? —dijo Jamal con voz potente.

Mariam asintió con la cabeza sin atreverse a hablar, mientras Zahra se encogía en su regazo, y Laila se escondía a su espalda. Le ofreció a la niña tres barritas energéticas que agarró de inmediato, apartándose con la misma rapidez.

Mientras las pequeñas devoraban el escaso alimento, Akran les acercó una cantimplora con agua. La luna le ganó el espacio al sol para alumbrar lo que nadie quería mirar. Las estrellas se confundieron con el brillo de las estelas que dejaron los misiles israelíes.

La explosión sorprendió a todos, a pesar de haberse producido bastante lejos de donde se encontraban. Encogidas en su rincón, lloraban y llamaban a Sara ante la mirada irritada de Jamal quién, a pesar de todo, sonreía de forma maliciosa. El silbido de esas mortíferas armas llenaba los silencios que el llanto de las niñas no conseguía tapar, cuando el resplandor de la explosión sacudió con su luz el interior del refugio, a pesar de quedar tan lejos.

# CAPÍTULO 35

*Túneles de Gaza, 8 de noviembre de 2023*

Había descubierto dónde tenían a los niños. Ihsan y Tarek apenas se relacionaban con nadie, por eso cuando Pablo llegó hasta la sala donde varios pequeños trabajaban con armas como si fueran juguetes, ya no pudo quedarse más tiempo escondido haciendo lo que le dijeron.

Así se lo hizo saber al periódico a través del código secreto. Ya solo quedaba que, Saleh, consiguiera sacar a los niños para poner en marcha la fuga.

Cuando recibió el correo de su jefe donde alababa el gran trabajo y le conminaba a seguir con él, supo que su estancia en los túneles al servicio de la organización había terminado.

Pablo consiguió esconder el móvil en el bolsillo de su guardián sin que lo notara. Cuando comenzó a preguntar a los afectados del hospital vio que el miliciano que le custodiaba se entretenía en hablar con uno de los enfermos, entonces aprovechó para perderse entre la masa humana que suplicaba atención a las puertas del hospital de Al-Shifa. Al doblar la esquina le esperaba Saleh con una túnica árabe llamada *thobe*. Le ayudó a cubrirse la cabeza con el *kufi* y se marcharon charlando como si de dos amigos se tratara.

Llegaron al escondite donde los dos pequeños aguardaban temerosos, y emprendieron el camino en dirección al sur. No se atrevían a ir por la carretera de Saladino, ese sería sin duda el primer sitio dónde los buscasen, por lo que fueron hacia la costa y bordearon las ciudades por el lado oeste.

La ruta era algo más complicada que si hubieran tomado el camino de los desplazados, pero también era más segura. Solo tenían que esconderse de vez en cuando y despistar a quienes los veían pasar, haciéndoles creer que se cobijaban en algún lugar cercano para después continuar el camino por otra calle.

La noche caería pronto y dudaban entre buscar refugio en algún lugar o continuar la marcha. Hacía solo unas horas que habían dejado atrás el hospital y, con toda seguridad seguirían buscándolos.

El sonido que voló sobre sus cabezas los hizo elevar la mirada al cielo. Vieron con horror la estela de los misiles que, como fuegos artificiales, comenzaron a deslumbrar en la cada vez más espesa oscuridad.

—Ese no ha caído muy lejos de aquí. Deberíamos buscar refugio —dijo Saleh alarmado.

—Sería lo mejor, pero no sé si estando tan cerca es buena idea. —Pablo miró al que se había convertido en un amigo, y esperó su respuesta.

—Tal vez podamos continuar hasta el borde interior y acercarnos a la carretera de Saladino para ocultarnos. Sé de un sitio abandonado que nos podría dar cobijo. Era un cobertizo que se derrumbó al principio de la guerra.

—Vamos allá entonces. Cualquier cosa mejor que quedarnos esperando a que nos alcancen los milicianos o los misiles de Israel.

Caminaban en silencio resguardándose en las sombras, mientras los proyectiles surcaban el cielo como un macabro anuncio de la guadaña. Pablo pensó que los niños se asustarían y, sin embargo, aguantaban los ruidos obscenos de la muerte con mayor entereza que la que él mismo

tenía.

Estaban cerca de su destino cuando Saleh detuvo al periodista sujetándolo por el brazo. Los niños a su lado se frenaron, también a la espera de que el palestino dijera algo. Saleh se llevó un dedo a la boca y les pidió silencio. Señaló un carro cercano a la construcción y les indicó que se ocultaran, después se acercó sin hacer ruido al cobertizo para averiguar quién se había refugiado allí.

# CAPÍTULO 36

*Al- Maghazi, 8 de noviembre de 2023*

Hamza saludó al brillo de los misiles que surcaban el cielo por encima de su cabeza. No tenía miedo a morir y menos aún bajo el fuego purificador de Dios. Sonrió dejando ver la maldad aflorar por cada poro de su piel mientras pensaba en todo lo que le haría a la mujer cuando la encontrara.

La explosión en un edificio residencial no lejos de donde se hallaba le trajo de vuelta a la realidad y decidió apartarse de la trayectoria del fuego amigo. Una cosa era no tener miedo y otra muy diferente poner en riesgo su vida por confiar demasiado en Dios.

Se apartó de la zona costera para continuar su camino por la carretera de Saladino, aunque tuviera que compartir el trayecto con los miles de desplazados que la copaban. Pensó que tal vez no estuviera tan mal viajar en compañía, siempre había alguien que se perdía y que podría ayudarle a aliviar la tensión.

Feliz por las expectativas, salió de la costa. Recordaba que este barrio residencial de Al-Maghazi se llamaba Barkat Al-Waz. Aquí conoció a uno de sus enlaces, Jamal. No le gustaba el tipo, pero descubrió en él unas ansias de venganza y poder, que supo le vendrían muy bien para cumplir con su cometido.

El edificio que había frente a él estaba en llamas por la explosión. Los gritos pidiendo auxilio y el llanto fueron música para sus oídos, por lo que decidió detenerse un poco, y así deleitarse con ese sufrimiento que esperaba compartir sin ser visto.

El ruido de las explosiones cesó, dejando paso al silencio macabro del dolor. El olor a carne quemada le hizo la boca agua y los lamentos cada vez más lejanos le hacían hervir la sangre. Quería verlo más de cerca, saborear ese dolor y guardar en su memoria la mirada extraviada, de quién ha perdido la esperanza.

Los gritos respondiendo a la llamada de auxilio lo trajeron a la realidad e impidieron que se acercara a la zona afectada. No era el momento de dejarse llevar por su instinto, debía guardar su yo interior hasta que se presentara una situación mejor. Su enajenada mente le repetía que tenía que reservarse para la mujer.

Con su objetivo trazado, retomó el camino hacia el este, dejando atrás con pena la música que calmaba su espíritu.

# CAPÍTULO 37

*Carretera de Saladino, 8 de noviembre de 2023*

Álex conducía el todoterreno despacio, la ingente cantidad de personas que transitaban por la carretera en dirección sur, le impedían cobrar velocidad. Por mucho que Sara le insistía en que debía ir más deprisa, sabía que no podía acelerar sin provocar problemas entre los desplazados.

Estaban casi a la altura del campamento de Shati cuando descubrió los camiones con el logotipo azul. A su alrededor corrían jóvenes y adultos desesperados por conseguir alimentos. Llamó la atención de Abdullah, que, en el asiento trasero, intentaba calmar a su mujer.

—Si continuamos detrás de los camiones puede que nos asalten, pensando que tal vez tenemos algo que ofrecerles —dijo advirtiendo de la masa humana que comenzaba a mirarlos con ansiedad.

—No podemos hacer otra cosa. Intenta no llamar la atención y colócate junto al camión en vez de comerte el polvo que deja en su camino.

—Eso es fácil de decir, pero no veo cómo conseguirlo sin llevarme por delante a unos cuantos.

—Ni se te ocurra hacerles daño, bastante tienen con intentar sobrevivir a los israelíes y a los terroristas, para encima tener que esquivar a … —Se quedó mirando el cogote del conductor y se volvió enseguida hacia Abdullah—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Creo que tanto sol ha debido afectar a tu cerebro. Soy tu hombre. —Le guiñó un ojo divertido—. Al menos lo era en Inverness, y volveré a serlo si me lo permites.

—Dios, qué estupideces dices —gruñó exasperada—. ¿De dónde has sacado a este? —señaló a Álex que se divertía de lo lindo ante esa conversación.

—Es el marido de mi madre, y un amigo que no me quiso dejar solo cuando decidí venir a rescatarte. —La seriedad de las palabras contrastaba con la sonrisa que le dedicó a la muchacha.

—Eres imposible. —Se apartó de él y se asomó a la ventanilla.

Abdullah no supo por qué se enfadó, ya lo averiguaría más tarde. En ese instante, lo que le ponía nervioso era la lenta circulación en sentido contrario a los desplazados.

Más adelante, vieron un camión que cerraba sus puertas ante la masa humana que les pedía comida, y peleaban entre ellos por conseguir algo de lo que se les caía.

Sara tenía el estómago tan vacío que ya ni se percataba del dolor, formaba parte de ella desde que todo esto empezó, y se agrandó cuando debió hacerse cargo de las niñas. Cada ración de comida que conseguía era para ellas, solo masticaba con lentitud algo de pan. Lo suficiente para que le permitiera no desfallecer y poder seguir con las pequeñas.

Al pasar junto al camión reconoció a Nael, que saludaba y se despedía de los cooperantes que lo conducían. Emocionada lo llamó y el vigilante se volvió sorprendido al verla pasar.

Sara le pidió a Álex que se detuviera para hablar con el hombre, pero Abdullah le ordenó que continuara con voz de enfado. Se volvió hacia el árabe y lo miró extrañada esperando una explicación. Como no dijo nada, le dio un puñetazo en el hombro para llamar su atención.

—Es amigo mío, quería preguntarle si había visto a las niñas o a su tío.

—No lo ha hecho, tiene mucho trabajo.

—¿Tú cómo lo sabes? Álex, da la vuelta y vuelve al campamento de Shati —dijo decidida a ignorar a Abdullah.

—Lo siento, tiene razón. Es mejor que no nos acerquemos al lugar todavía —respondió al recordar lo sucedido.

Nael vio el coche conducido por los extranjeros alejarse sin detenerse, le extrañó que fueran en dirección contraria al paso de Ráfah. Entonces se percató de que en el vehículo solo iban los tres adultos, que no había visto a las niñas. Comprendió que algo les había ocurrido y decidió ir detrás de ellos para averiguarlo, y echar una mano en caso necesario. Se lo debía a Salma.

—¿Puedo subir con vosotros? —preguntó a los cooperantes que llevaban el camión.

—Vamos al campamento de Maghazi, cuando descarguemos el resto de los víveres volveremos a la frontera.

—Será suficiente —aseguró pensando que alcanzaría al todoterreno.

El día se oscurecía mientras el vehículo se acercaba a otro campamento. Álex no sabía de cuál se trataba. Observaba el caminar de los desplazados en sentido contrario al suyo y decidió salir hacia el oeste, donde, aunque no había carretera, su marcha no sería entorpecida por esa masa humana en busca de refugio.

Caía la noche cuando vieron pasar las estelas de los misiles. A continuación, el impacto sembró de gritos el camino, y quienes hacía unos momentos marchaban despacio detrás de ellos, comenzaron a correr en todas direcciones abandonando los pesados bultos en la huida, con la única esperanza de salvar sus vidas.

Sara vio al frente un carro muy similar al que utilizaron en su viaje el día anterior. Pensó que tal vez el ladrón de Jamal lo había usado en su huida y gritó al exmilitar para advertirle.

—¡Allí! —Señaló el destartalado vehículo—, ese carro. Seguro que fue ahí donde se llevaron a las niñas.

—Echaremos un vistazo —contestó Álex deteniéndose a un lado del camino—. Quedaos aquí mientras voy a investigar.

—No, yo voy contigo —se quejó Sara, que no quería quedarse atrás—. Además, las niñas no os conocen, puede que den la voz de alarma.

—Solo voy a mirar, después volveré y trazaremos un plan. —Álex señaló con la cabeza a la muchacha para que la sujetara y se marchó antes de escuchar la discusión entre ambos.

Se acercó despacio a la construcción, dejando atrás el murmullo de la gente que corría en dirección contraria. Al descubrir el cobertizo medio derruido, dio la vuelta y se acercó por detrás para comprobar si había alguien vigilando.

# CAPÍTULO 38

Jamal le contó a su amigo la discusión con el guardia del capitán y el desplante que le hizo. Estaba muy enfadado. No solo no lo quiso recibir, sino que le ordenó delegar su plan en manos de otros. Y eso no lo consentiría. No permitiría que se le escapara la oportunidad de triunfar dentro de la organización. Este proyecto era suyo y solo él lo pondría en práctica.

—Admítelo, amigo, no van a compartir el poder contigo porque se te haya ocurrido esta idea. Se apropiarán de ella y se echarán flores por su iniciativa y genialidad. —Akran colocó la mano sobre el hombro de su amigo para calmarlo.

—No lo permitiré. De todas formas, no creo que tenga mucho que decir a partir de ahora —contestó con voz misteriosa.

—¿A qué te refieres?

—Cuando regresaba vi que caían varios misiles en la zona donde vive.

—Eso no quiere decir nada, seguro que sabían que les atacaban y escaparon antes de que les pillaran.

—Creo que no —contestó enigmático. Luego se apartó de su amigo para que no lo viera sonreír.

Álex comprobó que no había nadie más vigilando el cobertizo. No sabía lo que decían los dos hombres, pero no le gustó la extraña mirada que apreció en uno de ellos. Vio a las niñas acurrucadas en una esquina, y tuvo ganas de introducirse para llevárselas a punta de pistola. Con cuidado de no hacer ruido regresó al vehículo oculto. Al entrar les explicó lo que había visto y les pidió que salieran. Con una rama, comenzó a trazar un plano del cobertizo en la arena, situando a cada uno de los ocupantes en el interior.

—Son dos y nosotros tres, podremos controlarlos y quitarles a las niñas —dijo Sara convencida de la superioridad numérica.

—Un momento, ¡tú no aparecerás en el cobertizo! Te quedarás fuera, y hasta que no haya pasado el peligro, los tengamos atados y amordazados, no te acercarás.

—¡De eso nada, monada! —Chasqueó los dedos delante de la nariz de Abdullah y comenzó a andar en dirección al cobertizo.

El árabe corrió tras Sara, le tapó la boca y la llevó a rastras de regreso al coche. Se encerró con ella, y antes de que pudiera reaccionar, se quitó el cinturón y comenzó a atarle las manos. Después la obligó a doblarse para enganchar también los pies. Sus gritos lo estaban poniendo nervioso. Levantó la cabeza y vio la señal que le hizo Álex, tenía que callarla antes de que delatara su presencia.

Después de mucho pensarlo, llegó a la conclusión de que no había más remedio que silenciarla a la fuerza.

—Por favor, princesa, no grites más o nos descubrirán —le suplicó mientras terminaba de sujetarle los pies.

—Suéltame, y no armaré un escándalo.

—No puedo. —Lo pensó un momento antes de actuar y con dolor le dio un golpe en la sien dejándola inconsciente—. Lo siento, amor. No puedo arriesgarme a perderte ahora. —Le dio un beso en la frente y comprobó que estaba bien.

Dejaron a Sara en el coche y se acercaron con cuidado al cobertizo. Los milicianos seguían hablando, y las niñas estaban dormidas en la esquina más alejada de donde se encontraban ellos. Álex le indicó a Abdullah que se situara cerca de las pequeñas, y con las pistolas desenfundadas, tomaron las posiciones para controlar a los individuos dentro del cobertizo.

El exmilitar se acercó por la parte delantera con el arma en la mano. Sus pasos silenciosos lo guiaron por las sombras del interior hasta tomar una posición ventajosa. Abdullah se coló por la parte derruida para llegar donde dormían las niñas.

El crujido de una ramita hizo eco en el interior alertando a los milicianos, que se incorporaron con rapidez. Jamal se dirigió por instinto hacia la esquina donde estaban sus sobrinas, pero se topó de frente con el árabe, que le apuntó a la cara con la pistola. El palestino retrocedió asustado. No sabía quién era ese hombre y hasta que les dijera lo que quería, debían ser cautelosos.

—¿Qué hacéis aquí? —Jamal miró al segundo individuo que había entrado al cobertizo.

—Hemos venido a por las niñas —dijo Abdullah indicando con un leve movimiento de la pistola que se apartara.

—Son mías. Son mi familia. —Abrió mucho los ojos, sorprendido por la exigencia.

—No son tuyas, y lo sabes. Su madre las dejó a cargo de la maestra, y nosotros se las vamos a devolver. —El árabe dio varios pasos hacia atrás para acercarse a las pequeñas.

—¡Noooo!

El grito despertó a las niñas y alteró a Akran, que sin pensarlo apuntó al hombre que le resultó más peligroso. El dedo en el gatillo se movió con rapidez, pero no lo suficiente, para su desgracia.

Álex supo que era él o el palestino. Con certeza, disparó su arma creando un agujero en la frente de su contrincante. Un hilo de sangre comenzó a descender desde la abertura hasta la nariz, antes de que su cuerpo cayera hacia atrás.

Jamal observó con horror cómo su compañero caía. No vio dónde le habían dado, pero escuchó el disparo y se encogió, pensando que era él quien había recibido la bala, hasta que el cuerpo cayó al suelo.

El grito que se le escapó despertó a varias aves que anidaban cerca y que se unieron al alarido. Abdullah vio que el miliciano se giraba con su AK47 apuntando a Álex y actuó por reflejos. Los disparos seguidos y certeros dejaron al palestino arrodillado y sujeto solo por su arma clavada en el suelo.

Las niñas lloraban asustadas sin comprender lo que ocurría. Abdullah se olvidó de todo, salvo de consolar a las pequeñas.

—Hola, soy amigo de Sara —dijo sonriendo, interponiendo su cuerpo entre las niñas y los caídos. —. Hemos venido para llevaros con ella.

Saleh observó a los hombres que acabaron con Jamal y su colega. Sacó el arma que guardaba en la trasera del pantalón y se acercó a los desconocidos por detrás.

—No sé qué pretendéis con las niñas, pero os vais a apartar de ellas o acabaréis como esos pobres desgraciados —dijo señalando los dos cuerpos en el suelo.

Los dos hombres se volvieron hacia el intruso. Álex maldiciendo por no haberlo descubierto con anterioridad, mientras el árabe estudiaba al hombre.

—Las niñas estaban a cargo de mi mujer, así lo decidió su madre y no permitiré que se las arrebaten otra vez —dijo con calma acercándose a la nueva amenaza.

—¡Saleh! —Mariam gritó al palestino que tanto las había ayudado cuando murió su madre.

Abdullah miró asombrado al hombre y reconoció el nombre que gritó la niña. Bajó el arma e

intentó tranquilizarse antes de hablar con él. Tenía claro que actuaba para proteger a las niñas.

—¿Tu mujer? —El palestino bajó también su arma y miró hacia fuera, donde le esperaban Pablo y los niños.

# CAPÍTULO 39

Hamza presenció el intercambio de disparos desde las sombras del exterior. Reconoció a su enlace que cayó bajo la ráfaga de balas y no le importó buscar un nuevo confidente. Ahora su prioridad era otra, tenía vía libre para encontrar a la mujer. Se había convertido en su obsesión, la única que le hacía volver al escenario de su última víctima para encontrar a la siguiente. En silencio se refugió en las sombras y emprendió el camino hacia el campamento de Shati.

El resplandor del fuego en el oeste generaba luces dantescas en el cielo, que se iluminaba con el brillo plateado de la luna en una noche abierta que se negaba a inundar esa tierra. Parecía que supiera lo que la oscuridad traería. Casi había llegado a la carretera cuando vio el vehículo aparcado en una zona cubierta de arbustos secos.

Se acercó con curiosidad y comprobó que las puertas no estaban bloqueadas. Sonrió al pensar en que tendría un transporte veloz para llevarlo a su destino, ya que debía ir al paso de Ráfah donde, según tenía escrito en el diario, habían ido la mujer y las niñas. Los banderines de Naciones Unidas y de Hamás estaban sujetos a los retrovisores. Eso solo hizo más interesante la posibilidad de llevarse el coche en sus propias narices.

No se engañaba, seguro que pertenecía a los hombres que habían liquidado a su contacto. Sería un pago justo por dejarlo sin infiltrado y obligarlo a buscar uno nuevo. Abrió la puerta del conductor y miró el contacto con la esperanza de encontrar allí la llave. Después comenzó a buscar en la visera interior del conductor y copiloto. Sacó todo lo que se guardaba en la guantera, entonces descubrió que se descuidaron al dejar el coche abierto, pero no tanto como para esconder las llaves.

Se agachó y tiró con fuerza del contacto y sacar los cables. Limpió el plástico que los cubría y después frotó los filamentos de cobre hasta que escuchó que el motor se ponía en marcha. Satisfecho consigo mismo se acomodó en el asiento del conductor.

Miró el camino buscando por donde sería más fácil la entrada a la carretera. Aunque había bastante luz con el reflejo que desprendía la luna, no se fiaba de ir por completo a oscuras. Encendió la linterna del móvil y alumbró el camino de manera intermitente hasta conseguir ponerse en la dirección correcta.

El sonido quejoso le llegó oculto por el ronroneo exagerado del motor. Miró el asiento trasero con curiosidad y descubrió el bulto. Frenó de inmediato y se pasó a la parte de atrás para ver lo que allí se ocultaba.

Con el móvil iluminó la masa encogida y la descubrió atada de pies y manos. Quienquiera que lo hubiera inmovilizado, lo había hecho bien. El largo pelo ondulado y sucio le hizo descubrir que su pasajero era una mujer.

Sonrió con regocijo por este regalo y acarició la melena con ansias por desahogarse, y sacar esa parte que tanta satisfacción le daba. El lamento llegó a sus oídos como si de música se tratara, lo que le hizo perder toda la cordura que le había mantenido con vida desde que aceptó esa misión.

Cogió un gran mechón de pelo y tiró hasta que levantó la cabeza de su presa para observarla a la luz del móvil. Hamza sintió que la sangre le hervía en las venas al descubrir el rostro de la mujer. Solo la vio de perfil, y en la lejanía, pero no había podido olvidar esa piel clara y esos

ojos oscuros como el pecado. La necesidad de someterla y vejarla por lo que era, por lo que fue o por lo que nunca llegaría a ser. Solo esa urgencia le había hecho ser descuidado y permitió que lo descubrieran. Otro cabo suelto que tuvo que remediar con rapidez, y que por suerte se solucionaría en cuanto los huidos intentaran regresar a Israel.

Sara volvió a quejarse al sentir la presión en la nuca. Abrió con lentitud los ojos y parpadeó hasta que se adaptó a la luz que la cegaba. No podía darle un manotazo, porque el imbécil de Abdullah la había maniatado. De lo contrario, le habría estampado los cinco dedos en la cara hasta volvérsela del revés. Intentó mover la cabeza y apartarse del hombre, necesitaba aclararse las ideas. Los recuerdos de lo ocurrido estallaron en su mente y gritó indignada.

—Maldito hijo de una perra callejera. Suéltame antes de que me enfurezca más o te haré sufrir más que a Jesucristo en la cruz —dijo con rapidez y una rabia venenosa.

—Menudo carácter tienes, ¿eres inglesa? —Hamza soltó el pelo de la mujer para agarrarla de la barbilla y obligarla a mirarlo.

—¿Tú quién eres? —preguntó asustada ante el desconocido, que la trataba con tan poca deferencia.

—¿Cómo te llamas?

—¿Y a ti qué te importa? Suéltame antes de que me enfade más todavía. Esta vez Abdullah se ha lucido. Cuando lo pille le voy a dar tortas hasta en el carné de conducir.

Sara no se dio cuenta de que hablaba en inglés y español. Hamza se quedó con la boca abierta mientras procesaba lo que su mente le decía al escuchar a la muchacha. Sacudió la cabeza con perplejidad hasta recuperar el control.

—Mujer, no tientes tu suerte. Estás en mis manos, y de lo dócil que seas y te comportes, depende la cantidad de sufrimiento que te daré.

El hombre le sujetaba la barbilla y ella no podía apartar la mirada de esa cara, esos ojos le hablaban de maldad y oscuridad. Tragó saliva al comprender la verdad de lo que le había dicho.

# CAPÍTULO 40

Pablo se introdujo en el cobertizo siguiendo a los niños, que en cuanto vieron a sus hermanas corrieron hacia ellas y se abrazaron, riendo y llorando al mismo tiempo. Los cuatro hombres que estaban en el interior sonrieron satisfechos ante la reunión.

Abdullah se acercó a Pablo, quería saber lo ocurrido desde que dejó a Sara, pero sobre todo, darle un puñetazo por haberlo hecho. No entendía cómo pudo abandonar a su hermana en pleno conflicto, y necesitaba aclararlo antes de dejarlo volver con ella.

—¿Dónde estabas?

—Me llevaron al interior de los túneles. No me permitieron tener contacto con el exterior, solo con quien ellos querían. Al principio, pensé que de verdad me iban a conceder una entrevista con uno de los líderes, pero con el tiempo me di cuenta de que solo era un arma en sus manos para hacer llegar información sesgada a occidente. Cuando conseguí hablar con Saleh, me contó lo ocurrido con Sara y los niños, así que busqué dónde los tenían y logramos escapar.

—No debiste dejar a tu hermana —le recriminó el árabe conteniendo las ganas de golpearlo.

—No pensé que me fueran a retener durante tanto tiempo. —Observó al hombre que lo increpaba—. De todas formas, no la dejé sola, siempre tuvo a Saleh a su lado.

El sonido del motor de un coche en la lejanía captó la atención de Álex, que seguía en tensión a la espera de que apareciera algún miliciano más. Levantó la mano para captar la atención de todos que lo miraron sin comprender.

—Un vehículo se mueve —dijo con parquedad.

—Está lejos, debe de ser algún vigilante de la frontera —contestó Saleh restando importancia al sonido que se perdía en la noche.

—Es nuestro coche —dijo alarmado Álex y salió corriendo en la dirección que dejaron el vehículo.

Abdullah comprendió demasiado tarde lo que eso significaba. Maldijo la impetuosidad, las malas decisiones que tomó con Sara y persiguió a su padrastro asustado, con la vana esperanza de que este estuviera equivocado. Pablo y Saleh vieron como partieron los dos hombres con la desesperación marcada a fuego en sus rostros. No comprendían la urgencia por averiguar cuál era el vehículo que se alejaba de su posición.

Llegaron cerca de donde escondieron el coche, justo a tiempo de ver la exigua luz que se perdía en dirección al sur. Alarmados, continuaron su carrera en persecución del ladrón.

Nael vio el coche con los banderines de Naciones Unidas y de Hamás. Estaba detenido delante, cerca de la carretera, pero lo bastante alejado para quedar oculto entre los arbustos del arcén. Si no llega a ser por la luz que se movió en el interior, no le habría prestado atención.

—Déjame aquí —le pidió al conductor del camión.

—¿Estás seguro? Todavía queda un buen trecho para llegar a la ciudad —contestó uno de los cooperantes que lo acompañaban.

—Lo sé. No os preocupéis por mí, creo que he alcanzado lo que estaba buscando —dijo señalando el coche que a lo lejos se veía abandonado a un lado.

—Te acercamos allí.

—No, mejor me quedo aquí, prefiero llegar andando. No quiero asustar a mis amigos —

saludó a sus compañeros de viaje—. Gracias por todo.

Bajó con agilidad del camión y se quedó esperando que continuara su marcha. Nael salió de la carretera con el objetivo centrado en su retina.

El resplandor de la luna creaba sombras alrededor del coche, donde de nuevo se había encendido una luz. Se dio cuenta de que era la linterna de un móvil y le extrañó que los extranjeros la usaran para alumbrar el interior, en vez utilizar la del coche.

Cuando estaba a cincuenta metros del vehículo vio que dentro se producía un forcejeo. Quien estuviera allí, luchaba contra algo o alguien. El sonido de los golpes despertó en él macabras visiones de lo que debió padecer Salma, y decidió actuar con prudencia antes de lanzarse a intervenir.

Dentro del coche Hamza, maldijo su impetuosidad y confianza, pues había soltado a la mujer para dominarla como a él le gustaba, y la fuerza con que se opuso lo sorprendió. Era menuda y delgada, no imaginó semejante despliegue de fortaleza. Para colmo la restricción de movimientos al estar en el interior del coche, impedían que pudiera hacer su llave de inmovilización.

Sara se resistía como podía, pues sabía que no conseguiría sujetarle los brazos para obligarlo a soltarla. Esa era la primera acción de supervivencia que, por instinto, hacía al ser atacada una persona. Se lo advirtieron en las clases de defensa personal.

Le costó prescindir de su intuición para recordar las lecciones, pero lo consiguió buscando un punto débil en su agresor. Le dio un codazo en el costado en un intento de liberarse y vio el gesto de dolor exagerado que hizo. Supuso que debía tener una herida, pues no le había dado tan fuerte como para generar esa reacción.

Hamza maldijo en hebreo sorprendiendo aún más a su presa, que lo miró con rabia mientras conseguía liberar su brazo derecho bajo el peso del hombre. Antes de que consiguiera retenerla de nuevo lanzó un puñetazo con fuerza, a la misma zona donde le dio el codazo. El hombre se dobló de dolor dejando libre el otro brazo de la mujer, que aprovechó y golpeó de nuevo en el mismo sitio.

No pesaba mucho, y al estar un poco apartado de ella para protegerse, Sara consiguió levantar una rodilla y golpear en la entrepierna del hombre, que cayó hacia atrás en el vehículo. Su cabeza chocó contra el cristal.

Nael no necesitó ver más, comprendió lo que ocurría. Aceleró el paso para llegar al coche y abrió de inmediato la puerta trasera. Al perder el apoyo, Hamza cayó hacia atrás fuera del vehículo. Sorprendido, intentó incorporarse, pero el hombre que abrió la puerta se lanzó sobre él y lo sujetó. Era mucho más corpulento y supo que no conseguiría neutralizarlo utilizando la fuerza, por lo que se rindió esperando convencer a su agresor de que se marchara.

—Amigo, no estaba haciendo nada malo, es mi mujer —dijo sonriendo, pero al descubrir quién era, tuvo ganas de salir corriendo.

El cooperante no sabía cómo reaccionar, tenía bajo sus rodillas al hombrecillo que intentó colarse en la tienda de Salma. No creía en las casualidades y menos cuando había presenciado de lejos la lucha que se producía en el interior del vehículo.

Con toda la rabia que sentía todavía por la pérdida, golpeó con fuerza al hombre en el suelo. No escuchaba el macabro sonido del hueso chocando con la carne, ni el olor ferroso que la sangre dejaba en el ambiente. Solo podía golpear una y otra vez al que suponía responsable de la muerte de Salma.

Sara bajó del coche tosiendo, se agarraba el cuello con dolor. Reconoció a Nael sobre su agresor, sin embargo, no se preguntó qué hacía allí, ni cómo supo que estaba en apuros. Solo veía el puño caer una y otra vez sobre la cara de quien, unos minutos antes quiso matarla. Sin

pensar en lo que hacía, sujetó el brazo del guardia cuando se dirigía a estrellarse contra el hombre.

Nael lloraba mientras su puño se descargaba una y otra vez sobre el cuerpo que, inerte, recibía los golpes sin sentir nada. Al notar el agarre que le impedía continuar con sus movimientos, se giró sin saber por qué, hasta que la comprensión hizo que aceptara la realidad. Miró con asco el resultado de su furia y se levantó, ya sin miedo a que se le escapara.

—¿Estás bien? —preguntó a la muchacha preocupada.

—Mejor que él desde luego. —Hizo un gesto de asco en dirección a la masa inerte del suelo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están Álex y Abdullah?

# CAPÍTULO 41

Sara sintió que la furia y la rabia se apoderaban de su cuerpo, al escuchar el nombre de quién la había dejado en esa posición de vulnerabilidad. Iba a contestar cuando oyó los pasos acelerados en la tierra seca. Se asomó escudriñando la oscuridad que la luna no conseguía apartar.

Abdullah llegó el primero, su respiración agitada demostraba la rapidez con que había corrido. Sin pensar en recuperar el aliento se lanzó sobre la mujer y la abrazó con desesperación y miedo. Fueron solo unos segundos, pues de inmediato ella lo apartó con un empujón.

—¡Suéltame, pedazo de carne con ojos! —gritó, a pesar del dolor que sentía en la garganta al hacerlo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Álex al guardia cuando lo reconoció.

—Os vi pasar sin las niñas y supe que algo había sucedido, por lo que me monté en el camión de víveres detrás de vosotros. Cuando vi el vehículo parado, supe que era el vuestro y decidí averiguar el motivo por el qué lo habíais abandonado —Nael, siguió contando lo que vio conforme se iba acercando y la razón de su intervención para salvar a Sara—. Lo he reconocido. Ese tipo quiso entrar en la tienda de Salma, por eso supe que fue quién la atacó. —Se encogió de hombros sin arrepentirse por su forma de proceder.

Sara se apartó de ellos y dejó que comprobaran el estado del tipo que intentó matarla. No tenía ganas de intervenir y mucho menos deseaba estar al lado del hombre que la colocó en esa situación, así que se sentó en el asiento del copiloto, y con la luz interior del coche, comprobó la zona del cuello enrojecida y despellejada por la agresión.

Las siluetas acercándose a su posición le llamaron la atención. Dejó escapar un grito de alegría al descubrir que se trataban de sus niños, así que salió disparada hacia ellos llorando por su reencuentro.

Los hermanos al verla hicieron lo mismo, y al encontrarse cayeron al suelo en un abrazo enorme cargado de llantos, besos y esperanza.

Los hombres miraron la escena con una sonrisa en la cara. Aunque no todos, Abdullah sabía que ella lo culpaba por lo sucedido. Tenía razón, si él no la hubiera abandonado maniatada en el coche, no habría sufrido la agresión. Solo de pensar que podría haber terminado como Salma o la desconocida que encontraron, sintió que jamás se perdonaría por ello, y menos aún lo haría Sara.

Se quedó apartado mientras ella repasaba a los niños y les preguntaba cómo estaban, entre lágrimas de alegría y risas emocionadas.

—Me encanta saber que no me has echado de menos, pequeñaja —dijo el periodista acercándose a ellos mientras sonreía feliz por el reencuentro.

—¿Pablo? —Miró sorprendida a su hermano y se levantó para abrazarlo—. ¿Dónde has estado? Te buscamos durante semanas y nadie nos daba respuesta sobre ti o tu paradero.

—Es una larga historia, que te contaré mientras volvemos a casa —dijo besando en la frente a su hermana con cariño. Después, se giró hacia su amigo Saleh—. ¿Vienes con nosotros?

—Lo siento, tengo a mi familia todavía en Gaza. No se quieren mover de casa, y yo no puedo irme sin ellos.

—Como digas, amigo. Si necesitas salir de aquí, avísame, te conseguiré visados para ti y tu familia.

—Gracias, te tomaré la palabra. —Se abrazaron con un adiós silencioso de despedida.

Pablo vio alejarse a Saleh en la oscuridad. Sabía que se volverían a encontrar, que tarde o temprano sus vidas se cruzarían de nuevo, y entonces él le devolvería el favor.

Cogió a su hermana de la mano y se acercó a los hombres que discutían en voz baja.

—¿Qué ocurre? —preguntó y se percató del individuo que estaba en el suelo sangrando por un costado y la cara destrozada por los golpes.

Nael volvió a explicar, quién suponía que era el hombre del suelo, lo que había hecho y cómo lo sorprendió atacando a Sara. Abdullah quería acercarse a ella, pero estaba apartada del grupo, con los niños a su alrededor sonriendo y besando a las pequeñas que se habían colgado de ella como si fueran monitos. Le dio espacio y tiempo. Era lo único que podía hacer. Más tarde, en el camino de regreso a casa encontraría el momento de hablar y aclarar las cosas entre ellos.

Dejaron el cuerpo de Hamza abandonado en la carretera, con apenas un aliento de vida. Nael esperaba que sufriera más, que su agonía fuera eterna, pero para ello tendría que llevarlo donde recibir atención médica. Se negó en redondo y por decisión unánime quedó en la arena, oculto a la vista de los desplazados e incapaz de pedir auxilio. No lo merecía y así lo acordaron los cuatro. El cooperante regresó al campamento de Shati y el resto se dirigieron al paso de Ráfah. Abdullah llamó a su cuñado, quien le consiguió los visados para todos.

Sara localizó en la frontera a Hanan, la hermana de Mai y tía de los niños. Con la promesa de seguir en contacto regresaron en el avión de Abdullah. Pablo pidió que lo dejaran en Madrid y Sara decidió quedarse con él.

El árabe no pudo volver a acercarse a la muchacha y movido por la culpa regresó a Londres.

Álex veía el estado en que se hallaba su hijastro, y calló. Al menos de momento, ya que necesitaban alejarse antes de poder encontrarse de nuevo. No hay mejor cura para un corazón herido que el tiempo.

En Gaza, y contra todo pronóstico, la guerra continuó medrando entre quienes nada tenían. Cada día la desesperación se hacía eco en las almas famélicas que pedían ayuda. Un horror que nadie pensaba se repetiría y que, sin embargo, ocurría con el consentimiento de quienes deberían salvaguardar la humanidad. El asesinato indiscriminado de la población civil, el abuso de la fuerza, la negación de alimento y sanidad. Esas son las armas que utilizan, quienes una vez estuvieron del otro lado por pertenecer a una religión.

Ahora cometen el mismo error y nadie se atreve a intervenir, como antes lo hicieron en Alemania. El mundo contempla horrorizado e impasible la crueldad del ser humano.

Porque digan lo que digan, el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra.



# EPÍLOGO

Ismail Haniye escuchaba al hombre al otro lado del teléfono con calma. Nada estaba saliendo cómo habían previsto, aun así, se sentía satisfecho con el daño que la guerra en Palestina provocaba a la imagen de Israel. Solo por eso, ya merecía la pena el sufrimiento de su pueblo.

—¿Estás seguro de que era nuestro topo?

—Casi. Todos los informes de inteligencia apuntan a que Jamal Al-Khatib era el chivato. Eso, añadido a la cantidad de dinero que tenía escondido cuando lo encontraron, corrobora la investigación.

—¿A quién le pasaba la información?

—No lejos de donde apareció el cuerpo de Jamal, descubrieron a un hombre muy malherido. Lo intentaron salvar, hasta que por la fiebre comenzó a hablar en hebreo. En su delirio confesó cómo trabajaban con el GPS de teléfonos para dar posiciones al ejército israelí. Por eso los bombardeos a zonas donde estaban mandos de la milicia.

—Jaled, creo que ha llegado la hora de llamar a la guerra Santa —confesó Ismail Haniye.

—Lo haré, pero antes hay que dejar que la brutalidad de los israelíes encuentre más opositores. Netanyahu se cree seguro ante la situación de poder que ha logrado con la guerra. Cuanto más alto suba, mayor será la caída.

—Pide más aportación de armas a nuestro socio, tenemos que plantar cara, y EE.UU. sigue vendiéndole armamento a los judíos. Si quieren los derechos de explotación tendrán que darnos muchas más.

—Estoy en ello, pero no es fácil y menos con la atención internacional puesta en nosotros. Debemos actuar con cautela. Si descubren que nos están ayudando, puede caer nuestro socio y estaríamos solos.

David Barneo escuchó de nuevo la grabación sin poder creer lo que oía. Ojeó otra vez la transcripción por si había entendido mal y pidió perdón al cielo antes de llamar a su jefe de operaciones. Debían infiltrar a alguien en la cúpula de los terroristas si querían acabar con todos

ellos, y no entrar en una guerra Santa.

# NOTA DE LA AUTORA

Esta historia contiene hechos reales donde he incluido a personajes de ficción. Salvo las personalidades ya conocidas dentro de la política internacional. Cualquier semejanza o parecido con alguien real, es pura coincidencia. No es mi intención hacer apología de ninguno de los bandos enfrentados en la guerra entre Israel y Hamás. El conflicto en sí es lo suficientemente alarmante y aterrador, para tomar conciencia de que no existe una verdad absoluta y reconocer, que quien sale perdiendo, es la población civil. Inocentes que pagan el precio de los radicalismos a uno y otro lado de la frontera.

Tampoco pretendo alzarme con la verdad sobre la realidad de un conflicto que lleva enquistado desde que, tras la Segunda Guerra Mundial, le cedieron al pueblo israelí un lugar donde ser ellos mismos; la tierra prometida.

No hay que olvidar que les dejaron formar un estado basado en una religión. Lo peor es que lo hicieron en medio de naciones cuyas creencias religiosas son parte importante de su gobierno.

Parece un despropósito y, sin embargo, Israel ha contrarrestado su situación extendiendo sus fronteras con colonos, y creó uno de los servicios de inteligencia más efectivos del mundo, a pesar de lo pequeño de su estado.

# DOCUMENTACIÓN

**Gaza**

La Franja de Gaza tiene 41 kilómetros de largo y entre seis y doce de ancho, con un total de 360 km². Con una población de 1.943.398 habitantes en 2017, era la tercera entidad política con más densidad de población del mundo, por detrás de Singapur y Hong Kong. Una amplia tierra de nadie de quinientos metros impuesta por el ejército israelí hace que una parte de la superficie de la Franja no sea accesible para sus habitantes (un total de veintinueve km², más del ocho por ciento del territorio). Con una tasa de crecimiento anual del 2,33% en 2017, la Franja de Gaza es la trigésima primera entidad política con mayor crecimiento demográfico del mundo.

Debido a dicho bloqueo, la población de la Franja no tiene la capacidad de entrar o salir de ella cuando lo deseen, como tampoco se puede importar o exportar productos con libertad. La mayor parte de la población de este enclave es de religión musulmana suní.

**La carretera de Saladino**

Es una de las carreteras más antiguas del mundo. Los ejércitos de Egipto, de Alejandro Magno, de los primeros cruzados y de Napoleón Bonaparte la recorrieron en sus intentos de conquistar el Levante mediterráneo.

El gobierno de Hamás ha mejorado y ensanchado la carretera desde que ganó las elecciones en Gaza, con fondos provenientes de sus ingresos por el comercio a través de los túneles que cruzan la frontera egipcia.

La guerra Israel-Gaza, también llamada guerra Israel-Hamás, es un conflicto armado en curso. Comenzó el 7 de octubre de 2023, mientras los israelíes festejaban la fiesta de Sucot. Grupos armados de militantes palestinos, sobre todo de Hamás y la Yihad Islámica Palestina, lanzaron un ataque contra Israel desde la Franja de Gaza, con una andanada de cohetes y comandos en camiones, motocicletas y parapentes motorizados.

La agresión tomó a Israel por sorpresa, pese a ocurrir en el cincuenta aniversario de la guerra de Yom Kippur. Israel respondió poco después con la denominada «Operación Espadas de Hierro», que incluyó bombardeos e incursiones militares contra la Franja de Gaza.

Los militantes armados de Hamás capturaron un gran número de rehenes tras sucesivas *razias* (es un término usado para referirse a un ataque sorpresa contra un asentamiento enemigo. Aunque lo que buscaban era la obtención del botín) en el sur de Israel, lo que llevó al Gobierno a declarar el estado de guerra por primera vez desde 1973. Los ataques de Hamás con cohetes fueron acompañados por infiltraciones de militantes en varios de los kibutz que rodean Gaza y en la ciudad israelí de Sederot. Según Human Rights Watch, el ataque deliberado contra civiles, las agresiones indiscriminadas y la toma de civiles como rehenes por parte de Hamás, constituyen crímenes de guerra según el derecho internacional humanitario (DIH).

Como resultado del ataque de Hamás en comunidades cercanas a la Franja de Gaza y en las bases del ejército israelí, murieron 695 civiles israelíes (incluidos 36 menores de edad), 71 civiles extranjeros y 373 soldados y policías. Al menos 1.200 personas entre hombres, mujeres, niños y bebés murieron el primer día del ataque y unas 2.000 resultaron heridas. Cerca del kibutz Reim, unos cincuenta milicianos procedentes de Gaza con uniforme militar mataron a 364

personas en el festival de música Supernova.

El impacto en vidas humanas es el más alto desde que se tiene registro de conflictos entre Gaza e Israel. Los bombardeos que Israel ha lanzado en respuesta desde ese día sobre la Franja de Gaza han provocado la muerte de, al menos 32.845 personas. La gran mayoría civiles, entre ellos 13.000 niños y 8.400 mujeres, a los que se suman más de 75.392 heridos (incluidos 8.663 niños y 6.327 mujeres) y más de 8.000 desaparecidos. Lo que elevaría la cifra de fallecidos aún más, entre ellos 4.400 mujeres y niños, siendo las mujeres y los niños las principales víctimas de los ataques israelíes.

Con más de mil casos, este conflicto ha causado el mayor número de amputaciones pediátricas de la historia. Algunas de las acciones militares de Israel en territorio palestino, han sido blanco de críticas por parte de la comunidad internacional, al constituir violaciones al derecho internacional humanitario calificables como crímenes de guerra, entre las que se cuentan el empleo contra población civil de armamento prohibido por tratados internacionales. Incluido el uso de munición de fósforo blanco, el asesinato de miembros del personal civil de organismos internacionales que cumplían funciones humanitarias, el «cerco total» y corte de suministros a la población civil, como «castigo colectivo», y la orden de evacuación de civiles bajo amenaza de un ataque inminente, sin que existan lugares seguros donde ir, ni una forma segura de llegar. Todo esto ha provocado el desplazamiento forzado de 1,9 millones de gazatíes, más del 85 % de la población (incluidos 893.000 niños), y al que la Organización de las Naciones Unidas, ya ha catalogado como un crimen de guerra contra la humanidad.

**Orígenes del Estado de Israel**

Desde que en 1948 se declarara la formación del estado de Israel, la zona ha sido un hervidero de conflictos. Ante la imposibilidad de resolver un problema cada vez más enrevesado, el Reino Unido recurrió a las Naciones Unidas, que, en la reunión del 29 de noviembre de 1947, decidieron la partición de Palestina en dos Estados; uno árabe y otro judío, quedando Jerusalén bajo la administración de las Naciones Unidas.

La mayoría de los judíos en Palestina aceptaron esta decisión, pero no así los árabes, que la rechazaron por completo. Al mismo tiempo, los británicos anunciaron su intención de retirarse de Palestina.

**Fallos de la inteligencia de Israel**

Los funcionarios de inteligencia israelíes afirmaron inicialmente que no tenían advertencias ni indicios del ataque de Hamás del 7 de octubre, a pesar de que Israel ejercía una amplia vigilancia en la Franja de Gaza. Sin embargo, Estados Unidos había advertido al gobierno israelí sobre el ataque de Hamás pocos días antes de que este tuviera lugar. Egipto también dijo que había advertido a Israel del ataque: «Se avecina una explosión de la situación muy pronto, y sería grande». Israel negó haber recibido tal advertencia. Pero la declaración egipcia fue corroborada por Michael McCaul, presidente del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, quien dijo que las advertencias, se hicieron tres días antes del ataque.

**Ataques reales que me han servido en la historia.**

El 20 de octubre Israel atacó la iglesia de San Porfirio, la más antigua de la ciudad de Gaza.

El 27 de octubre, debido a los frecuentes ataques, la zona de la Franja se queda sin luz ni internet.

El 3 de noviembre, las fuerzas israelíes atacaron el hospital de Al-Shifa.

El 4 de noviembre, un ataque de las FDI al campamento de Jabalia (cuatro km al norte de Gaza) a una Escuela de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA), donde murieron treinta personas.

El 6 de diciembre (21:00 horas) hubo un ataque a un edificio residencial al oeste de Al-Maghazi, en el barrio de Barkat Al- Waz, donde murieron treinta personas. Aunque en mi historia he movido la fecha al 8 de noviembre.

**Antecedentes históricos**

La Guerra de Yom Kipur se inició el 6 de octubre de 1973 (el día de Expiación de los judíos) cuando los ejércitos de Siria y Egipto lanzaron una ofensiva contra Israel, derrotando al ejército de este país, tomado por sorpresa en ese ataque. Después de tres semanas de combate, las fuerzas israelíes lograron recuperar el terreno perdido y una fuerza de las Naciones Unidas se encargó de mantener la paz.

Como resultado de este ataque repentino, el gobierno israelí inició negociaciones para asegurar sus fronteras. El 18 de enero de 1974, se firmó un acuerdo con Egipto y el 31 de mayo del mismo año con el gobierno de Siria. Sin embargo, la presión sobre Israel no disminuyó. Los países árabes productores de petróleo impusieron un embargo sobre cualquier país que tuviera relaciones comerciales con Israel. El gobierno de Japón, entre otros, manifestó reconsiderar sus relaciones con Israel, a menos que este país no se retirara de los territorios ocupados en la guerra de los seis días.

**Tratado de paz Israel-Egipto**

En noviembre de 1977, el presidente egipcio, Anwar el-Sadat, rompió con 30 años de hostilidades visitando Jerusalén tras la invitación que le hiciera el primer ministro israelí Menájem Beguín.

Bajo este tratado, Israel devolvió el Sinaí a Egipto en abril de 1982, al igual que la zona ocupada en el Golfo de Aqaba.

La Liga Árabe reaccionó negativamente a este tratado, expulsando a Egipto de su organización y trasladando la sede de la Liga de El Cairo a Túnez. Sadat, después murió asesinado por miembros del ejército egipcio opuestos a la paz con Israel.

El conflicto palestino-israelí es el conflicto social y armado en curso entre israelíes y palestinos por el control de la región histórica de Palestina, que se remonta a principios del siglo XX. El conflicto, de gran envergadura, se enmarca asimismo dentro del conflicto árabe-israelí.

En respuesta al creciente antisemitismo que se vivía en Europa a finales del siglo XIX, surgió el movimiento sionista, que defendía el establecimiento de una patria para el pueblo judío en Palestina, controlada en ese momento por el Imperio otomano. Muchos judíos emigraron allí desde ese momento, al principio en pequeñas oleadas, y después masivamente al término de la Segunda Guerra Mundial a causa del Holocausto nazi.

Debido al incremento de la población judía en Palestina aparecieron brotes de violencia cada vez más intensa entre las poblaciones judías y árabes. Como intento de solución, las Naciones Unidas aprobaron la partición de lo que había sido el Mandato británico de Palestina en dos Estados: uno judío y otro árabe. El Estado judío abarcaría un 55% del territorio del mandato, incluido el desierto del Néguev, y su población estaría formada por 500.000 judíos y 400.000 árabes. En ese momento, los judíos solo poseían el siete por ciento de las tierras de Palestina; el Estado árabe tendría el 44% del territorio del mandato y una población de 725.000 árabes con

una minoría de unos 10.000 judíos.

Los judíos aceptaron el plan de partición, mientras que los árabes lo rechazaron. Estalló entonces una guerra civil en el mandato entre judíos y árabes que desencadenó la expulsión o huida de dos tercios de la población árabe.

El 14 de mayo de 1948, coincidiendo con la declaración de independencia de Israel, los Estados árabes vecinos declararon la guerra al recién creado Estado de Israel, aunque finalmente fueron derrotados por los israelíes. A la conclusión de la guerra, Israel se negó a aceptar el retorno de los más de 700.000 refugiados palestinos, que han vivido desde entonces en campamentos de refugiados y ciudades del Líbano, Siria, Jordania, la Franja de Gaza y Cisjordania, entre otros lugares.

El término se utiliza también en referencia a las primeras fases del mismo, que enfrentó a las poblaciones judías (Yishuv) y árabes que vivían en Palestina, bajo el Imperio otomano y, posteriormente, el mandato británico de Palestina como parte de la partición del Imperio otomano.

Tradicionalmente, se han identificado cuatro escollos principales para la resolución del conflicto: el establecimiento de fronteras seguras y definidas, el control de Jerusalén, los asentamientos israelíes y el derecho de retorno de los refugiados palestinos. A los que deben sumarse otras claves como el reconocimiento mutuo, los derechos sobre los recursos hídricos, los asesinatos de civiles palestinos (incluidos niños y mujeres), el terrorismo palestino, la libertad del movimiento palestino, la seguridad israelí y otros problemas de derechos humanos. La violencia resultante del conflicto ha llevado a diversas posturas internacionales en torno a este.

Se han hecho muchos intentos para negociar una solución de dos Estados, lo que implicaría la creación de un Estado de Palestina independiente junto al Estado de Israel, concebido en su origen como un Estado judío. Otras posturas con menos aceptación abogan por la solución de un Estado o por la solución de tres Estados.

Dentro de las sociedades israelíes y palestinas, el conflicto genera una gran variedad de puntos de vista y opiniones. Esto pone de relieve las profundas divisiones que existen, no solo entre israelíes y palestinos, sino también dentro de cada sociedad. Un sello distintivo del conflicto ha sido el nivel de violencia que lo ha protagonizado durante casi toda su duración.

Ha habido enfrentamientos entre ejércitos regulares, grupos paramilitares, células terroristas y ciudadanos independientes. Estos enfrentamientos no se han limitado estrictamente al campo militar, y han causado un gran número de víctimas mortales en la población civil de ambas partes.

Hay importantes actores internacionales involucrados en el conflicto. Las dos partes que participarían en las conversaciones directas de paz en caso de que las hubiera, serían el Gobierno de Israel, actualmente liderado por Benjamín Netanyahu, y el Estado de Palestina, en la actualidad presidido por Mahmud Abbas.

El Cuarteto de Madrid sobre Oriente Medio, compuesto por un enviado especial de los Estados Unidos, otro de Rusia, un tercero de la Unión Europea y uno de las Naciones Unidas, media en las negociaciones oficiales.

La Liga Árabe es otro actor importante que ha propuesto un plan de paz alternativo. Egipto, miembro fundador de la Liga Árabe, ha sido históricamente un factor importante.

A raíz de la victoria de Hamás en las elecciones parlamentarias de 2006 y de su toma del poder en la Franja de Gaza en junio de 2007, el control real de Palestina se ha dividido en dos.

Por una parte, Fatah (componente principal de la OLP y de la Autoridad Nacional Palestina) que predomina en Cisjordania. Por otra parte, Hamás controla la Franja de Gaza.

Esta división ha provocado el colapso del gobierno palestino. Desde entonces no se han convocado nuevas elecciones en Palestina. La Franja de Gaza a un bloqueo económico y comercial por parte del estado de Israel y el de Egipto, que ha provocado una crisis humanitaria en la zona.

Desde 2011, el Estado de Palestina ha obtenido cierto reconocimiento internacional, al ser aceptado, en el mismo año en la Unesco y en 2012, como Estado observador en la ONU.

En 2014 obtuvo el apoyo de la Unión Europea para ser aceptado como Estado, y el mismo año Palestina, reconoció a la Corte Penal Internacional.

**Consecuencias**

Debido al gran porcentaje de niños y civiles muertos durante la campaña de bombardeos de las FDI en Gaza, se acusó a Israel de cometer crímenes de guerra. Hamás también tuvo la misma acusación durante su ataque del 7 de octubre contra Israel. Sudáfrica acusó a Israel de cometer genocidio en un caso ante la Corte Internacional de Justicia. En una serie de fallos preliminares, el tribunal concluyó que Israel estaba cometiendo «plausiblemente», genocidio en Gaza. Marwan Bishara, analista político sénior de Al Jazeera, argumentó que la campaña militar de Israel tenía como objetivo «eliminar cualquier cosa que camine o respire en Gaza».

**Líderes de Hamás**

—Yahya Al Sinwar. Jefe de Hamás
Miembro fundador y creador de las brigadas Ezedin al-Kasem. Se convirtió en el jefe de la organización en 2017 y responsable de la conexión del ala militar y política de Hamás. Huido de los combates del norte de Gaza, se refugió en la zona donde nació, Jan Yunis.

—Marwan Issa
Nació en un campo de refugiados de Gaza. Comenzó militando en los Hermanos Musulmanes (de donde surgió Hamás). Es el comandante en jefe de las Brigadas Ezedin al-Kasem y mano derecha de Mohamed Deif. Se piensa que ocupó un lugar importante en la planificación del ataque del 7 de octubre.

—Ismail Haniye
Está refugiado en Catar, se considera el líder supremo de la organización. Fue Primer ministro Palestino, nombrado por el presidente Mahmud Abás en 2006 y relevado un año después. Elegido jefe del Politburó en 2017 como sucesor de Jaled Meshal.

—Jaled Meshal
Fue miembro fundador de Hamás y presidente en 1996. En 2017 dejó su puesto en favor de Haniye. Ahora es el jefe de la oficina de Asuntos Exteriores.

—Mohamed Deif, alias «El-Deif» (El huésped).
Comandante de las brigadas Ezedin al-Kasem y cerebro del ataque del 7 de octubre, obtuvo el antídoto.

—Jaled Meshal «El exiliado».
Sustituido por Ismail Haniye, vivió en Kuwait y Jordania. En septiembre de 1997 escapó de un intento de asesinato del Mossad en Aman. (le inyectaron veneno). El Rey de Jordania, Hussein, obtuvo el antídoto gracias a un pacto de regreso de espías israelíes disfrazados.

El 11 de octubre de 2023 desde Doha, llamó al mundo musulmán a manifestarse en apoyo a

los palestinos y pueblos vecinos en su lucha contra Israel.

**Coptos**

El término copto, hace referencia a los egipcios que profesan algún tipo de fe cristiana. Ya sea en la tradicional y mayoritaria Iglesia ortodoxa copta, o en las más recientes y minoritaria Iglesia católica copta e Iglesia evangélica copta.

Los coptos constituyen uno de los grupos religiosos principales en Egipto y la mayor comunidad cristiana en Oriente Próximo y Medio, así como la minoría religiosa más grande de la región, ya que representa alrededor del diez al veinte por ciento de la población egipcia.

**Rehenes israelíes huidos**

Los tres rehenes israelíes que, abatidos por error, por soldados israelíes el viernes 26 de diciembre en la Franja de Gaza, parecían haber utilizado restos de comida para crear mensajes pidiendo ayuda, según dijo el ejército de Israel. Yotam Haim y Alon Shamriz, ambos tomados del kibutz Kfar Aza, y Samer Talalka, a quien secuestraron en el kibutz Nir Am; ambas comunidades se encuentran en el sur de Israel, cerca de la frontera con Gaza. Estas personas pudieron escapar de sus captores o tal vez los abandonaron, según un funcionario militar israelí que habló bajo condición de anonimato, siguiendo el protocolo militar.

Halevi, dijo que estaba seguro de que los soldados que dispararon contra los rehenes que escapaban: «Estaban convencidos de que hacían lo correcto».

# AGRADECIMIENTOS

Querido lector, tengo que darte las gracias por elegir esta novela para leerla. Espero y deseo que la hayas disfrutado tanto como yo escribiéndola y, aunque es un libro de ficción, los hechos en los que me he basado, son muy reales. Siempre he dicho que mi inspiración son las noticias. Este conflicto no podía pasar de largo. Necesitaba alzar mi voz contra lo que sucede en Palestina, sin tomar partido, porque es imposible alinearse junto a quienes cometen tantas atrocidades, ya sean de un bando u otro. Al fin y al cabo, todos somos personas y es junto a los más débiles con quienes debemos estar.

No podría hacer realidad mi sueño si no fuera por mi esposo, mi amado, mi amigo mi alma gemela que siempre está a mi lado y se lee todo lo que escribo. Mi fan número uno.

A mi hija que fue mi primera lectora y que no me pasa ni una, su sinceridad duele y a la vez me anima a continuar.

A mi familia que es mi motor de vida, mi madre, hermanos y cuñados, que si los nombrara aquí no acabaría nunca.

A mis amigas que siempre me animan y que me levantan el ánimo, aunque sea un mal día: Beatriz, Esther, Anna, Carmen, Eugenia.

Por último y no por ello menos importante quisiera dar las gracias a Elisabeth Gilmore de Bell GG, por su trabajo, que es capaz de terminar a pesar de mis torpezas. Sus comentarios que me hacían reír durante la corrección y sí, es un poco mosca cojonera, pero la adoro, es capaz de decirme lo mal que lo hago y hacerme sonreír.

Quisiera dar las gracias también a Virginia Salazar, maquetadora y diseñadora de las portadas de mis libros. Parece que me lee la mente, es decirle lo que quiero y sabe plasmarlo en imágenes con una creatividad que me sorprende.

Además, también quiero agradecer al grupo Letras de Sangre, por su apoyo incondicional.

Repito mi más sincero agradecimiento a ti que me lees, espero que sigas disfrutando de mis historias.

Si te ha gustado, te agradecería que me dejaras una reseña en Amazon, de esta forma me ayudas a difundir mi obra. Por ello, te doy las gracias de corazón y espero que nos encontremos de nuevo entre páginas.

Si quieres contactar conmigo, puedes hacerlo en el correo: cruz3tony@gmail.com

Te dejo también mis perfiles de Instagram:

@hellencrossescritora

@toni_cruz_romero

# BOOKS BY THIS AUTHOR

## HASTA QUE EL TIEMPO NOS ALCANCE

El descubrimiento de una tumba intacta en Marroquíes Bajos pone en jaque el plan de ordenación urbana de la ciudad de Jaén (Andalucía). Los arqueólogos Juande y Ana quieren impedir el cierre de la excavación por presiones inmobiliarias, mientras desentrañan los enigmas del yacimiento. ¿Serán capaces de proteger el hallazgo de la rapiña inmobiliaria? Un papiro revela la realidad de la procedencia de los cuerpos allí sepultados. Su estirpe, la influencia de culturas tan lejanas y distantes en el tiempo y el espacio, nos traslada a una época donde la geolocalización será decisiva para la evolución humana. En Jaén empieza a desarrollarse la primera gran ciudad del calcolítico en Europa. Su aventura es un viaje en el tiempo que comienza en el año 1200 a.C. al otro lado del Mar Mediterráneo, con el declive de las primeras civilizaciones prehelénicas, que obliga a Ion y Eirene a viajar en busca de una vida lejos de la violencia e intrigas políticas y palaciegas. Tiempos convulsos que les harán tomar drásticas decisiones. Ayudados por el joven Akenatón, comienzan la búsqueda del olvido de quiénes son y una nueva vida donde decidir quiénes quieren ser. Los pliegues del tiempo los volverán a unir para desentrañar el pasado en busca de un futuro.

## Quédate Conmigo (Vidas Truncadas Nº 1)

Bel huyó de casa cuando murió su padre, se hizo una nueva vida en un intento de olvidar los abusos sufridos desde niña. Estudió Bellas Artes y, con la carrera terminada, quiere hacer aquello para lo que vive, lo único que la aleja de sus pesadillas y aporta a su vida una esperanza de normalidad. Solo necesita una oportunidad para demostrar la calidad de sus pinturas y para ello se presenta en una galería de arte donde buscan pintores noveles. Cuando Samuel Callaghan la ve, sabe que necesita conocerla, acercarse a ella.
Él nunca pensó que la muchacha que entró en su vida por casualidad, sería capaz de trastornarle de tal forma. Pero ha descubierto que no puede vivir sin ella y quiere retenerla a toda costa.
Dos personas de mundos muy diferentes y unidas por oscuros secretos. La atracción entre ambos es tal que les unirá sin remedio. ¿Serán capaces de poner sus vidas en orden? ¿Puede una relación surgir de la nada hasta convertirse en adictiva? ¿Puede un amor tóxico sanar dentro de una relación hasta convertirse en amor de verdad?
Cuando por fin parece que pueden solucionar sus vidas, el pasado vuelve para poner en peligro el frágil equilibrio que han conseguido.

## Venganza: Vidas Truncadas 2

La vida de Sam y Bell parece idílica, con su hijo Albert viven su amor. Pero él no puede evitar sus tendencias controladoras y su relación se ve entorpecida por algo que apenas puede controlar y que ella no está dispuesta a tolerar. Pero ese no es el único inconveniente que tendrán que sortear. El pasado vuelve para demostrarles que lo vivido es solo un espejismo mientras la realidad les pasa por encima y la maldad vuelve a rodear sus vidas.

## Rebelde: Vidas Truncadas 3

Rebelde es la terminación de la trilogía Vidas Truncadas.
Liz es rebelde, lo tiene todo, pero no quiere pagar el precio por esa vida sin preocupaciones. Obstinada, huye de casa en un arrebato de rebeldía y en su camino conocerá la amistad, el amor, la envidia y el odio. Atrás quedó el amor juvenil de Sam, los sueños de libertad que solo fueron una quimera que su posición social no le permitía alcanzar a pesar de ser rebelde. Una vida rota por su insumisión que, sin ella saberlo, se verá reflejada en la de quienes la conocen y sentará las bases de un futuro oscuro del que solo ella con su tenacidad, tiene la llave para salir. Aprendió a ocultar su dolor y vive de espaldas al mundo, resignada sin olvidar que ella es rebelde.

## Una Navidad Perdida

María llora la pérdida de su hijo, es tanto el dolor, que tiene su vida parada desde ese momento. Se acercan las fiestas navideñas y, sin embargo, nada parece alegrar sus días.

Jaime es un chico solitario, tiene un buen trabajo y vive con su perro y dos gatos. Cuando conoce a Inés, toda su vida cobra sentido y solo espera el momento de llegar a casa para encontrarse con ella.

Inés nunca ha tenido suerte, toda su vida fue una prueba para endurecerla y ya está cansada de trabajar duro para arreglar los errores de sus malas decisiones.

Sus vidas se entrelazan alrededor del eslogan que ese año se ha hecho un hueco en todos los espacios publicitarios; «Si no la disfrutas, es una Navidad perdida».

## Dale Una Oportunidad: Cosas Del Destino

La vida de Lola se vio alterada cuando su padre enfermó, su adolescencia pasó entre consultas de hospital y tratamientos, con la esperanza de superar el cáncer. Nada sucedió como esperaban, se quedó sola con su madre y tenía que retomar su vida, estudiar, trabajar y conseguir el título de arquitecto. La vida volvió a darle una bofetada le quitó la oportunidad de divertirse, rompió sus sueños y le robó el futuro, esta vez, no podía pedir ayuda. Esta es la historia de una mujer cuya resiliencia será lo único que tendrá para afrontar el futuro, no se puede permitir la confianza ni el amor, al menos es lo que piensa, que está sola. Sara se encargará de demostrarle todo lo contrario y juntas afrontarán el futuro.

## Una Eternidad: Cosas Del Destino

Lola ha aceptado que su pasado no puede marcar su futuro. La insistencia de Ken y los consejos de Sara, le han hecho tomar una decisión que todavía no está segura de aceptar, y que, sin saberlo, pondrá en peligro la vida de Jaime y volverá a sumirla en lo más oscuro de su pasado. Pero esta vez no está sola, ahora tiene una familia por la que ser fuerte y luchar. Ni siquiera los últimos sucesos lograrán acabar con su resiliencia. El amor, la pasión y la fuerza serán su guía para superar y construir su vida.